

Vicente Pérez Rosales

Diario

de un viaje a California

1848 - 1849

Santiago 1949

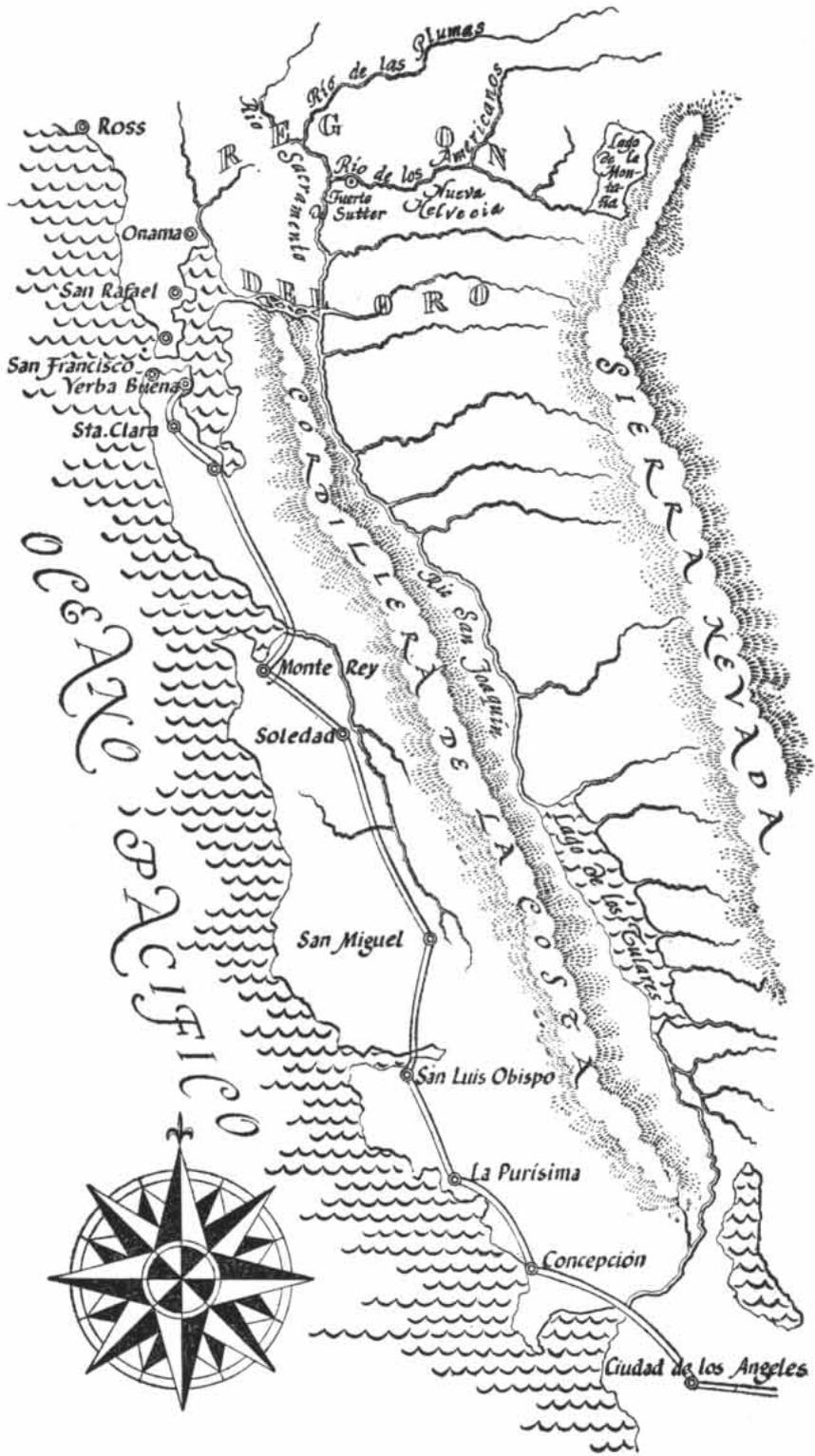
SOCIEDAD DE BIBLIOFILOS CHILENOS



MARINETTI

Vicente Pérez Rosales





Diario de un viaje a California



AAC3399

Las aventuras de don Vicente Pérez Rosales en California

¡A CALIFORNIA VOY!

¡A CALIFORNIA VOY!

¿A dónde vas Teodoro tan de prisa
—A California voy ¿Y a qué Teodoro?
Es buena la pregunta: en busca de oro
¿Qué es allí sin valor? Teodoro avisa.

EL PROGRESO, 30 de noviembre de
1848.

TODAVÍA a fines del siglo XIX podían escribirse estas frases llenas de sentido para la colectividad: "Es raro quien en Chile no haya escuchado de los labios de alguno de los tantos aventureros que a orillas del Sacramento sentaron sus reales hace medio siglo, la narración de las escenas de dolor y de alegría que hora a hora se sucedían en San Francisco, de las esperanzas de color de rosa y de las decepciones color de la noche que se disputaban la fantasía de los mineros" *.

California era aún la tierra de los ensueños, la región del prodigio, donde uno de los argonautas pudo exclamar atónito: "He visto bandadas de gansos hacer sombra al sol. Llanuras inmensas en las cuales apenas había donde poner un pie. He visto montes bajos en donde los conejos pasaban por entre las piernas de los hombres. He andado, un día de viaje hacia el valle del río San Joaquín y un perro viejo, choco y flaco cazó 23 liebres. He visto en el valle del San Joaquín piños de millares de bercadas, cabras silvestres. He visto en ese mismo valle centenares y tal vez millares

* VARIGNY, CHARLES, *Los Orígenes de San Francisco de California*, traducción es-

pecial de la *Revista de Ambos Mundos* para *La Patria* por Arturo Edwards Ross, Valparaíso, 1887.

PRÓLOGO

de vacas sin dueños. ¡Qué sabrosa cazuela! He visto pastales de eterna verdura... Era aquel país un portento y mejor que lo que pintan el Paraíso" *.

Hoy, para las generaciones actuales esos recuerdos que emocionaron a toda una generación, yacen en lo más recóndito del subconsciente histórico y por eso es necesario rescatar ese pasado, actualizándolo con el relato que nos dejaron aquellos esforzados aventureros **.

Acertada labor realizó Roberto Hernández, el Conservador de la Biblioteca Severín de Valparaíso, al publicar su libro *Los Chilenos en San Francisco de California. (Recuerdos históricos de la emigración del oro, iniciada en 1848)*. Allí se traen a colación esas "Cartas de California" que periódicamente publicaba la prensa en esos decenios de expectación, testimonios escritos en primera persona, sin aliño literario, pero conmovedores por la sinceridad del relato directo. Nadie, sin embargo, en nuestra literatura ha sabido evocar mejor que don Vicente Pérez Rosales esos años y esas andanzas y por eso la Sociedad de Bibliófilos Chilenos, publica en este año en que simbólicamente se cumple el centenario de la fiebre del oro, el *Diario del Viaje*, la materia prima de donde extrajo los capítulos respectivos de sus incomparables *Recuerdos del Pasado*, ese libro que se señala, sin duda, como el más chileno, más auténticamente chileno de nuestra historia literaria.

* Carta de Daniel Espejo a don Benjamín Vicuña Mackenna, sin fecha. Archivo Nacional. Correspondencia de Vicuña Mackenna, Vol. 3.

** Véase nuestra *Bibliografía Chilena sobre el Gold Rush en California*, Revista *Lea*, Pan American Union, Washington, D. C., 1949.

LA EMIGRACION CHILENA DE 1848

Cuando los santiaguinos y los libros oficiales censuran al roto por su espíritu emigratorio están lejos de pensar que hacen su elogio. En la capital discurren por comparación y con ideas preconcebidas. El roto emigra, ergo emigrar debe ser cualidad inferior.

Nicolás Palacios, Raza Chilena.

Valparaíso, a partir de 1811, se había transformado paulatinamente en una de las avanzadas del comercio internacional en el Pacífico. El Puerto era en cierto modo el emporio de la Oceanía, y los intereses extranjeros y nacionales concertaban allí arriesgadas empresas que cruzaban los todavía solitarios mares del sur. En Tahití podían encontrar perlas y nácares, que despertaban la codicia de los mercaderes.

Hawai era otro punto de la ruta aventurera. Valparaíso mantenía también relaciones con el Extremo Oriente y de Cantón llegaban suntuosas mercancías. Aun de la remota Australia recalaban los veleros a cargar nuestros apetecidos cereales.

La sabia brújula del comercio había indicado al igual las posibilidades de la ruta del norte y hábiles comerciantes ingleses, avecindados en Chile, habían captado, en la tranquilidad idílica de California, suculentos negocios de sebo y cordobanes.

*En los primeros decenios del siglo transitaban ya por el Camino Real, bordeado por el hermoso perfil de las misiones, algunos aventureros chilenos, y en la bahía de Monterrey, entre 1827 y 1848 habían anclado, enarbolando la bandera nacional en los mástiles, los navíos Veloz Josefina, Ciudad de Génova, la Constante, la Constantina, la María Elena, la Natalia, la Adelaida y el J. R. S., de la matrícula de Valparaíso. Unas cortas familias estaban avecindadas en esas tierras de porvenir y en la caleta de Yerbas Buenas, don Francisco Ramírez, don Benito Díaz y principalmente don Juan Manuel Luco representaban dignamente a Chile *.*

* Más detalles en nuestro artículo *Los Orígenes de las relaciones entre Chile y California*.

El tráfico discreto, en ritmo lento que unía el puerto de Valparaíso con las misiones de California tomó caracteres de violenta actividad al saberse la noticia del descubrimiento hecho por James W. Marshall, carpintero de oficio, a mediados del mes de enero de 1848.

"Ensueño. Calma. Reposo, Paz, comenta Blaise Cendrars. No. No. No. No. ¡Es el oro! Es el oro. El rush. La fiebre del oro que se abate sobre el mundo" *.

El grito de gold, oro, de l'or, lanzado por la codiciosa entraña del hombre fué rodando por la costa del Pacífico hasta que vino a reventar en estampido de clamoroso júbilo en las quebradas de Valparaíso. Trajeron la sensacional noticia, aderezada con el ropaje romántico de una historia rediviva de El Dorado, los tripulantes del bergantín nacional J. R. S. que desembarcaron el 19 de agosto de 1848 **. Pocos días más tarde hubo confirmación sobre plaza, al venderse el polvo de oro a 22 reales por castellano, de 21 quilates, lo que equivalía a \$ 17.50 la onza ***. A comienzos de septiembre no había duda posible, pues el emisario del Coronel Mason, mensajero que llevaba la buena nueva a la Casa Blanca en Washington, dió a los rumores el tono sentencioso de la verdad oficial.

"Se repite en estas tierras que California es toda oro—escribía juiciosamente F. D. Atherton al Cónsul de los Estados Unidos en Monterrey, Thomas O. Larkin —con toda probabilidad el resplandor ciega a estos hombres, pues creo que el buen cobre de Chile y sus reservas de Carbón valen más que todas las minas de oro que puedan descubrirse". Ya en el mes de noviembre la leyenda mágica producía sus primeros efectos devastadores, siendo las víctimas los marineros Charles Ward, Albert Johnson y Joseph Crawford que se vieron desvalijados de 280 onzas de oro en polvo en un animado "fandango" de Talcahuano ****.

Valparaíso fué el altavoz que lanzó la noticia hacia Europa. El Almirante Legórat de Tromelin, a bordo de La Poursuivante, escribió el 23

* BLAISE CENDRARS, *El Oro*. Nove-la, Biblioteca Ziz-Zag, N.º 58. Santiago, s.f., pág. 47.

** Ver ROBERTO HERNÁNDEZ, *Los Chilenos en San Francisco de California*. Valparaíso, 1930, pág. 18.

*** F. D. ATHERTON A THOMAS O., LARKIN. Valparaíso, 1.º de septiembre de 1848, en Larkin Papers, Bancroft Library, Vol. VI. University of California, Berkeley.

**** Notarial de Talcahuano, Protocolo 1846-50, 11 de noviembre, 48.

PRÓLOGO

de octubre de 1848, la carta que había de producir en Francia una sensación comparable a la desatada en nuestros puertos *.

Pronto la bahía se iba a hacer estrecha para contener a los cientos de buques que utilizaban la ruta del Cabo de Hornos para ganar con rapidez los "placeres" del río Sacramento. En un total de 19,717 emigrantes llegados a California entre el 11 de diciembre de 1848 y el 17 de abril de 1849, calcula un diario de New York que 14,191 correspondían a los transportados por 226 buques a través de la temida ruta antártica.

En esta vía, que han descrito varios escritores, más recientemente Oscar Lewis, los puertos chilenos, Corral, Talcahuano, Juan Fernández y Valparaíso eran los altos de un reposo necesario **. Poseían ellos ventajas estratégicas y como escribiera Víctor Pretot al Ministerio de Relaciones de Francia "nadie podía negar que Valparaíso, por su situación geográfica y comercial, podía aprovechar más que ninguno otro las primicias del descubrimiento. Valparaíso, afirma, es el puerto más importante del Océano Pacífico, está abundantemente provisto de los productos de la agricultura chilena, de las mercaderías de Europa y tiene a su disposición un gran número de navíos ***.

"En Chile las noticias de aquellos maravillosos descubrimientos produjeron, escribe Barros Arana, una excitación de que ahora es difícil formarse idea. Los diarios hablaban de esas riquezas como de algo de Las Mil y una Noches, de campos en que el lavado de tierras que un hombre podía ejecutar en un día daba oro por algunos centenares de pesos, que no era raro hallar pepitas del peso de un cuarto y hasta de media libra, y que lo único que allí faltaba era gente que fuese a explotar tantos tesoros. Estas noticias eran creídas y aun exageradas en los círculos sociales, particularmente en los rangos secundarios, y por todas partes surgió el deseo de ir a California con la confianza de que después de unos cuantos meses de tra-

* ABRAHAM P. NASATIR, *French Activities in California. An Archival Calendar Guide*. Stanford University Press, 1945, pág. 401. La noticia fué enviada por el Cónsul en Monterrey Morenhout. Ver Leon Lemonnier, *La Ruée vers l'or en*

Califonie, Paris, Gallimard, 3 ed., 1944, pág. 113.

** OSCAR LEWIS, *Sea route to the Gold Fields. The migration by water to California in 1849-51*. New York, Knopf, 1949, en especial págs. 145-147.

*** NASATIR, obra citada.

bajo, los emigrantes volverían a Chile en una ventajosa condición de fortuna *.

En medio del general entusiasmo zarparon de Valparaíso infinitas expediciones—apunta uno de los argonautas que con mayor claridad supo ver la trascendencia de la emigración, el escritor y político, don Juan Nepomuceno Espejo—“sacando sus buques del hospital de inválidos de nuestra marina mercante de Chile: cuanto lanchón viejo hacía el comercio de cabotaje en nuestros puertos; cuanto buque se veía abandonado en las bahías, porque se le creía débil para cruzar cien millas en una mar picada, tantos otros han atravesado estos mares y enfrentado los chubascos violentos de la línea y los frecuentes temporales de la costa de México. Cada uno de estos buques ha venido cargado hasta sus cofas, con cien y más pasajeros, faltos de provisiones, de agua, atracados, apiñados como ovejas, durmiendo sobre la carga encima de la cubierta y resistiendo el viento, la lluvia, el sol. . . **.

En esta avalancha que nos representamos en la imaginación como un éxodo subitáneo, caótico y sin contornos formales, se puede distinguir sin embargo un ritmo diferenciado, matices perceptibles dentro del cuadro genérico de la emigración. Los historiadores norteamericanos han clasificado a los argonautas según la fecha de partida: los del año de 1848 fueron los precursores que se disolvieron en la gran corriente emigratoria de 1849; estos últimos son los aventureros por antonomasia, los Forty-Niners, y por eso se ha fijado convencionalmente en 1949 la fecha del centenario del Gold Rush, nuestra fiebre del oro.

Tócanos en esta ocasión ocuparnos exclusivamente de la emigración de 1848, aquella que tuvo en don Vicente Pérez Rosales su cronista. Creemos que un cuadro sinóptico-estadístico, compilado con ayuda de las noticias de la prensa de la época, será útil para visualizar de manera gráfica el desarrollo progresivo de las expediciones y contribuirá como base al cálculo aproximado de las personas que tomaron parte en la gran aventura marítima.

* DIEGO BARROS ARANA, *Un Decenio de la Historia de Chile*, ed. 1913, pág. 282.

** Carta de don Juan N. Espejo a don Francisco de Paula Matta, publicada en

El Progreso el 3 de diciembre de 1849. Aunque apareció en forma anónima en la correspondencia que nos ha facilitado don Juan Luis Espejo, su nieto, se hace referencia taxativa a esta carta, escrita el 23 de septiembre en San Francisco.

PRÓLOGO

BUQUES SALIDOS DEL PUERTO DE VALPARAISO PARA SAN FRANCISCO

12 DE SEPTIEMBRE — 30 DE DICIEMBRE DE 1848

Fecha	Tipo buque	Nombre	Nacionalidad	Tonelaje pasajeros	Armador	Consignatario
1-12 Sept.	fragata	Virginia	U.S.A.	299 ton-44 pasaj.	Rendixein	
2-23 Sept.	barca	Undine	U.S.A.		Andrews	G. L. Hobson
3- 4 Oct.	buque de guerra	St. Mary	U.S.A.			
3-17 Oct.	bergantín	Matilde	Chileno			
5-18 Oct.	bergantín	Jackin	U.S.A.		José Ramón Sánchez	
6-19 Oct.	fragata	Mercedes	Chilena	337 ton- 4		Cross-Hobson
7-24 Oct.	barca	Molly Brown	Inglaterra			
8-12 Nov.	barca	Dolores	Chilena	3		Francisco Alvarez
9-25 Nov.	bergantín-goleta	Rosa	Chileno	13	Piñero	Jorge Wilson
10-26 Nov.	barca	Minerva	U.S.A.	26		Loring, Cía.
11-27 Nov.	bergantín	Thili	Chileno	25	Gorge Cook	G. Thomson
12- 2 Dic.	fragata	Ana Mc Kim	Ecuatoriana	493 ton-69		Mickle y Cía.
13- 7 Dic.	bergantín	Correo del Pacífico	Peruano	24		José Cervero
14-14 Dic.	fragata	Chile	U.S.A.	—		Heminway y Cía.
15-21 Dic.	bergantín	Progreso	Ecuatoriano	19		
16-22 Dic.	vapor	California	U.S.A.	—		
17-23 Dic.	bergantín	Eleodoro		19		
18-27 Dic.	barca	Confederación	Chilena	19		José Squella
18-28 Dic.	fragata	Staoueli	Francesa	82		Jagerschmidt-Julian
20-30 Dic.	bergantín-goleta	Emilia	Chileno	6 (*)		

De acuerdo con este cuadro serían 336 los argonautas chilenos que zarparon en los cuatro meses contados desde que comenzaron los primeros síntomas de la fiebre aurífera; pero en verdad esta cifra no parece corresponder al verdadero volumen del movimiento de pasajeros.

Si eliminamos el vapor California, el pioner de este novel método de transporte, y el tercero en atravesar el Estrecho de Magallanes, cuyos anales corren relatados con acuciosidad en una monografía reciente, y que transportó tan sólo de los puertos hispanoamericanos un contingente de emigración peruana. Dejando también de lado el buque de guerra St. Mary,

* Compilamos este cuadro a base de las informaciones del diario *El Correo de Valparaíso*, 29 de enero de 1849, controlando los datos con ayuda de la prensa de la época y los diarios de San Francisco.

de la patrulla de los Estados Unidos en las aguas del Pacífico que zarpó sin pasajeros y al bergantín-goleta Rosa, que detuvo su gira a la altura de las Islas Galápagos en medio de las aventuras románticas que dieron base al pintoresco relato del artista Eduardo Charton —que corre impreso en un rarísimo folleto intitulado *Vol d'un Navire*— totalizamos el número en 17 navíos de variada forma y tonelaje, desde el tipo de la fragata Ann Mc Kim, gloriosa veterana de los "clippers" veloces de los mares de China, que vino a terminar sus proezas al servicio de armadores chilenos, hasta la humilde barca Dolores, heroína de peligrosos merodeos náuticos.

Agregando luego a la lista de pasajeros de cámara, que son a nuestro juicio los únicos señalados en las estadísticas de la prensa, los 80 correspondientes a un promedio calculado en 20 para los buques que no traen indicación de pasaje y sumando, a lo menos, unos 200 peones que demostraron la pujanza y el estoicismo de la raza, apiñados en la fría intemperie de la incómoda cubierta, podemos fijar en un número de 646, a los ciudadanos chilenos que partieron ansiosos a la conquista del vellocino de oro. La cifra es, como se colige del razonamiento, aproximada, pero concuerda con las estadísticas compiladas sobre la población que llegara a California en los meses del calendario aurífero de 1848.

Doris Marion Wright, en su interesante ensayo *The Making of Cosmopolitan California*, nos dice que la demografía californiana alcanzaba por entonces al corto número de quince mil almas; de ellas 7,000 correspondían a los nativos de la región; 6,000 a los norteamericanos recién llegados. En ese resto matemático de 2,000 habitantes caben los 646, sin duda más, chilenos que hemos calculado*.

A estos datos estadísticos, de cifras impersonales, podemos agregar nosotros, una pequeña historia personal —espigadas en numerosas fuentes miscelánicas— de unos 397, de esos que los clínicos llamarían "casos", 397 destinos individuales que abrieron un paréntesis a sus vidas desgajándolas de la rutina cotidiana.

* DORIS MARION WRIGHT, *The Making of Cosmopolitan California*. An analysis of Immigration, 1848-1870, en *California Historical Society Quarterly*, Vol. XIX-XX, San Francisco, diciembre, 1940 y marzo, 1941.

Innumerables y complejos, como los resortes psicológicos de la naturaleza humana, son los motivos que empujaron a esos hombres hacia el ORO, palabra que además de su sentido estricto, metálico, tiene esta vez una hermenéutica que ha llevado a aparejar su significado a la patología de una "fiebre del oro", del latín, *ferveo*, hervir. Si intentáramos trazar un esquema de estas causas, creemos que deberíamos comenzar con ese tipo *sui generis* que Pierre Mac Orland, en un paradójico ensayo literario, ha bautizado con el nombre de "aventurero activo". Este grupo estaba formado en el Chile de 1848 por los inadaptados de toda índole: el político antiportaliano, que aborrecía el orden paternalista del régimen jurídico en esos años de organización; el proyectista que se encontraba enmarcado en una rutina comercial de pueblo joven, sin campo para las ideas económicas capitalistas; el empleado de clase media; el fallido, comerciante honorable que pensó pagar con el oro de California sus compromisos apremiantes; el soldado de fortuna, para quien las posibilidades de una guerra parecían remotas; el minero, que quiso aplicar en gran escala sus técnicas tradicionales; el roto de naturaleza trashumante; la aventurera erótica, esas pseudo-cantineras que acompañan siempre las movilizaciones masculinas de Chile, con mezclados sentimientos, como esa Pancha Plana, de Talcahuano, la primera mujer que conocieron en el más amplio sentido bíblico los sobreexcitados argonautas de San Francisco, o esa Rosario Améstica, tan admirablemente retratada por Pérez Rosales... Y fueron, además, el pícaro, el rufián, el tahir**.

Hubo también algunos pocos, entre ellos don Vicente Pérez Rosales, que Mac Orland denominaría "aventureros virtuales", aquéllos en que el impulso radica en la imaginación, "esos que con grandes padecimientos se procuran una infinidad de pequeñas alegrías, delicadas y varias, cuyo conjunto da al banquete de la vida la incitación a gozarlo".

En términos generales, la avalancha de 1848 estuvo compuesta, así es-

* PIERRE MAC ORLAND, *Petit Manuel du Parfait Aventurier*. Paris, Ed. de La Sirène, 1920, págs. 25 y 29.

chilenas en San Francisco puede leerse en el libro de Herbert Asbury *The Barbary Coast. An informal History of the San Francisco Underworld*. Knopf. New York, 1933.

** Algo sobre la vida de las cortesanas

cribe un Cónsul, casi en su mayor parte de "jóvenes entusiastas y dotados de una educación muy diferente a la que se necesita para adquirir fortuna en un país nuevo". Todos querían sacar provecho sustancial, pero diferían no obstante en el modo de hacer y aprovechar la fortuna. San Francisco fué, por eso, el microcosmos, el mundo en miniatura, con rumor de campo y ambiciones tempranas de metrópoli. De todo había allí en sus prodigiosos comienzos: carpas, perfiles de iglesias de todas denominaciones, muelles y bancos, lupanares y una abigarrada multitud cosmopolita que no había encontrado todavía el factor común ciudadano de una forma de gobierno y de una lengua.

El elemento chileno, sin embargo, no logró adaptarse a este medio ambiente peculiar. Nunca pudo traspasar esa etapa de asimilación que los sociólogos llaman de "conflicto". Afectados profundamente por el contacto directo con otras razas y costumbres, no siguieron ellos la dirección que les indicaba la mayoría. Su opinión personalista y nacional del sentido de la conducta, persistió en ellos, pese a que las necesidades se hicieron comunes.

Los chilenos, lo mismo que los demás hispanoamericanos, los del Perú que había en abundancia, el restringido grupo argentino de los antirosistas, la masa emigrante de México, y el aristocrático criollo de California, permanecieron fieles a su idiosincrasia y nunca lograron obedecer a una idea impersonal como era el régimen político norteamericano naciente.

De ahí deriva ese tremendo dramatismo de la vida de nuestros compatriotas en los valles auríferos, donde querían vivir una historia chilena en tierra prestada. Sin poder participar en la ordenación jurídica de los campamentos, por ignorancia del idioma y por las ingratas leyes, antiextranjerías pasadas por la mayoría anglo-sajona dominante, los chilenos se refugiaron en grupos afines, verdaderos "ghetos" de nombres patrióticos, Chile Town, Chilean Bar, Chilean Gulch, Chilecito, etc., donde cultivaban una idea mesiánica de sí mismos, pero sin la habilidad económica para ascender a las capas superiores de la población. El chileno proporcionó la mano de obra pujante en el trabajo, valerosa, incansable que echó las bases de una prosperidad que muy pocos de ellos disfrutaron.

VICENTE PEREZ ROSALES A BORDO DE LA STAUELLI

Para California

Saldrá dentro de 15 a 20 días la velera barca francesa STAUELLI, admite pasajeros de cámara y de entrepuente para los cuales tiene excelente comodidad. Respecto del buen trato que su capitán acredita dar pueden confirmar los mismos pasajeros que ha traído últimamente de Francia. Tiene también lugar para 130 toneladas de flete, para tratar dirigirse a los consignatarios, G. Jagerschmidt y C. Julian.

EL COMERCIO, 20 de noviembre de 1848.

Dos formas principales se advierten en la técnica jurídica del viaje a California en 1848. En la primera incluimos a los aventureros solitarios que, premunidos de un pasaporte y de un pasaje pagado en sonantes onzas de oro, partían en pos de la quimera dorada, sin ideas preconcebidas, confiados en aquello que el azar iba a ofrecerles en esas tierras de romance. En el total de los 397 casos que hemos estudiado, a lo menos 30 integran este grupo compuesto de jóvenes aristocráticos que por razones diversas huían de la regularidad de su fácil existencia cotidiana. Las ocho mujeres cuyos nombres hemos podido rastrear caben también, aunque animadas por otras finalidades, en este grupo.

La segunda forma, era la de compañía. Fué este el sistema usual de la época. Tenía apariencias societarias y no debe olvidarse que 1848 fué el año de la Revolución de Francia, esa revolución de los intelectuales que divulgó muchos postulados socialistas allí donde se dejó sentir su influencia.

El contrato de sociedad, compañía, concierto o contrata, se firmaba ante notario. De los muchos que hemos examinado extraemos las siguientes conclusiones. La sociedad estaba integrada por el socio o los socios capitalistas que equipaban el barco o aportaban las mercaderías, compromete-

tiéndose a repartir en proporción de los aportes las utilidades de la venta en San Francisco. Esta parte era una simple especulación mercantil. Venía luego el habilitado o administrador, empresario que debía organizar la faena aurífera en los lavaderos y a cuyo cargo estaban los enganchados, obreros o mineros, a quienes se les cancelaba el pasaje de ida, asegurándoseles el regreso a Chile. Percibían ellos una pequeña suma para la mantención de sus familiares; un salario que variaba de unos 4 a 14 pesos durante el viaje y alrededor de 18 a 25 pesos en San Francisco y la región de los lavaderos. Igualmente había un reparto de las utilidades al terminar la sociedad, que por término medio debía durar unos 18 meses. El contrato enumeraba también las sanciones a que quedaban sometidos los obreros, y muchos artículos detallaban los deberes y derechos de los contratantes. Taxativamente podemos hacer referencia a 100 empresarios, tenedores de libros, comerciantes, en general de clase media y a 206 mineros y peones enganchados en estas compañías.

El comienzo de la aventura era la obtención de un barco. Nos concretaremos esta vez a la *Stauelli*, uno de los muchos navíos franceses que, bajo bandera chilena, hicieron fortuna con el tráfico de pasajeros. Su nombre un tanto extraño, y por lo tanto escrito de maneras diferentes en los periódicos de la época, es una alusión a una de las victorias de Francia, cerca de Argel el 19 de junio de 1830, en la campaña del África del Norte. A bordo iba una heterogénea población. Destacaremos primero un importante grupo de franceses del comercio de Valparaíso y Santiago: Augusto P. Lambert, Simon Bouyere, Ernest Jerry, Amadee Hugues, Theodore Laguy, Gustave Jaulin, Julio Bouquet, alias *Culatus*, Louis Hyorne, José Mireneau, y F. Luis Pioche, canciller de la Legión Francesa, existencia que es digna de una novela de Balzac. Abrió en San Francisco una casa de consignación y luego un Banco, con capitales recogidos en Francia. Era un hombre —según escribe su biógrafo Daniel Levy*— que unía el gusto de las grandes empresas con el cultivo de las bellas artes y los más generosos sentimientos del corazón. Con ayuda del oro que se le había confiado se lanzó sin miedo a las empresas más fantásticas: construyó el primer fe-

* DANIEL LEVY, *Les Français en Californie*. San Francisco. 1884, págs. 113-114.

rocarril de California, la línea San Francisco-Folsom, los carros urbanos de la calle Market, canales para la explotación aurífera en Nevada, trabajos hidráulicos y muelles, hasta que cansado de su propia grandeza amaneció muerto en extrema indigencia, la mañana del 2 de enero de 1871.

En la primera cámara venían también tres hermanos belgas: Pedro Ernesto, Bernardo y Cornelio de Boom y diversos extranjeros, Juan Niort, Carlos Benixen, Julio Bartolomé Bayerque, Estanislao Maicon, Carlos Salig, Francisco P. Varn, Ernesto Klaper y Adolfo Falton.

De los chilenos, el diario Comercio inserta los siguientes nombres: Manuel A. Vargas, Agustín Pazos, Ramón Trejo, José Reyes, Francisco Valenzuela, Pascual Valverde, Antonio Malassi, Miguel Almes, Gustavo Pérez, Carlos Grossi, Bartolomé Vergara, José M. Castaño, José del C. Guzmán, Pedro N. Baeza, Juan Fagalde, Santiago Carrizo, Carlos Herrera, José M. Olavarría García, Eugenio Vargas, Jacinto Plaza, Juan Pérez, Julio Troncoso, José M. Labra, Ignacio Clavel, Javier José, Justo Palma, sobre los cuales no hemos conseguido mayores informaciones *. Otros nos son más conocidos a través de los datos de Pérez Rosales u otros testimonios. Pío Puelma debía continuar ocupándose de California en algunas especulaciones mercantiles afortunadas. Ramón y Domingo Aldunate de la Lastra regresaron desengañados a los cortos meses. Fernando Garcés y su hijo corrieron dilatadas aventuras. El gringo achilenado del comercio de Valparaíso, George Clackston, dió amplio tema al memorialista, lo mismo que el animoso joven José María Hurtado y el simpático consueta de la Compañía de Opera de la Pantanelli, Eugenio Casali, a quien un pleito artístico lanzó a California. Castor Guzmán Flores fué buscado afanosamente por el Cónsul de Chile en 1865 por encargo de sus numerosas hermanas monjas. A José María Alvarez lo conocemos de cuerpo presente por el retrato en prosa del autor de los Recuerdos del Pasado. Dejaremos para otra oportunidad la narración de esos hechos para concentrarnos en el héroe que nos ocupa.

* El Comercio, de Valparaíso, 1.º de enero de 1849. Damos los nombres con las grafías erróneas, sin duda, que trae el periódico.

EL CRONISTA Y SU GRUPO

De genio franco, resuelto, gran amigo de la vagancia y de las cosas ignotas y aventuras misteriosas.

Pérez Rosales, Recuerdos del Pasado.

Vicente Pérez Rosales (1807-1886), el "ingenioso Pérez" al decir de sus contemporáneos, se ha definido a sí mismo con las palabras de este epígrafe, apelativos que ciñen muy acertadamente su personalidad, en esa edad madura en que partió esperanzado a California. Estaba en su plenitud física y mental; había corrido el mundo, conocido sus obras y sus pompas. Abrió los ojos el año de 1807, que era todavía siglo XVIII para Chile; dió sus primeros pasos en los días amargos de la Patria Vieja, despertó a la vida del espíritu con la Patria alborozada, para partir luego a completar su educación y a adquirir experiencias en el París vibrante de Víctor Hugo. Asistió al estreno de Hernani, la fecha crucial de la batalla romántica y se deleitó con los gorjeos del canto de la diva Malibrán, a quien se dice amó en unos versos y endechas, perdidos entre los viejos papeles del pródigo baúl de sus recuerdos.

A su regreso a Chile fué don Vicente Pérez Rosales, el Proteo de todos los tráficos, el peregrino de mil rutas ignoradas. Fabricante de aguardientes en San Fernando; alfarero en Chillán; tendero "sagaz y mentiroso" en un mostrador que era su biblioteca y sala de lecturas. Lo vieron recorrer los 23 pasos de la Cordillera en secretas correrías y fué baqueano en los "malales" de la vertiente argentina de la mole andina y contertulio en las fiestas de esos "Chilecitos" nostálgicos en que se evoca a la patria en el colmado vaso del brindis *.

Así como el bibliófilo persigue la edición rara, el folleto ignorado o el incunable, Pérez Rosales persiguió la aventura. Siempre que afloraba en la superficie histórica del país un hecho inusitado, un carácter extraño o un episodio sensacional, de inmediato aparecía sonriente la simpática figu-

* Sobre Pérez Rosales, ver: Guillermo Feliú Cruz, *Vicente Pérez Rosales*. Ensayo crítico. Santiago, 1946. El mismo

autor prepara una edición de la correspondencia de Pérez Rosales.

ra de nuestro héroe presto a captarla en la visión indeleble de su prodigiosa memoria. Por esto los Recuerdos del Pasado son una fuente inapreciable para la historia del siglo XIX chileno en sus más variados aspectos, económico, intelectual, artístico, etc. Por ello también, Pérez Rosales fué uno de los primeros en comprar la vestimenta del argonauta para partir hacia los lavaderos del río Sacramento, con la "bota granadera, la camisa de lana que hacía las veces de chaqueta; el grueso pantalón de casimir, cinturón de cuero; un puñal; una chapa de pistolas; un rifle y por remate, un sombrero de paño, que así podía hacer las veces de sombrero como las de almohada".

El capital social de esa calaverada de familia era reducido: seis sacos de harina tostada; seis de frejoles; cuatro quintales de arroz; un barril de azúcar, dos de vino de Concepción; un pequeño surtido de palas, hachas y barretas; un perol de fierro; pólvora y plomo para balas; doscientos cincuenta pesos libres en metálico y 612 para costo de pasaje" *.

Las ganancias de esta compañía, sin escritura, basada tan sólo en estrechos lazos sanguíneos, debían compartirlas sus medios hermanos César, Federico y Ruperto, nacidos en el matrimonio de doña Mercedes Rosales Larráin viuda de Pérez, con don Felipe Santiago del Solar. Más de una aventura habían corrido ya juntos en ese señero viaje a Francia a bordo de la Mosselle, en 1825, en calidad de primeros estudiantes chilenos en París. Con Ruperto, el activo empresario del Teatro de la Universidad e introductor de la Compañía de Opera de la Rossi y de la Pantanelli, y del lirismo sentimental de Bellini y Donizetti, lo unían los lazos de sus aficiones teatrales y algunos episodios de arte escenográfico, telones improvisados que hicieron sonreír a su maestro, el severo Monvoisin. Iba también un primo, el teniente Felipe Ramírez Rosales **, con tres mozos de la Hacienda Las Tablas, el gracioso Chinguillo (Santos Henríquez), Juan Urbina y Cipriano Avello ***.

* *Recuerdos del Pasado*, ed. Biblioteca de Escritores de Chile, Santiago, 1910, pág. 272.

** La hoja de servicios de Felipe Ramírez Rosales arroja los siguientes datos: Guardia Marina, 10 de octubre de 1836;

Teniente, 24 de marzo de 1838. Archivo Nacional. Escalafón del Ejército y Marina.

*** VICENTE PÉREZ ROSALES, *Diccionario de El Entrometido*, Editorial Difusión, Santiago, 1946, págs. 118 y 119.

No intentaremos glosar las páginas en que consignó Pérez Rosales los recuerdos de su viaje. El cronista día a día fué vertiendo en el cuaderno de apuntes sus impresiones, pues como ha dicho en otra ocasión tenía un modo de leer (de observar, ver y escribir agregaríamos nosotros) que sólo porque no se diga que doy por bueno lo que en ello hago, no lo aconsejo a todo lector. "No hay papel chico ni grande, folleto, memorial o cartapacio que caiga en mis manos que de ellas se escape, sin pagar alguna contribución de risas o de respeto, envuelta en su correspondiente apuntillo; ni apuntillo que en proporcionado legajo deje de pasar de mis manos, al fondo de una petaca en donde cabe, quien lo creyera, la quinta esencia de centenares de impresos que a manera de parras silvestres dan muchas hojas y tal cual mezquino pampanito".

Del estilo que utilizó en su Diario de Viaje podríamos decir parafraseando otra vez su propia definición; "El estilo hace singulares las cosas más comunes, fortifica las más débiles, da grandeza a las más sencillas. . . La expresión es el alma de todas las cosas que son hechas para agrandar a la imaginación. Se exige, antes de todo, del historiador, la verdad de los hechos; del filósofo, la exactitud del raciocinio. Si a estas cualidades indispensables se agregan las que constituyen el grado del estilo, se les leerá con mayor placer; pero de cualquier manera".

Es curioso observar que este escritor auténtico, que vivió preocupado de la técnica filológica, nunca se convenció que era un literato en el sentido profesional de la palabra, tampoco tomó a lo serio otra de las facetas de su rica personalidad, sus facultades artísticas. Pluma y lápiz cumplieron bajo la presión de su mano dos oficios, captaron la realidad por los medios intelectuales de la palabra y la imagen por los rasgos artísticos de su forma plástica. Richon-Brunet ha escrito que Pérez Rosales hubiera sido un pintor sobresaliente si su espíritu inquieto y aventurero no lo hubiera impulsado a otros destinos. Sus dibujos poseen una expresión poco común y subrayan como era su objetivo, especialmente en las páginas de su Diario, la palabra escrita. Su "Album", cartera de apuntes, dibujos, acuarelas y óleos, ahora conservados en el Museo de Bellas Artes, demuestran su facilidad de ejecución y el empleo de una técnica adquirida en las lecciones de su maestro y amigo Raymond Quinsac Monvoisin.

EL MANUSCRITO

Siempre un imperativo moral y cívico guió la mano de Pérez Rosales, al llevar a la imprenta sus ensayos y artículos. Dió a luz sus recuerdos de California "con el solo objeto de exhibir ante los ojos de sus paisanos los portentosos progresos materiales e intelectuales que alcanza siempre la libre iniciativa individual, cuando al firme propósito de adquirir aquello que se desea, se agrega la convicción yankee: que el verdadero capital en el mundo es la juiciosa aplicación of bone and muscle".

Este propósito viene reforzado en el primer artículo que dedicó a sus experiencias fallidas en las tierras auríferas, Algo sobre California (Revista de Santiago, octubre de 1850) en que, con la franqueza del viajero y fijando límites a la exageración intencional, ofrece una pintura fiel de lo que es California para "que el comercio chileno se rehaga de los quebrantos que la inexactitud de los informes le ha ocasionado".

*Después de este ensayo que reproducimos en el apéndice, hay que esperar el año de 1878, en que vuelve a ocuparse del tema en su Viaje a California. Recuerdos de 1848, 1849, 1850, publicados por la Revista Chilena, fundada por don Miguel Luis Amunátegui y don Diego Barros Arana. Lo escribe teniendo a su vista el cuaderno manuscrito de su Diario que extracta y combina para un público dilatado. Casi sin variaciones, vuelven a reimprimirse en el diario La Epoca, de cuyas galeradas se tira la primera edición en forma de libro de su obra fundamental Recuerdos del Pasado (1814-1860), ocupando los capítulos XIII a XVIII. Las diversas ediciones que se han hecho de este libro clásico han reproducido el texto definitivo de 1886 a cargo de don Luis Montt *.*

* Para el estudio técnico de las ediciones léase, Guillermo Feliú Cruz, Vicente Pérez Rosales, escritor. Estudio bibliográfico sobre su labor literaria en Boletín de la Biblioteca Nacional, Año V, N.º 1, 2, 3, enero a marzo de 1934.

PRÓLOGO

El manuscrito incompleto que ahora da a luz la Sociedad de Bibliófilos Chilenos, forma un cuaderno de tapas de cartón (29 × 29) de 46 páginas, escritas en una caligrafía de trazo regular, redonda, con las abreviaciones usuales en esa época. En algunas de las páginas se intercalan sus dibujos a lápiz y pluma de graciosa intención humorística.

De rancia prosapia española, don Vicente Pérez Rosales no se amedrenta ante la expresión realista, cruda y directa y llama pan al pan y vino al vino, complaciéndose en versainas que recuerdan la verba procaz de los escritores del siglo de oro de España.

*El Diario de Viaje vino a caer, en circunstancias que no conocemos, en manos del escritor don Joaquín Díaz Garcés, que publicó algunas de sus páginas en la Revista Pacífico Magazine, con el título de "Autógrafos de Pérez Rosales" *. Gracias a las diligencias del Conservador de la Sala José Toribio Medina, el profesor don Guillermo Feliú Cruz, que conoce como nadie en Chile el pensamiento y vida del literato aventurero, el manuscrito pasó al Archivo Nacional, donde se conserva en la actualidad.*

La Sociedad de Bibliófilos Chilenos rinde homenaje al gran escritor y se asocia, con estas páginas, al centenario de la Fiebre del Oro en California.

EUGENIO PEREIRA SALAS.

* Ver "Pacífico Magazine", N.º 32, agosto de 1915, págs. 207-210; Enrique Buns-ter, en su artículo: *Vida y Milagros de los Chilenos en California*, "Antártica", segunda época, N.º 18, mayo, 1946, ha reproducido dos de los dibujos de Pérez Rosales. Sobre el "Diario", véanse las observaciones de Raúl Silva Castro, *Pérez Rosales en la elaboración literaria*, "El Mercurio", 29 de noviembre de 1950.

Diario
de un viaje a California
1848 - 1849

RARAS vicisitudes y aun contradicciones las que se notan en la vida de los hombres! Sería un disparate el decir: de esta agua no beberé. Cuatro días después de nuestra salida de Valparaíso, esto es, el día primero de enero de 1849, sentados en la popa del *Stauelli* en donde nos embarcamos el 28 de diciembre del año de funesta memoria de 1848, filosofamos sin saberlo sobre aquella eterna verdad. Quien quiera que ahora tres meses nos hubiese dicho que uno de nosotros se había de encontrar hoy en el camino de California, hubiera merecido una rechifla general; ahora pregunto yo qué hubiésemos hecho con el que, más atrevido aún, nos hubiera puesto a todos en hilera y nos hubiese dicho: Venid acá hijos del Cebedeo, no solamente ha de ir uno de Uds. a California, sino que ha de ir Vicente, y lo que es más Ruperto, y lo es más aún César y Federico, y lo que es retataramás Felipe Ramírez.

28 DE DICIEMBRE DE 1848.

SALIMOS del puerto sin viento ninguno y remolcados por nueve botes y tantos fleteros cuantos pertenecen a la estación naval de Francia en Valparaíso, en la tarde del 28 de diciembre de 1848.

El buque, repleto de pasajeros, de curiosos y de mil otras personas que vinieron a despedirse. Estaba el puente de no poderse mover. Por fortuna ya tenemos a bordo a Orella, el capitán del puerto, que vino a liquidar este baturrillo y a dejar sólo a bordo a los pasajeros. Orella quiere impedir su viaje a una repleta y bien ajamonada doncella que piensa ir al beneficio de las pelotas de oro de Alta California, porque se le ocurrió sacar su pasaporte bajo el nombre supuesto de Rosario Améstica, cuando según las malas lenguas nunca tuvo otro después del de Anacleta que le pusieron al nacer, el de Juana que tuvo en Concepción y el de

Pancha que tuvo en Talca, que el de Rosa Montalva que tenía antes de embarcarse en Valparaíso. Su excelentísima repletez a pesar de las muchas apreturas en que debe haberse visto envuelta en el transcurso de su vida dantesca, nunca me parece que se ha visto en unos más amargos turrónes. Por una parte las seis onzas del viaje, por otra las pelotas de California cuya cosecha debía de principiar a bordo y todo sin remedio se perdía estrellándose como barco en la cara de Gestas del inflexible capitán del puerto. Rosa se queja amargamente; dice que es una señora honrada y de prendas y que muchos de los de a bordo se las conocen y que lo digan todos los que han tenido el gusto de conocerle que son los más; a uno le suspira, a otro le promete, llora, se desespera y consigue por último, muy a pesar nuestro, que la dejen proseguir su expedición aurífera con el aplauso de la mayor parte de los pasajeros aventureros.

Eramos un total de 148. El número de pasajeros constaba de noventa machos, además cuatro vacas, ocho chanchos, doce ovejas, algunas docenas de gallinas, tres perros y siete marineros, el capitán y el piloto.

En esta nueva torre de Babel en donde estábamos en estrecha mescolanza franceses, ingleses, belgas, alemanes, italianos y chilenos, nobles y plebeyos, se hace notar por su originalidad un tal Alvarez, hombre menudo, murmurador, algo retobado en malicia y pillería, que se ha declarado por su tono y su charla en el cabrión general de a bordo, y un tal Castorcito Guzmán, a quien el mulato le tiene más asco que al mareo. Ojalá que el mareo dé cuanto antes en la cama con semejante yunta.

Es ya la oración. No hay viento, no podemos salir ni entrar, nos hemos amarrado a un anclote y con el antejo hemos estado inútilmente viendo si podríamos decir a Mamita adiós desde la distancia.

Desde en frente de la Viña de la Mar, donde nos hemos visto obligados a alojar, le hemos echado las más justas y repetidas maldiciones al tal Julián, nuestro armador, que si algunas de ellas le alcanzara se había de derretir como manteca. El buen señor ese, a quien Dios confunda, a pesar de lo inaparente del tiempo, nos sopló a todos a bordo sin más objeto que el de verse libre de nosotros. La primer noche fué infernal para todos.

29 VIERNES.

Al amanecer levamos ancla, pero sin más viento que el del día anterior; un poco más tarde se levantó una brisa del Norte que a pesar de sernos contraria logramos a fuerza de voltejos el alejarnos definitivamente de la costa. El mareo es general, de entre nosotros Federico es el que mejor ha librado, así como el compañero Hurtado; después de éstos, Ruperto, el mulato y Felipe han sido los primeros repuestos. En cuanto al Decano, con él no hay que contar: está vomitando el quilo. Nuestros peones, con especialidad el denominado Chinguillo, están en el mayor estado de sufrimiento. La borda del buque está toda chorreada, las cámaras y escaleras también; por todas partes no se ven más que caras verdosas y no se oyen más que los estruendos de las arcadas. Siempre es consuelo el ver a nuestro Alvarez y a nuestro Guzmán de espaldas.

30 y 31.

Nada de particular. Viento en popa, pero flojo y a veces calmoso. El mareo ya parece que se cansa de mortificar.

1.º ENERO DE 1849.

GRACIAS a Dios llegamos a este deseado Año Nuevo, el cual nos pilla, según los deseos de Adelina, fuera ya del influjo del aire de nuestro país. ¿Si será este año como los anteriores? ¿Si querrá la suerte echar el sello a su persecución, aniquilando la última esperanza que nos queda, el único sueño dorado, después de tantos años de atroz pesadilla? Probaremos. El se presenta, sin embargo, risueño y cuasi creemos que habiendo llegado ya al fondo no es posible que bajemos más. Esperemos con paciencia.

El día está magnífico; ya el mareo nos ha dejado en paz. Rosita nos ha hecho después de comer una visita a la cámara, hemos mandado por su guitarra y nos ha festejado con dos canciones espléndidamente bárbaras; fué aquí muy aplaudida y se le contestó con algunas canciones fran-

cesas, con la Marsellesa y con la Chilena, a cual de todas más mal cantada. La noche fué bastante alegre; todos cantaban, bailaban y enamoraban a Rosita que aunque no se le pasaba el mareo estaba todavía hermosa.

Los días siguientes al primero del año han sido insulsos y monótonos. El viento cuasi siempre de mala gana nos ha ido, sin embargo, empujando en línea recta y hasta hoy, que es nueve de enero, sin las tres escenas que paso a referir, nos hubiéramos muerto de aburridos.

9 DE ENERO.

De los tres perros que vienen de pasajeros, uno que tiene mucho de presero mordió en la pantorrilla a Cipriano Avello, uno de nuestros bellos peones, el cual por haber vuelto la espalda al enemigo, llevó otra dentellada en el culo. Al momento nos acordamos del bálsamo de Fierabrás, y aplicándoselo Ruperto con Fe, Esperanza y Caridad, hemos logrado su perfecto restablecimiento.

Se tributan desde aquí las gracias a don Jorge y se le suplica que encargue más a Inglaterra, para hacer con él nuevos milagros.

Pocos días después hemos tenido la satisfacción de ver al bueno de Guzmancito, expelido ignominiosamente de la cámara por badulaque, mete dedos en las fuentes, eruptador en la mesa y ebrio.

El seis tuvimos que presenciar a pesar nuestro una escena sumamente desagradable y peligrosa, ocurrida entre el capitán y el piloto. El capitán reconvino a éste por el desparpajo de la carne que se le daba a los perros; éste contestó y el capitán se precipitó sobre él queriendo echarlo a empujones a su cuarto. El piloto es hombre querido del equipaje y se las tuvo tiesas a el capitán, que dió orden de arrestarlo; pero no fué obedecido. En estas circunstancias críticas rodearon algunos pasajeros a los beligerantes, los separaron y paralizaron siquiera por un instante un primer arrebató que quién sabe adónde nos hubiera conducido. El capitán sin embargo llamó al equipaje a popa y depuso al piloto de su cargo nombrando en su lugar al contra maestre. Calculen cómo serían las consecuencias de un paso semejante; íbamos a quedar reducidos al capitán y a un marinero; el capitán se había de cansar al cabo pues no era de fierro y el

marinero. viéndose poco vigilado se había de dormir, lo que necesariamente nos había de conducir a todos antes de tiempo al purgatorio. Felizmente aquella misma noche logramos a fuerza de reflexiones acomodarlos, y todo se restableció bajo el pie primitivo.

Todas las tardes nos las pasamos en popa, unos proyectando, otros cantando, otros haciendo pruebas de agilidad y de fuerza. Hasta aquí no ha habido rencillas mayores entre los pasajeros.

El temor de un incendio nos aflige, todos los peones tienen sus mecheros y sus fósforos mil veces más peligrosos. Antes de ayer cuasi nos incendiábamos; a eso de las cuatro de la mañana se incendió una caja de fósforos en la cámara de los pasajeros de 2.^a clase y nosotros mismos reunidos en cónclave hemos resuelto velar sobre tan peligroso desorden. Todos los días los peones de los pasajeros, bajo la orden y vigilancia de sus propios patronos, hacen su guardia en el buque y su consigna es no dejar fumar y vigilar el fuego. Nuestros peones fueron los que dieron el primer ejemplo de la nueva institución de serenos bomberos.

11 ENERO.

Hasta hoy día no debemos de contar este viaje como un viaje feliz; viento continuamente en popa aunque flojo y el buque camina de cuatro a seis millas con tanta quietud como si estuviera al ancla. Tenemos a la vista el segundo buque que hemos encontrado en el viaje. El primero era una fragata que parecía dirigirse al Callao y el de ahora va a Valparaíso; hubiéramos deseado mucho que nos hubiese pasado a tiro para haber tenido el gusto de escribir a casa.

Entre los muchos extravagantes que hay a bordo, no tanto por su alma, cuanto por su figura, se distingue uno que no parece hombre sino culo con patas.

No es posible mirar aquel promontorio sin estremecerse, y mucho más si se agrega que el tal gabacho no deja de frecuentar el lugar menos fragante de a bordo.

La figura de este bolero ambulante me ha hecho llevarme una noche calculando el cómo mi Señor Jesucristo pudo con sus divinas ma-

nos formar sin reírse aquella concha de galápagos; y después de muchas cavilaciones he venido en calcular que debió de ser de este modo. V. decidirá.

Un día que el Divino Hacedor quiso dedicarlo a la fábrica de algunas centenas de mortales formó en la batea del amasijo su pasta, la roció, la amasó y después de echarle la suficiente levadura la arrinconó a un lado para dejarla liudar. Como las atenciones del cielo no son pocas y el buen Señor quiere y debe de estar en todas partes y lugar, se le olvidó el amasijo y cuando acordó ya vino a encontrarlo pesado, hinchado y rasgado. El chasco era desagradable; iba aquello a perderse; mas él antes de botarlo le metió el dedo para probar su estado. ¡Quién pudiera pintar su admiración al ver que por aquel agujero se le salía el viento, se sentó el medio y se alzaron sus costados! Más ni menos culo dijo el creador y queriendo hacer de toda aquella mala masa un gigante, en lugar de decir faciamos homo, dijo pues Señor faciamos nalgas.

SONETO

*ERASE un culo inmenso, sobrehumano,
 En dos menudas piernas suspendido;
 Erase un cerro a culo parecido,
 Culo que a un hemisferio llama enano,
 Y en cuyo cráter que llamamos ano
 Chisporrotea el caldo embravecido
 Cual en el seno del Vesubio erguido
 La lava que sepulta a Herculano.
 Culo estupendo; colossal pegote
 que puesto aquí se viera desde Flandes;
 Culo en fin, para hablar sin embarazo,
 Que visto en alta mar fuera un islote,
 En Bio-Bío tetas y en los Andes
 Las faldas de Orizaba o Chimborazo.*

Como el erguido posterior de este rotundo personaje nos persigue como la sombra de Nino a su matadora esposa y no podemos divisarle ni hablar de él sin que nos esté escuchando, hemos resuelto a la unanimidad el llamarlo Culatus. Nombre alto, sonoro y significativo, pues es culo y culo lato, esto es ancho, espacioso, extenso.

Entre las diversas personas que nos distinguen aquí con atenciones debemos de contar con agrado al Sr. Cónsul de Bélgica el Sr. De-Boon, al Canciller del Consulado de Francia el Sr. Pioche y al capitán del buque; a nosotros nada se nos niega a bordo y en general no hay un solo pasajero que no nos mire con consideración y cariño, incluso Culatus, que esta mañana, al verme llegar sobre cubierta, alzó con precipitación sus abultadas nalgas de la silla en que estaba, por ofrecérmela.

15.

Hasta hoy, buen tiempo, estamos a cien leguas de la línea. El estado sanitario de la colonia podía ser más brillante; pero la falta que nosotros sufrimos de lo que le sobra a Culatus nos tiene medio chuecos. A propósito, esta mañana entró Culatus al guarda ropa o guarda demonios y depositó en él una tonelada de lo que quisiéramos depositar nosotros. Al ver aquella hermosura se me ocurrió al momento que debió de haber quedado convertido en bolsa, y por gozar de semejante espectáculo subo corriendo a cubierta y en vez de encontrar lo que deseaba me encontré con un culo atravesado en la escalera y tan estrechamente unido a ella que no podía progresar ni regresar, tal era el taco que su esplendidez allí formaba. Volvíme y como venía asustado con redondeces le desenvainé esta

REDONDILLA

*Quién podría divisarte
sin decir con disimulo:
¡vaya un culo!*

*Al verte erguido y turgente
con tus redondos carrillos
dicen todos los corrillos:
este no es culo de gente;
es más bien traste de mulo.
¡Vaya un culo!*

*Sale de su camarote
cual tinajón de bodega,
empuja, se queja, brega,
y al fin asoma el mogote.
Yo de risa me estrangulo.
¡Vaya un culo!*

*Si causa desasosiego
entre nos la falta de agua,
él como fuelle de fragua
se hincha y sopla con sosiego.
¿Si será culo de rulo?
¡Vaya un culo!*

*Es el culo gaditano
de formas muy abultadas:
mas se riera a carcajadas
el más popudo gitano
si viera el de aquesto chulo.
¡Vaya un culo!*

*El globo que en su ascensión
cúpulas pisa engreído
fuera a su lado pulido
globulito de jabón.
A su lado todo es nulo.
¡Vaya un culo!*

18.

Hasta hoy no hay más que una monotonía que desespera. El calor se hace cada día más insoportable. El mar siempre bonancible se empieza a animar con la presencia del pescado, del que hasta ahora sólo hemos visto sopladores, voladores y bonitos; de estos pescamos dos que fueron servidos el mismo día; pero su carne es tiesa y de mal sabor. Las nubes de hoy han impedido las observaciones y no podemos saber más que sobre más o menos estamos a ochenta leguas de la línea y al poniente de las islas Galápagos, a las cuales no tocaremos por temor de las calmas.

Ya están los documentos y contratas relativas a nuestro negocio terminadas, firmadas y en caja. Muchas desavenencias se observan a bordo de día en día entre los patronos y los peones que llevan, los cuales desde ahora se niegan a obedecerles. ¡Cómo será después! La calma nos asedia. El capitán viendo lo imposible que le será conservar allá su marinería, ha celebrado con ella una contrata de trabajar a medias con el buque poniendo éste los gastos a más el sueldo de cada uno como si trabajasen a bordo.

19.

Rosita, completamente restablecida ya, se pasea por la cubierta.

Es una fragata de guerra que camina siempre viento en popa. Hay a bordo un jovencito Puelma que es según todos el que la lleva a flete. ¿Cuándo llegaremos a la línea para decir que estamos a medio camino? Hoy distamos de ella 50 leguas; pero hay calma.

En la noche de ayer hemos caminado algo; el calor del día, el aspecto del cielo y las observaciones del capitán nos dan a entender que estamos rayando el Ecuador.

Buque a la vista, es fragata, se acerca, ¿de dónde será? ¿a dónde irá? he aquí las cuestiones que revolotean sobre cubierta.

Son las nueve y media y parece indudable que quiere hablar con nosotros. A las diez en punto vimos con el mayor alborozo el buque, que era un ballenero norteamericano y que echaba su bote al agua; un instante después lo vimos acercarse a remo y vela. Ciento diez hombres llenos de

curiosidad y de gusto, afirmados sobre la borda, esperaban la amable visita de los yanquis. Cuatro remeros y el capitán saltaron a bordo y rodeados de la muchedumbre que los observaba como a seres venidos de la luna, entramos al capitán a la cámara y pasaron los marineros a proa. Rosita, única falda entre nosotros, llamó particularmente la atención de nuestros nuevos huéspedes, que por sus miradas no se cansaban de admirar y envidiar nuestra dicha.

En el almuerzo supimos que el buque se llamaba *American* y que se dirigía a Talcahuano para doblar después el Cabo y proseguir al Norte.

Qué grato es en una navegación encontrar una ocasión de escribir a su familia, y con qué gusto se aprovecha ésta cuando la casualidad la presenta. Al momento nos pusimos todos a escribir en la misma carta y la dirigimos a V., sumamente recomendada al capitán ballenero y al señor Rondizoni, a cuyas manos debió la carta ir a parar a Talcahuano.

El capitán del ballenero nos llenó de gusto y nos hizo hacer al mismo tiempo serias reflexiones sobre la varia suerte de muchos hombres que son por cierto harto más felices que nosotros aunque en situación menos envidiable. Este buen hombre, después de haber mirado con ojos de resignación todo el aparato de nuestro servicio, no pudo menos que exclamar: Esta es la primera vez, señores, después de treinta y nueve meses que ando sin desembarcarme, que como en una mesa semejante. VV. tienen cubiertos, platos, buen pan y carne fresca. Yo no sé ya para lo que estos útiles sirven; galleta apolillada y negra y mala carne salada han sido mis más delicados alimentos desde que me separé de mi mujer y de mis hijos. VV. son muy felices; tienen todo esto y además van a buscar oro. Pues bien no les envidio, yo me marcho a abrazar a mis hijos.

Este día fué para nosotros muy completo; aun no habíamos perdido de vista el buque cuando pescamos un robusto tiburón.

Es tal la voracidad de este temido habitante de las aguas tropicales que al abrir el vientre le encontramos en el estómago un tarro de envase de sardina y un zapato de marinero con sus gruesos clavos. Coloqué el corazón palpitante aún en un plato sopero y durante tres horas seguidas no dejó de hervir y aun saltaba cuando se le aplicaba la mano.

Los calores se hacen cada día más insoportables, el agua tiene una

fetidez tal que trasmina por entre los condimentos. Hoy hemos resuelto pelarnos a la chinesca; César y Ruperto con la tijera en la mano nos han dejado la cara más chusca y seductora.

21.

Ya pasamos la línea; no hubo en ella bautismos por evitar desórdenes. Desde nuestra salida de Valparaíso notamos entre los pasajeros de entrepuente un descontento porque nos veían mejor tratados, de tal naturaleza que tememos con razón una revolución que cause muchas desgracias.

Nuestros temores cuasi se han realizado hoy. A las cinco de la tarde vimos una furiosa grita entre los pasajeros del entrepuente y por encima de esta sobresalía la de un peruano que insultó al capitán, nos dispuso a recibir un encuentro e hizo que todos los peones que iban a bordo echasen mano a sus puñales. Afortunadamente pudimos calmar el primer arrebato de tantos canallas y en la noche les traduje yo el reglamento de marina relativo a los alimentos, el cual les fué leído por mí al día siguiente. Este reglamento empeoraba su condición y lo que nosotros creímos que los exaltase fué precisamente lo que los calmó; porque desde entonces ya no se consideraban a merced, sino que se sentían con el derecho de reclamo que aunque a nada debe de conducir los ha tranquilizado.

En todo el resto de nuestro viaje hasta que estuvimos cerca de la tierra de la Alta California, término de nuestro viaje, nada nos ocurrió que merezca recordarse.

13 DE FEBRERO.

HASTA ahora hemos tenido el tiempo más benigno y hoy por primera vez nos vemos contrariados por el viento en circunstancias que sólo nos faltan dos días para anclar y para desengañarnos sobre el resultado de nuestra empresa.

Calmas y neblinas. Tenemos esperanza de buen tiempo, pero la neblina y las corrientes nos asustan, pues estamos a un paso de unas rocas llamadas los Farellones, que distan sólo cinco leguas del puerto y que es preciso reconocer para entrar. Son las 12 y todavía la niebla no se despeja, ni podemos hacer la menor observación solar; lo que tiene al capitán de mal humor.

Las cuatro. El capitán dispone sus anclas y manda recoger las velas. En una larga navegación no hay sonido más grato al oído que el que hace la cadena cuando la sacan de la bodega y la preparan para lanzarla. En general todas las noches jugamos con el capitán, el Cónsul de Bélgica señor De-Boon y el Canciller del Consulado de Francia, señor Pioche, una partida de ajedrez o de whist.

El capitán, antes de sentarse a la mesa, me dijo que debíamos estar ya sobre las rocas y, habiendo dado las órdenes más precisas al vigía de proa, se sentó tranquilamente a jugar. A las nueve como por una súbita inspiración dejó el naípe y se lanzó sobre cubierta. Un instante después oímos aquella voz terrible de mando, "la barra al viento aferra todo" que le aseguro a V. que para el que ha navegado es lo mismo que echarle súbitamente en capilla.

Al ruido de la cadena del timón y las maniobras de sobre cubierta, todos nos precipitamos a salir derribando sillas y rompiendo lozas; el gordo de Culatus, que nos llevaba la delantera, en vez de ladear su humanidad para pasar por la puerta del camarín, atascado en ella, fué despedido como taco de cañón de nuestro común esfuerzo y pisoteado por todos nosotros. Vimos, con una mezcla de asombro, de susto y de placer muy cerca de nosotros por entre un claro de la niebla las rocas negras e imponentes de los Farellones. Al momento viramos vuelta afuera pero la calma no nos deja hacer nada y tememos las corrientadas.

Son las dos de la mañana y el capitán dió fondo. Nos vamos a acostar confiados en nuestra estrella nueva del año del 49. Nada me parece que debemos temer.

16 DE FEBRERO.

Las cinco de la mañana, calma. Las rocas las tenemos tan cerca de nosotros que oímos desde aquí la algazara de las aves marinas y el bramido de los lobos. Sigue la niebla desesperadora, ninguna novedad, calma.

17.

Tiempo hermoso, sol por la mañana, apariencia de brisa y tres buques a la vista. Levamos ancla y nos separamos de nuestros peligrosos vecinos. Por las doce la niebla se ha cerrado, el viento tira a calma. ¿Cuántos días más llevaremos en esta perversa situación? A las cuatro no viendo nada y calmado el viento fué preciso de nuevo anclar.

18.

Calma, niebla arrastrada, lluvia. No hay esperanzas de movernos de aquí. Hemos dispuesto los anzuelos y estamos pescando tollos exactamente iguales a los de Valparaíso. ¡Qué desesperación la que experimenta el navegante al ver los insuperables tropiezos que la suerte caprichosa opone a la realización de su único deseo, el ver tierra!

18.

Viento recio toda la noche anterior y los cimbrones sobre nuestra ancla no nos han dejado dormir, son las diez y el capitán dice que si a las doce no aclara no podemos entrar hoy. La niebla se espesa cada vez más.

El viento arrecia por momentos y tememos con razón pasar la noche al ancla o tener que ponernos de nuevo en marcha al través de los escollos que nos rodean. Acaba de resolverse el capitán a levar anclas y correr algunas bordadas. Un bergantín nos acaba de pasar por la popa como un celaje y vimos que nos preguntaron si habíamos visto tierra y

por dónde, se le respondió que al Este del compás y un momento después ya lo habíamos perdido de vista entre la niebla.

Hemos bogado con buen viento dos horas y si no nos engañamos ya divisamos el continente. Suspendo aquí.

Son las cuatro; la boca llamada Puerta del Oro está a la vista. Hoy entramos. La navegación es una vida de emociones. Qué hermosa, qué imponente es esta costa. Todos los cerros de ella están cubiertos de bosques y en las faldas verdes se divisa ganado.

Estamos al fin en California. La bahía de San Francisco de la Alta California es la mayor sin disputa de todo el Pacífico, y la más hermosa después de la del Janeiro. Forma su entrada una garganta llamada Puerta del Oro, de dos millas de ancho y tres leguas de largo, hermoseaada con cabos salientes y pequeños islotes que nada entorpecen la facilidad de su entrada y de su salida y si atiende a las mareas cuya regularidad es matemática. Seis horas sale el mar del puerto para afuera, seis horas entra. Llegado al fin de la garganta, no creería nadie que entra a una bahía; al contrario le parecería que sólo ha pasado un estrecho que une un mar a otro; tal es la magnitud del seno interior que, puesto en un extremo de él, se ve con dificultad el horizonte opuesto. Las orillas de este hermoso lagunón son tan irregulares y forman tantos senos y puertitos parciales, en un fondo de arena y barro tan apropiado al ancladero, que por toda su circunferencia, a excepción de poquísimos bajos, puede un buque anclar con toda seguridad.

Los botes pueden atracar por todo y en pocas partes dejan de saltar a tierra los pasajeros sobre hermosos prados llenos de vigorosa vegetación y muy semejante a la de Valdivia.

La idea que nos habíamos formado de la ciudad de San Francisco no era por cierto de lo más brillante. Recordábamos que había aquel lugar pertenecido a España y a México y que sólo llamaba la atención del mundo de un año acá. Creímos en resolución ver en San Francisco algo de Curacaví. Nuestra sorpresa llegó al colmo cuando, al doblar la puntilla del ancladero, ya en la oscuridad de la noche, vino a extenderse ante nuestra vista y en forma de anfiteatro una linda aunque irregular aldea salpicada de hermosas aunque pequeñas casas, entre las cuales las hay de

valor de cien mil pesos, y lo que constituye el puerto cubierto de buques de todas dimensiones y de todas naciones, protegidos por una escuadra norteamericana compuesta de un navío de tres puentes, tres corbetas y un transporte. Recogidas la mayor parte de nuestras anclas, entramos al puerto con la precaución de aquel que no conoce el suelo en que pisa y a medida que íbamos enfrentando buques nos hacían en diferentes idiomas multitud de preguntas, cuya sustancia se reducía a saber de dónde veníamos y cuántos días de viaje traíamos. Al fin oímos la deseada voz de fondo y al son del ruido de las cadenas del ancla poco faltó para que todos nos abrazásemos, dándonos los parabienes por nuestra llegada, como si acabásemos de salvar de algún inevitable peligro. Un instante después, ya vimos iluminados los fuegos de esta naciente población; y esperamos como reo su sentencia el que alguno nos trajese noticias si era o no cierto lo que de estos lugares se contaba.

Era preciso hallarse en nuestra situación, tener a la vista el variado y singular semblante de todos los pasajeros, agitadas sus almas por el temor y la esperanza para formarse una idea del efecto que causó en nosotros el ver atracar a nuestro costado un bote, que creíamos venía del puerto, pero no era así, el bote era de la *Anamakin*, cuyo capitán venía a saber noticias de Chile. ¿Creerá V. que verdaderamente nos conturbó la llegada de este hombre a bordo? Todos se precipitaron hacia él y aunque cada uno creía que hacía una pregunta distinta de la que hacía su compañero, todas las que se le dirigieron podían reducirse a ésta de vitalísima importancia: ¿Hay oro cómo se nos dice? Nosotros no pudimos oír su contestación; como por un efecto maquinal nos habíamos reunido en la otra borda; queríamos prolongar la incertidumbre que por cruel que fuese siempre sería preferible a un desengaño. Por último uno de los interlocutores no cabiéndole el gozo en el cuerpo se precipita hacia nosotros gritando; le salimos al encuentro: —Todo es cierto, nos dice, hay mucho oro, muchísimo! Juzgue quien quiera si esto no sería para volver el alma al cuerpo. Pasada la primera emoción ya nos reunimos al alegre grupo y si pudiese haber sido un instante adivino cuántas cosas habría visto escritas en los semblantes, un momento antes abatidos por la incertidumbre. Pues yo, sin ser adivino, me parece que les oigo decir en sus adentros estas

y otras semejantes cositas: ¡Al cabo se me cumplieron mis deseos! Ya soy rico! Cómo se va a morir de pena Amalia que me desechó por pobre! Ingrata Cunigunda ya eres mía! Me diste calabazas, grandísima coqueta, pues ráscale ahora! Supuesto que hay tanto oro, claro ya soy rico! Buena moza es la Panchita, no hay duda, y virtuosa, pero ya soy rico y . . . vamos . . . Hasta fea me está pareciendo ahora; si eso es fea, fea como macho! Otro que se cuidaba poco de niñas estaba diciendo: Claro, si hay oro, hay holgazanes, si hay holgazanes hay juego: viva mi dado cargado, vale mi sota marcada. Ya tengo todito, debió decir el de más allá; nadie es más borrico en Chile, siendo rico. El señor Robinet, capitán de la *Ana-makin*, nos aturdió con sus noticias. Lo que se contaba en Chile nada era en comparación con lo que realmente había. El más ruin patán botaba el oro como un Creso, puesto que para adquirir tan tirisiento polvo sólo bastaba el ir y agacharse al mineral. Nos dijo que habíamos llegado al país de la igualdad, que en California no se conocía amo ni criado, y que el noble o plebeyo marchaban a la par en todas partes. Enumerar lo mucho que nos contó en el breve término de media hora que estuvo con nosotros sería nunca acabar; básteme decir que todo lo que nos dijo se lo creímos con la mayor voluntad del mundo y que al retirarse más parecíamos que le dábamos las gracias por habernos hecho a todos millonarios, que la mano para decirle adiós.

Vueltos a quedar solos, comenzó el diluvio de los comentarios; cada uno contaba alguna cosa nueva que decía haberle oído a Robinet, y entre todos, queriendo recopilar, se formó la masa de noticias más contradictorias. El tremendo mentidero al través del cual fué preciso abrirse paso para llegar al mineral, comenzó para nosotros en el seno del mismo buque en que acabamos de llegar, hasta el extremo de empezar a dudar de nosotros mismos, del testimonio de nuestros propios oídos. Nos pareció que el tal Robinet tenía sobrada edad para mentir; cuasi nos avergonzamos de haberle dado tan pronto crédito.

Como quiera que sea, cansados de comentar y llenos de ilusiones, de esperanzas y de temores, nos fuimos a la cama, quedándonos ya poca noche que estar en ella.

19.

Eran las seis de la mañana, estaba lloviendo, todos estamos a bordo en pie. Cada cual atiende afanoso a su equipaje o su atavío para saltar a tierra y mientras esto se hacía, yo y mis compañeros pudimos con quietud explorar desde el castillo de popa el lugar en que nos hallábamos. Es el puerto de Yerbas Buenas o San Francisco, uno de los infinitos senos que forma la costa irregular al Sur de la hermosa bahía de San Francisco. Y a pesar de estar situado al interior de las tierras soplan en él vientos fortísimos muy capaces, en la época de los equinoccios, de producir desgracias inevitables.

La ciudad, o más bien, la pequeña aldea del puerto, está situada en la falda inclinada de unos cerros sin árboles mayores pero cubiertos de matorrales de frambuesas silvestres, de frutillas y de vistosas flores; su población es bastante reducida, alcanzaría a 5,000; sus casas bajas, muchas de adobes a la antigua española, alguna que otra de moderna arquitectura y multitud de carpas y casuchas, son por ahora los cimientos de esta nueva y singularísima población.

Tenía entonces todo esto el aspecto de un gran campamento. En la bahía se podían contar veinticinco buques con los de la escuadra.

Nuestro buque, objeto de la curiosidad de muchos, se vió de repente rodeado de botes y de chalupas, unos en pos de pasajeros, otros tras el negocio o las noticias de Chile. Todo era algazara y movimiento. Todos los recién llegados confirmaban las noticias del oro, la mayor parte de ellos llevaban muestras del codiciado metal, y nos señalaban entre andrajos pepitas como nueces y polvo como lentejas. ¡Qué bendición! Pronto nos vimos rodeados de una multitud de conocidos, a los cuales era preciso mirar mucho para poder descubrir entre los harapos de unos malos calzones y un tremendo chaquetón de marinero, manos callosas y caras embreadas, al dandy de Valparaíso o al fashionable de Santiago. El joven Hamilton, de marinero y patrón de un bote, asociado con un negro en cuya única cama dormían juntos, esperaban, con su gorra de hule y su camisa de lana empapada, un pasajero a quien llevar a tierra. Manuel Price gordo y lozano con sus calzones arremangados y el levitón y las botas llenas

de barro, nos hartaba de preguntas sobre los efectos que llevábamos y respondía con portentos al diluvio de las que nosotros le dirigíamos.

Nisser, el amigo de la Rosa, Sánchez, Cross, Pinet, y otros muchos que me han llamado por mi nombre sin conocerlos yo, llenaban la cámara. La figura de cada uno de estos aventureros era tan singular y su conjunto tan grotesco y extravagante, que el mulato Dumas, en el acecho sólo de cada personaje, hubiera encontrado sobrado asunto para diez novelas. La curiosidad no era sólo el objeto que condujo a esta bandada de hombres activos a nuestro bordo. En California no se pierde tiempo en curiosidades. Cada uno iba a su negocio. A bordo todo se podía haber vendido a precios monstruos, por esto querían cerrar trato los novedosos antes que los pasajeros se hiciesen cargo del estado de la plaza; pero los chilenos no son tampoco del todo zonzos ni están acostumbrados a tratos a lo yankee. Cross, que se está llenando de plata aquí, trataba de un negocio con no sé quién, cerca de las ventanas de popa; otro, pasando con precipitación a su lado en pos de otro negocio, da un encontrón al primero, le bota el sombrero al agua, y sin que Cross se apercibiese de esto ni el otro se curase de semejante cosa, prosigue Cross el hilo de su negocio y el otro su precipitada marcha; poco rato después se retiraba Cross con una raída cachucha de marinero tan suelto de cuerpo como si fuese con la mitra del Papa.

Por evitar confusiones y gastos, resolvimos no bajar a tierra este día y dejaremos que se acaben de adonosar unos pinganillas para que vayan primero al foco del mentidero mientras que vamos a hacerle la corte al capitán del puerto, que ya sube a bordo. Es éste un yankee alto, regordete, ojos vivos, el uno en buen estado y el otro amoratado por un trompis que le dieron la noche anterior, personal mal traído y aliento aguardientoso. Venía éste acompañado de un guarda de la aduana, que debía de quedarse a bordo hasta que la carga se desembarcase. Al entrar a la cámara nos saludó en alta y afable voz:

—¡Sean Us. bien venidos, señores, a esta tierra del oro, mucho oro, mucho oro!

El capitán, que no entendía el inglés, calculó que nos pedía los pasaportes, y al momento los exhibió todos. ¡Hubiera U. visto la fisonomía del yankee al ver pasaportes y papel sellado! Fué esto como si le quisiésemos

hacer un grave insulto a la bandera de las estrellas. U. sabe que una de las causas de la separación de Norte América de la madre patria fué el papel sellado.

Nuestro buen yankee, apartando su ojo bueno de aquella causa de horror, nos dijo:

—Nada de papel sellado, nada de pasaportes. Us. están ahora en Norte América y aquí no se tolera ni la estúpida tiranía del pasaporte ni el salteo del papel sellado. Sólo vengo a felicitar a Us. por su feliz llegada a este rico país y a dejar autorizado por mí a bordo a este agente de la aduana para que reciba y dé curso a los permisos de desembarque que Us. saquen de la administración.

Se le ofreció vino y licores. Dijo que sólo admitiría el champagne. Se le administró su competente dosis y concluyó su visita muy a satisfacción de todos.

U. extrañará nuestra poca curiosidad, permaneciendo aún a bordo; pero estábamos medio aturcidos. Había precisión de escribir a Chile en la *Anamakin*, que ya estaba para salir, que poniéndonos desde luego a escribir nos dimos por satisfechos con las novedades que oíamos, con las novedades que teníamos a la vista y con la novedad del capitán del puerto, empleado respetable a quien no respetó el puño de un yankee borracho, con quien él mismo probablemente bebía.

Rosita se armó en corso con un rumboso vestido de seda, capa y gorra o sombrero como lo llaman los modernos. Fué por todos los concurrentes a bordo sumamente atendida. Yo no sé qué carta o papeleta de recomendación traía para todo el mundo; el resultado es que no había ninguno de los que venía a bordo que no tuviese que hacer con ella y ella con ellos.

Sólo nosotros no más éramos los virtuosos, los castos, los regodeones y los delicados. Efectivamente es preciso llegar a esta tierra y estarse día y noche mirando sólo machos y más machos, para que sea tolerable la vista de la encantadora sirena que se llevaba ahora tras sí la admiración y los ojos de cuantos la divisaban.

Pero digámosle adiós y váyase en hora buena mi señora Rosita a conquistar y a ser conquistada como es regla y uso en los calamitosos tiempos que alcanzamos.

Nuestros petimetres recién llegados así que se fué el capitán chopeado, se alijaron y acicalaron como para un baile y como recién sacados del baúl saltaron a tierra. ¡Hubiera U. visto su facha a la vuelta! Parecía que los hubiesen revolcado en el barro. Volvían contentos y llenos de noticias contradictorias acerca de los minerales y echando pestes contra el barro de las primicias de calles que apenas empiezan a delinearse en esta extravagante población.

Como nada podíamos sacar en limpio acerca del mineral ni en distancias ni en estación ni en los medios más oportunos para llegar a él, resolvimos despachar una comisión exploradora y al día siguiente se bajó a tierra.

Lo que se ve y se oye en esta California es tan raro, tan excepcional, tan desviado del orden natural de los acontecimientos humanos y estos mismos se suceden con tan extraordinaria rapidez, que sólo escribiéndolos a medida que pasan por la vista y viéndolos anotados después de su propio puño pudiera uno creer que esto no es sueño. U. recordará que a las primeras noticias que recibimos en Chile, respondimos todos con carcajadas de desprecio. Creía yo, como parecía natural, que noticias de riquezas debían de abultarse en proporción de las distancias, y me parecía que dos mil leguas son una sobrada longitud para hacer que una noticia que es en realidad, como la punta de un embudo, principiando aquí, debiese de acabar allá en la asa. Creí además, y aún lo dije, que la tal California si no era el segundo tomo de las tierras auríferas de Chile, pudiera muy bien ser alguno de aquellos sueños dorados con que, a falta de metálico, suele consolarse a pesar suyo el que delira con razón por tenerle.

Vinimos al cabo, porque fué imposible resistir al testimonio de tantos, y porque se nos aseguró que aunque aquí se pasaban muchos trabajos, sólo el flojo no ganaba mucha plata; pero no nos habían contado nada. Saltamos a tierra y después de haber pagado nuestro duro por cabeza, enfangándonos en el barro de la baja marea, tomamos la falda de la loma que forma la parte seca de la población.

El día anterior se nos había hablado de la necesidad de salir armados y nunca menos de dos a la vez; lo íbamos, en efecto, como lo estaban también la mayor parte de los habitantes de la población, con puñales y pis-

toías en la faja. Para dar con la casa de Price hemos tenido que atravesar gran parte de la población, cuyos habitantes parece que celebrasen el carnaval, por lo raro de sus vestidos, la naturaleza de sus ocupaciones, por sus idiomas, más multiplicados que los de la torre de Babel, por parecer que hasta las mujeres se han vestido de hombres, pues no se ve una falda ni para un remedio. A cada rato teníamos que desviarnos para dejar pasar a un futre de camisa de lana y calzones arremangados, acezando bajo el peso de algún baúl o de algún fardo que llevaba desde la playa a flete, a razón de dos a cuatro pesos bulto, o tal vez para que no se atrasase un cargador más afortunado que, poseyendo una carretilla de mano, iba orgulloso excitando la admiración y la envidia de los que no poseían semejante máquina. Unos tendían carpas, otros arrastraban maderas, éste rodaba un barril, aquél forcejeaba con un poste o daba barretazos descompasados para fijarlo. Los que han logrado parar sus carpas ya han dado principio a su negocio. En la puerta de cada una de ellas se ven baúles abiertos, y la ropa más usada y traída expuesta a la vergüenza pública se vende a los precios más exorbitantes. Los licores tienen un valor fabuloso respecto al de Chile. El chivato está a setenta pesos arroba; el champagne a media onza la botella. Los efectos tienen el valor que les quiere dar el que los tiene; porque el comprador, considerando que el tiempo es oro en California, con tal que encuentre a la mano lo que necesita, no se para en tanto más cuanto ni lo va a callejear a otra parte. La moneda corriente es oro en polvo, y la desenvoltura con que lo manejan para las compras o ventas da a entender lo poco que les cuesta el adquirirlo; las calles están empedradas de botellas rotas, y entre las muchas casuchas que se levantan como por encanto a guisa de las callampas en los primeros aguaceros de mayo se ven multitud de ventas de licores y de casas de juego. Cerca de la playa, como en la mitad de la población, se está levantando una hermosa casa de cal y ladrillo perteneciente a un tal Hassar, marinerote ayer, hoy millonario. En la plaza se construye con mucho lujo un inmenso establecimiento para café, de otro marinerote no menos rico que el primero. Aquí la mayor parte de la gente habla inglés bien o mal; pero por los trajes y el acento descubre V. al lado del yankee flaco y de calzones cortos al abultado John Bull, al chino, al bengala, al ruso y al californio, tratando de

enhebrar una compañía; al chileno y al oregonés mirándose de reojo, y al francés y al italiano guiñando a una india canaca coronada de flores de mano, vestido azul y zapato colorado.

Todo en fin cuanto puede verse de raro y extravagante en los trajes de un baile de máscaras, se ve en esta tierra de promisión; pero en proporciones gigantescas. Lo que se extraña mucho en este perpetuo carnaval son las criaturas de aquel que unos llaman bello sexo y otros hembras como los yankees (females), y qué otra cosa han de ser las mujeres de estos animales.

Al cabo de un cuarto de hora de una marcha lenta pero llena de entretenimiento, llegamos a un hotel de hermosa apariencia, perteneciente a un gringo soldado aventurero en el ejército expedicionario sobre México. Tocaba a la sazón uno de los criados, que no era más que un caballerito disfrazado en mozo de posada, un tremendo pailón chinesco que atronaba las vecindades para llamar a los parroquianos a comer. En el salón encontramos a Price, a Claro, que trabaja en echar vainas a los puñales de los que le pagaban dos pesos por vaina, y a otros conocidos que se disponían a sentarse a la mesa. Esta ocupaba todo el salón y en ella vimos colocarse con precipitación al conjunto más grotesco de comilones que V. se puede imaginar. Había hombres de todas las naciones del mundo y en sus trajes nacionales. Los idiomas que se hablaban eran una verdadera algarabía. Allí se veían hombro con hombro rotos de finísimos modales al lado de gentes groseras pero ataviadas con un lujo escogido; viejos muy viejos al lado de jóvenes robustos que engullían como unos Heliogábalos; y así en unos como en otros, reinaba un contento tan manifiesto como si disfrutasen en aquel momento de los más deliciosos platos. El yankee come tres veces al día y siempre lo mismo: carne asada, salmón en sal, algún mal guiso, té o café y mantequilla. Almuerza a las 7, come a las 12 y cena a las 6.

Por mucho que hablamos con unos y con otros, ninguno sabía darnos una exacta razón de lo que necesitábamos saber. Los pocos que habían estado en el mineral se manifestaban poco complacientes para satisfacer nuestra curiosidad; otros parecían no tener tiempo que perder cuando no les resultaba beneficio conocido. Estábamos, pues, reducidos a oír relaciones de los que estaban tal vez necesitados tanto como nosotros de noticias,

y al mismo tiempo expuestos a adoptar las que nos daba con aire misterioso la tropa de tunos que especulaban con los recién llegados.

Ate V. cabitos con estas noticias:

—No vayan Vs. al Sacramento porque hay poco oro, el negocio grande está en Estanislao.

—Ni piensen Vs. en Estanislao, el Sacramento es más seguro, y Fulano sacó en un día tantos miles.

—Los minerales están inundados, es un disparate pensar en ir ahora a ellos; Fulano acaba de llegar y me dice que ha andado en ellos con el agua en la cintura.

—Qué agua ni qué berenjenas; aquello es más enjuto en invierno que en verano.

—Cada buey vale cien pesos.

—Vale quinientos por lo menos.

—No crean Vs. nada; los engañan. Allá hay rancheros (hacendados) ricos que se los darán con mucha cuenta; lleven Vs. sus carretas.

—No hagan tal de llevar carretas por los grandes médanos y los cerros; compren Vs. caballos o amansen yeguas que pueden conseguir hasta por cincuenta pesos.

—Nada de yeguas, caballos, ni carretas; el que se las recomienda se conoce que no ha estado en los minerales; lleven Vs. buenas botas y maletones; yendo a pie eligen Vs. los más ricos placeres.

Por este estilo fueron las noticias que adquirimos, y en cuanto a las distancias eran todavía más contradictorias; ellas variaban desde cuarenta millas hasta ciento ochenta leguas.

Price me llevó a casa de un amigo recién llegado del mineral, y allí vi por primera vez una pepa maciza de tres libras, que dijo había encontrado paseando antes de almorzar; le vi también algunos sacos de oro y me volví a bordo llena la cabeza de noticias, y sin saber a qué atenernos. Después de esto, resolvimos cuasi echar a la suerte nuestra definitiva determinación.

20 DE FEBRERO.

Al fin hemos encontrado un plano de estas regiones que, aunque manuscrito y poco correcto, nos da una idea menos equívoca de las localidades. Hemos pagado por él doce duros, y como hay proporción para Chile nos ocupamos en sacar algunas copias para remitir una a Carlitos.

Mil pesos nos piden por nuestro transporte al Sacramento en una balandra. Nuestros haberes no son muchos, y como calculamos el doble más para ponernos en el más inmediato mineral, tomamos mil trescientos pesos al interés del cinco por ciento mensual con la firma de Sánchez.

21 DE FEBRERO.

La llegada de la *Julia* en que vienen nuestras carretas nos hace mucha falta. Mucho demora este buque y su demora nos perjudica.

Hemos resuelto esperarla aún algunos días y no llegando saldremos todos menos Ramírez para que vea a su hermano y se embarque después con las provisiones y útiles que nos veremos obligados a dejar por de pronto.

El entusiasmo general por el trabajo material, que es por ahora el más productivo, se nos metió también a nosotros, y como no teníamos que pensar en casa y comida, pues todo lo teníamos a bordo, donde sólo por un peso por cabeza gozábamos de más regalías que todos los demás pasajeros, resolvimos dividirnos en comisiones para diferentes empresas. El decano quedó a bordo de ecónomo y a cargo de la factura y de los caudales. Ruperto, César, Federico, Casali, Clakston y Hurtado tomaron el bote de a bordo y salieron a corso en pos de pasajeros y bagajes. Felipe y los peones se resolvió que bajasen a tierra a servir de cargadores.

El bote lo servían sólo cuatro remeros y quedaban dos varones para relevar a los gastados. Las corrientes de la alta y baja marea son aquí muy fuertes y por lo mismo peligrosas; esto me tiene con algún cuidado, pero nuestros fleteros son valientes.

Resuelto nuestro plan de vida provisional, salieron las blusas azules a lucir, y a pesar de los chubascos y la llovizna continua, el trabajo se lleva adelante con provecho y alegría.

La empresa de tierra, a las órdenes del teniente Ramírez, ofrece varios tropiezos, originados por la estación y los barro; hemos resuelto darle un nuevo sesgo. La ropa limpia se nos ha acabado, y como en esta tierra es preciso hacerlo todo, se votó una comisión de lavado que debían desempeñar alternativamente todos. El bote salió en consecuencia hacia una caleta de la bahía donde había agua corriente, y provistos de jabón, gamelas y un caldero para agua caliente con otro menor para los porotos, saltó toda la colonia en tierra, cargado cada socio con un enorme saco que representaba las mudas de dos meses de cristianos que habían navegado entre los trópicos.

La caleta del lavado presenta un aspecto pintoresco, aunque solitario; por el oriente el mar y el resto de la pequeña ensenada rodeado de un alto farellón de arena y tierra cubierto de matorrales y frambuesales. En el fondo de esta taza hay una especie de lagunita de agua salobre, en donde se ven rastros de otros lavadores que nos han precedido.

En este apartado lugar de la culata del mundo se echaron por la compañía los primeros cimientos de la nueva fábrica. Presto caldero, balde, ropa y jabón, todo se puso en movimiento. Mama Borja y ña Rosario en todos los días de su vida ni han fregado tanto ni con más ardor que mama Ruperta, mama César y todos los ñoes y ñaes que alternativamente daban movimiento a la fábrica, trocando el remo por la calceta y el calzoncillo por el timón. César dice que en el lavado se está largando el más fino. Ruperto, Federico y los demás acreditan sus proezas con los dedos todos desflocados.

La voz de "A la carga", la voz de "Animo", entre los socios de la colonia ambulante se ha convertido en ésta: ¡*Dar fuelle, hijitos!*

En la tarde toda la gente a bordo; todos comen con apetito, cada uno cuenta una aventura, todos ríen, todos la tienen a Vd. presente y todos se acuerdan de doña María Guerrero. V. no extrañe ni se ponga celosa por esto; hemos creído que ella se acordará de nosotros y desde aquí le correspondemos. El estado sanitario de la colonia es el más satisfactorio; sólo al bueno de Chinguillo se le ha ocurrido el continuar aún mareado.

28 DE FEBRERO.

Hace seis días a que se continúan los trabajos improvisados sin interrupción; estamos con el proyecto de ir mañana a la Contra Costa a cazar.

Es la Contra Costa el lado opuesto al puerto, una hermosa playa con árboles hasta el agua y rodeada de hermosos cerros poblados de pinos. Nos aseguran que hay muchos gansos, liebres, perdices, venados, algunos osos y todas las demás golosinas que animan al cazador.

Son las 11 de la noche; a las nueve se resolvió hacer el viaje a la Contra Costa, y desde entonces hasta ahora nos hemos llevado limpiando las armas y proveyéndonos de los artículos necesarios. V. puede imaginarse que mientras las manos trabajaban la boca no cesaba de contar proezas de caza. El decano tuvo entonces la honra de hacer a los circunstantes atónitos una larga reseña de su punto seguro, su ojo certero, su marcha cautelosa, su presencia fascinadora y su todo de Apolo, dios de la hermosura, de los poetas y de los cazadores.

La noche se nos ha pasado en agradables ensueños. Apolo se soñó en un tremendo campo de batalla, sembrado de sangrientas codornices, de mutiladas liebres, de agujereados ciervos y de mucho al vuelo, mucho vuelo, mucho vuelo, mi señora; y le aseguro a V. que si la llorosa California no viniera a suplicarle que dejase algunos vivientes para cría, mal año y peor mes para todos los gastrónomos andantes de estas auríferas regiones.

30 DE FEBRERO (1).

Nuestro paseo a la Contra Costa ha sido bastante divertido.

Al amanecer ya estábamos todos en pie: luego se aparejó el bote fletado y entramos todos en él, incluso el capitán y dos marineros.

Desde San Francisco a la Contra Costa hay seis millas. En el espacio que media entre una y otra playa hay una hermosa isla que se llama la de Los Angeles. El bote en que marchábamos iba lleno de provisiones, de hombres y de armas, y calculábamos con razón que quedaba bien poco hueco para lo mucho que debíamos cazar. Los remeros cazadores y los dos ma-

(1) Errata en el original ¿1.º de marzo?

rineros nos pusieron pronto a la orilla de la isla. La mañana estaba muy fresca, el cielo despejado, y a nosotros ya se nos hacía viva la parada que todo lo íbamos a arrasar. El decano parecía que iba medio elementado, una de las posturas más meditaundas le hacía dar el tinte obscuro necesario para hacer resaltar más la alegría de los jóvenes marineros cazadores. ¿Qué contendría este contraste entre personas del mismo genio y en igualdad de circunstancias? ¿Será acaso que medita sobre la grandeza y la decadencia de los estados? ¿Será que admira absorto la inmensidad de la más espléndida bahía del mundo? ¿O será que algún duro consonante concentra su pensar y su alegría? Nada de esto. Soñaba aquel decano venerable, aquel cupido un tiempo tan lozano y hoy cazador eximio, soñaba digo, aunque despierto estaba él, cómo salvar el inconveniente de hacer volar al oso para matarle al vuelo. ¡Este era su pensar; ésta su cuita!

En la puntilla escarpada, que mira a San Francisco, vimos unos cuantos lobos con sus cabezas de perros preseros, los miramos en menos y dando tiempo a la vuelta de la marea que bajaba con violencia, recalamos en la isla. Toda la costa de este hermoso cerro es escarpada y pendiente, menos en un punto que mira al lugar donde nos dirigíamos. Trepamos como cabras por las piedras, y al momento nos diseminamos por la isla.

El monte que la cubre la hace intransitable, así es que a poco andar ya nos perdimos unos de otros. Caminar y rasguñarnos y cansarnos es bueno; caza, necuacuam, no hay de qué, no se ha ofrecido. La tal isla parece que hasta las aves le tienen desapego. No hay en ella una alma humana; pero en cambio hay una manada de cabras alzadas, calculada para dar envidia, cansancio y rabia a los cazadores. Al cabo de una hora de trepa, de baja, de avanza y recula, nos reunimos a punta de sendos gritos y de reniegos en el lugar donde desembarcamos. Llegaron los cazadores algo *désappointés*; pero en cambio almorzamos sobre parados y muy mal.

Concluído nuestro frugal o endemoniado desayuno, nos lanzamos de nuevo en el bote y a punta de remo, más molidos que cansados, llegamos como a una cuadra de la playa; allí encallamos. La marea, baja aún, se conjuró también contra nosotros. Era cierta la abundancia de las aves. Grandes vuelos de patos, gansos y becasinas nos hacían desesperar por nuestra forzosa inacción. Algunos de los compañeros no aguantaron y se

soplaron, unos vestidos y calzados al agua, otros con los fundillos en lo posible arremangados. El sesudo decano calculó el valor de las reses por matar y las consecuencias de una mojada, y resolvió como valiente morir en el bote antes que darle en el gusto al barro y al agua.

César y Ruperto saltaron al agua y a pulso empezaron a remolcar al pontón *Nereus*; que con un remo en la mano para empujar y puestos de pie en los banquillos del bote se asemejaban a Neptuno o al genio de las tempestades.

El bote caminó a duras penas y por duras peñas hasta a seis varas de tierra, y dijo aquí me planto. Mis remolques se gastaron y aun se lanzaron a la caza, dejando abandonada y sin esperanza de humano auxilio a la más interesante de todas las prendas que constituían el principal adorno del paseo. ¡Qué horror! Tiros por todas partes, ningún grito de victoria pero sí muchos de *herida va!* Vuelos de becasinas que pasaban atropelladas y efectivamente agujereadas cerca de la cautiva prenda, todo llenaba a este ser privilegiado del más acerbo dolor. En tan críticas circunstancias, en tan tremendo disparadero, muera yo, exclama, y pase mi renombre a la futura fama, dice, y cual nuevo *Leandro* en busca de su querida, se lanza bundún, al mar, y el agua le cubre hasta el tobillo.

Juntos y congregados todos en tierra, se principió la acción con el más granado tiroteo. *Dar fuelle, hijitos.* Luego nos embolsamos en aquellos hermosos bosques, efectivamente provistos de cuanto puede apetecer el cazador.

Desde San Francisco, cualesquiera que vean la Contra Costa se imaginan que no es más que la falda de un vistoso cerro, cuyos pinos parece que pudiesen tocarse al desembarcar. No es así; son llanos los que parecen cerros y es menester caminar mucho para llegar al final, punto lindísimo que con Ruperto nos propusimos visitar; pero fué imposible. Atravesamos llanos y lagunatos muy hermosos, y después de andar y desandar como perros en viaje, muertos de cansados y de hambre fuimos al lugar del abandonado bote, y con un apetito de esforzados cazadores dimos saca a nuestro repuesto de provisiones, con general aplauso de todos los convidados.

Al depositar en tierra el fruto de nuestra destructora correría, resultó que el haber de los muertos era un sombrero y el de los vivos agujereados tantos cuantos fueron los seres a quienes apuntamos.

Las escopetas que la noche antes mataban solas según sus apasionados dueños, sin duda alguna se resfriaron en el viaje, pues nada hicieron; son armas de pacotilla, dijimos todos, y dejando con esto nuestro honor bien puesto, nos tornamos al bote, para acabar de desollar el rabo del tal día de caza; pues teníamos nada menos que cruzar a remo el ancho de la bahía, que comenzaba ya a encrespase por el viento.

Efectivamente, mucho vigor debieron de manifestar los remeros para salir avante con esta endemoniada empresa. César no soltó el remo en todo el viaje; los demás se remudaban. Hurtado fué de Rosita: haciéndose el enojado dejó al mulato sin relevo.

El mar, el viento, la marea y la noche que entraban a toda prisa y el cansancio general, más de dos ocasiones hizo pensar al decano sobre la inmortalidad del alma. César dice que nunca se ha tirado el más fino como en aquella ocasión, y así fué. La ola estaba bastante crespada y el viento a fugadas tan recio, que echándonos a cada rato baldes de agua encima nos hizo llegar a bordo después de dos horas de viaje, muertos de cansados y pasados de agua hasta el tuto. Estaba César tan gastado cuando atracamos, que dice que no sabe cómo trepó la escalera.

V. puede calcular si dormiríamos bien aquella noche; hoy nos comeremos algunas pocas becasinas y perdices que el destino decretó que muriesen ayer y la suerte nos deparó a nosotros el que fuésemos instrumentos del acaso.

Antes de salir para el Sacramento, punto interior a donde hemos preferido dirigirnos con preferencia a Estanislao, quiero contar a V. un suceso de los muchos que ocurren diariamente en el simulacro de gobierno que hay en esta ciudad.

La suprema autoridad de San Francisco no es un Alcalde como dicen muchos, es un yankee más o menos borracho a quien llaman Alcalde y que sólo sirve, si es entre dos yankees, de juez conciliador, si es entre un yankee y uno que hable español, para hacer que el español sea reo y pague las costas del proceso, si es entre dos españoles para que pierda el

que de los dos tenga con que pagar intérprete y costas. Ocurrió una demanda últimamente entre dos de los primeros. La sala del juzgado estaba llena, y como eran yankees los protagonistas el Alcalde procuraba bien o mal acomodarlos, mas se fueron acumulando tantos cargos contra el que hacía el papel de reo, que el Alcalde no pudo menos de sentenciarlo a veinte y cinco azotes, pareciéndole esta sentencia la menor que se podía aplicar en semejante caso. Un rumor de desaprobación se alzó al momento en la barra.

El Alcalde creyó que era hombre perdido por haber dado tan ruin castigo a tan patentes maldades, y cuando ya se disponía a llamarse a engaño y aumentar la dosis, pide la palabra uno de los concurrentes.

—Ciudadanos —dice— una vez que este tal Alcalde se manifiesta tan franco para imponer y repartir castigos, yo propongo que nos juntemos cincuenta hombres de los más robustos y que llevemos al Alcalde a patadas en el culo tres millas de distancia.

—¡Hurra!—dijeron todos y el Alcalde sin saber lo que le pasaba deja su asiento y más de prisa que corriendo se lanza por una ventana en medio de la rechifla y de las maldiciones generales. El reo quedó de hecho absuelto.

Yo no sé cómo pueda concluir esto; hay en esta ciudad una partida de facinerosos que llaman los *Galgos*. Estos jóvenes, los más viciosos e impudentes, parece que tienen un pacto jurado para protegerse mutuamente con sus intereses y con su vida. A cada rato hay cachetinas en los cafés, y siempre sale estropeado el que por desgracia o por acaso contesta a una de las groserías de estos facinerosos coligados. Si por acaso no hay más que uno de ellos en la casa y sale por consiguiente mal parado en las contiendas que provoca, luego sale desesperado en busca de sus compañeros y vuelven en masa al lugar de la contienda y cometen en él cuantos desórdenes pueden. El mejor partido que le queda que tomar al que derrota a un galgo es disparar y no ponérseles nunca a la vista.

En este tiempo pasado hemos tenido dos días festivos: el 21 de febrero, día de Washington, hubo una salva general de toda la escuadra norteamericana. Nuestro buque era el único francés que había en la bahía,

se enarboló nuestro pabellón y saludamos con tres hurras el día grande del Norte. En el acto vimos llenarse las vergas de los buques de guerra con sus tripulaciones que contestaron nuestra cortés demostración con tres tremendos hurras que resonaron como trueno en los cerros circunvecinos. De tierra contestaron a la salva con repetidos cañonazos con un pedrero sin cureña, que colocaban multitud de borrachos, en la que debe ser plaza. El licor corrió como avenida a pesar de su mucho valor.

En la noche se hicieron fuegos artificiales colocando barriles de alquitrán ardiendo en la plaza y en las cumbres de los cerros.

Otro acontecimiento memorable fué la llegada del vapor *California* que salió de Valparaíso antes de nosotros y llegó un mes después. Fué éste el primero que llegó de los construídos al propósito para estas regiones y fué recibido con hurras, cañonazos, alquitrán y champagne únicos medios de festejar que hay por ahora aquí.

A la llegada de la *Confederación*, el buque de Squella, fueron nuestros fleteros a su bordo a ver si venían conocidos y cartas. Cartas no las había, y en cuanto a noticias les dijeron que sólo les tenían que anunciar una terrible, que era la quema y destrucción de la barca francesa *Stauelli*, a los pocos días de su salida de Valparaíso cargada de pasajeros; que todos habían perecido y que sólo se vino a saber esto por algunos maderos a medio quemar que habían varado y que aún se podía leer en ellos el nombres del buque a que habían pertenecido.

Los pobres Solares, junto con una multitud de otros pasajeros, habían sido víctimas de semejante catástrofe. Los niños sufrieron cuanto pudieron la risa durante esa lastimosa relación, pero al fin reventaron, y no fué poca la admiración de los recién llegados cuando supieron con quienes hablaban y vieron al ancla el buque incendiado. Nuestro contento no duró mucho pues al momento asaltó la idea del sentimiento que debió causar en casa tan cruel noticia. Puede V. persuadirse que nada nos podrá tranquilizar sobre esto mientras no sepamos que V. se ha desengañado de semejante falsedad.

La demora de la *Julia*, donde vienen las carretas, nos está perjudicando mucho, pues no vemos las horas de entrar al mineral. Hemos re-

suelto que se quede aquí Felipe y junto que sea el resto de nuestro bagaje marche a incorporarse con el resto de la compañía, que debe de salir sin pérdida de tiempo a tomar lenguas y a disponer lo necesario para el viaje al interior.

VIAJE A LA CONTRA COSTA

6 DE MARZO.

HEMOS fletado al fin una balandrita llamada *Dice-mi-nana* y en inglés *Daice-may-nana*. Podrá tener veinte toneladas de capacidad. Es un lanchón con cubierta con dos palitos de mala muerte, y sus velas remendadas y puercas, calculadas para no dejar cosa parada sobre su cubierta, único asilo de los pasajeros.

En este falucho de mala muerte nos embarcamos todos menos Felipe, y amontonados como pudimos nuestras provisiones y equipajes en la poca bodega que tenía y lo demás sobre cubierta.

Veintinueve pasajeros, incluso dos perros, una mujer y un niño, cubrían la pequeña cubierta de la embarcación, embarazada ya a no poder más por sacos, cajas, ollas, palas y fusiles, canastos de provisiones y treinta mil atados o paquetes que sólo esperaban el menor balance para irse al agua llevándose de paso a cuantos estuviesen sobre ellos. Imposible es formarse una idea de la suma incomodidad en que íbamos. Eran tantos los bultos que había sobre cubierta que sólo podíamos estar sentados o de pie.

Ninguno podía dar un paso sin pisar sobre su vecino ni tampoco recostarse sin encontrar rodillas o espaldas por almohadas.

En resolución, la sardina y el arenque en barriles nos hubieran dado envidia, ellos bien o mal van acostados.

Nuestro navío lo mandaba el capitán Robinson, yankee ceceoso, chico de cuerpo, vejete a más borracho. Lo acompañaban en calidad de marineros, un gringo escocés que hablaba muy bien español y dos otros yankees que iban a los placeres y que por no pagar el pasaje habían sentado plaza de marinos hasta el Sacramento.

Describir las fachas de bandidos de nuestros pasajeros, sería lo mismo que principiar con ánimo de no acabar. Sólo en una cosa se asemejaban todos: en las tremendas botas con clavos y en los rifles, puñales y pistolas que aún a bordo no dejaban de manosear un solo instante.

El capitán del *Staoueli* nos acompañó y ayudó hasta el último momento y a eso de las cuatro de la tarde, separados del costado de la barca, empezamos la difícil tarea de desembarazarnos de los buques que nos rodeaban.

Por mal de nuestros pecados pusimos a bordo una damajuana de aguardiente y ocho botellas sueltas, resto de un barril que vino cuasi vacío. A la vista de objetos tan codiciados, el capitán se encargó de su cuidado y nosotros tomamos nuestras posesiones lo menos mal que pudimos. La corriente estaba contra nosotros, y el capitán, ya fuese por torpeza o por malicia, maniobró tan mal, que con sus torpes voltejeos, lejos de avanzar, fuimos reculando hasta que nos soplaron de rondón en un banco de barro, que convirtió a buque y a pasajeros en un peñón marino. Allí empezaron las maldiciones más impiamente horrendas que pudiera vomitar un turco, si acaso fuese posible encontrar alguno que fuese tan brutalmente desmoralizado para ello. En balde se echaron dos pedazos de remos al agua para empujar el lanchón, ningún esfuerzo humano parecía que pudiera moverlo de allí. La noche entraba a toda prisa, el frío y la llovizna nos iban a asesinar; no era posible desembarazar nuestras cobijas y pellejos de entre las patas húmedas y descomedidas de aquellos animales que nos acompañaban. Ya íbamos haciendo, muy a pesar nuestro, el ánimo de dejar pasar aquella noche, cuando acercándose un botecito a nosotros nos volvió el alma al cuerpo. Llega, pues, el bote salvador pero ¡qué espanto! el bote en que teníamos nuestra esperanza, lejos de ir a salvarnos, sólo atracó para meternos a bordo a cuatro pasajeros más con gran contento de Robinson y sumo terror del resto de los viajeros. No sé a quién se le ocurrió entonces poner la banderita a media asta, y al instante vino a nosotros una lancha rusa que, con el mayor comedimiento, hizo lo posible por desatollarnos; pero fué perder tiempo en balde. Nuestro borracho capitán, en todo pensaba menos en salir aquella prima noche; y la varada del buque

fué intencional para tomar por contrabando los pasajeros que a hurto de su patrón pudiese embarcar.

Nosotros, sin esperar más, nos transbordamos al lanchón ruso, y dejando en la *Dice-mi-nana* a Casali y a los peones para que reparasen los efectos, bajamos a tierra a quejarnos a Braman, rico comerciante, sacerdote y jefe de los mormones y dueño además de la *Daice*, de su malvado capitán, que quería a todo trance salir con la marea de la una, lo cual era peligrosísimo por el estado de embriaguez en que se hallaba.

Braman estaba ya recogido, así es que apenas pudo escribir, en una tirita de papel, la orden a Robinson de no salir antes del día. Armándonos de paciencia volvimos con la tal orden a bordo de la *Daice* y la comunicamos a Robinson. Este, no teniendo tiempo para leerla, Clackston, le dijo:

—Es una orden de su patrón para que no salga V. antes de venir el día.

A la voz de patrón saltó Robinson como si le hubiera mordido un alacrán:

—Qué es eso de patrón, dijo, yo no tengo patrón ni aquí hay patrones, y si se hubiera de observar mi dictamen, a ninguno se debía de ahorcar por pícaro primero que a ese bribón de Braman.

Sin embargo no salió porque se durmió, y al amanecer del día siguiente, proseguimos nuestro bien comenzado viaje.

La cubierta de este falucho parecía un campo de batalla; no había uno que no estuviese como una uva, y el único barril de agua dulce embarcado a bordo para el viaje estaba tan vacío como nuestras botellas y la damajuana de aguardiente que para desgracia embarcamos el día antes. No teníamos remos; fué preciso ir, a medida que nos arrastraba la corriente, sobre los buques, irles gritando si tenían alguno que vendernos; tampoco llevábamos bote, y embarcación ninguna sale para los ríos sin él, por ser preciso caminar grandes retazos sin viento y sólo a espía. Por fin encontramos quien nos vendiese dos remos y logramos así separarnos del puerto.

Escribo esto después de haber terminado nuestro ridículo y endiablado viaje, así es que sirviéndome de mesa un tronco de pino derribado

que nos sirve de resguardo en nuestro primer alojamiento de Sutter-Ville, tengo presente los incidentes de él.

El viaje ha durado siete días. El mismo lugar que ocupábamos en el día lo ocupábamos en la noche, y siempre sentados, pues la jarcia de la maniobra y las velas latinas no nos dejaban estar en pie; y aun sentados nos barrían a cada paso la cara las sogas en cada una de las doscientas mil viradas que el viento y la marea nos obligaban a hacer.

El asiento de la mayor parte de nosotros lo formaban ollas de hierro, atados que a cada rato teníamos que abrir, filas de gamelas llenas de agua y carne salada y pedazos de leña de la provisión.

Cada uno de los viajeros sentados ha tenido entre el hueco de las piernas cacerolas, palas, escopetas y diablos coronados que le embargaban hasta el menor de sus movimientos. Asimismo hemos pasado las noches envueltos en frazadas y ponchos, que amanecían destilando a causa de los fortísimos rocíos que caen aquí, y a pesar de estas incomodidades sólo turbaba nuestra alegría el continuo pisoteo de los marineros, que no cesaban de ir y venir de popa a proa calzados con botas rusas guarnecidas de clavos. Estos animales no reparan donde ponen la pata, su objeto es llegar a un punto cualquiera y para ir a él sólo se cuidan de mirarle y pisan hasta las barbas de San Pedro, si éstas no se apartan con presteza del camino.

Al pobre Casali le plantó uno su patata en la cara, y al reniego de éste, sólo se le dió por toda satisfacción este dicharacho común entre ellos: —*Todo está derecho*, que quiere decir, *no hay novedad*, y pasó de largo.

En mi vida he oído más estrepitosas maldiciones; cuanto contiene en sí de puerco e impudente, cuanto puede haber de impío e inmoral en la lengua inglesa lo empleaban aquellas bestias con figura humana, hasta para las cosas más insignificantes. La rasca del día anterior les tenía el semblante como un tomate. Estos bribones no contentos con haberse bebido el aguardiente le dieron saco a nuestras alforjas, en donde llevábamos una botella de pan quimagogo. Unos de los malditos gringos se la bebió toda, creyéndola oporto, y aun no me puedo dar razón como no reventó.

La botella contenía lo bastante para matar a tres caballos. Cuando vimos que también se habían bebido esta medicina por vino, le aseguro a V. que nos hubiésemos asustado si un espíritu secreto de venganza no nos

hubiese consolado. El gringo, entre sudando, maldiciendo y bebiendo cuanto agua encontraba, no cesaba de viajar a proa. Su mareo era moderado; por arriba, por abajo, por el norte y por el sur, salían de aquel cuerpo pecador, chorros de aguardiente, de chanco recién comido, de quimagogo y de tocino. Aquí entra bien aquella ocurrencia de Góngora:

*Salieron los elementos
de aquella concavidad
como suele por agosto
temerosa tempestad.*

Todo, todo le salía menos la borrachera. A poco andar nos varamos. Estuvimos dos días a vista del puerto, se acabó el agua. Nuestras provisiones, calculadas para cuatro días, se acabaron también; caminamos con paciencia y valor. Al cabo de siete días de malas noches, de perversos días de hambre, de encogimiento, de continua humedad y de cuantas zaran-dajas pueden hacer incómoda una travesía, llegamos al fin a un lugar que llamaban Sutter-Ville, donde debíamos despedirnos de nuestros amables compañeros de viaje, de la *Dice-mi-nana* de terrible recordación y de la bacanal mezclada de quimagogo con sus pestíferas consecuencias, y de aquel atroz Robinson que viera yo de mil amores en Juan Fernández, que no puede ser otro que el mismo Baco embutido en marinero para visitar también los placeres de California.

Nuestro viaje, a no haber sido tan brutalmente incómodo, no hubiera carecido de encantos. Hemos atravesado la hermosa Bahía de San Francisco, que parece terminar al norte por un estrecho formado por dos islotes sumamente parecidos llamados los Dos Hermanos. Cualquiera que navega en esa dirección, creería que aquella estrechura es la boca de los ríos; y causa poca admiración, así que se dejan atrás estos dos peñones, encontrarse navegando en otra gran bahía, que es la de San Pablo, y que penetra muchas millas tierra adentro.

El aspecto de esta nueva bahía no es otro que el de un gran lagunón sin salida rodeado de hermosos cerros y de campos feraces cubiertos de

ganados. Fragatas de primer orden navegan sin el menor tropiezo en ella y encuentran en todas partes excelentes fondeaderos.

Lo que hay de más notable en esta navegación es el influjo de la alta y baja marea sobre la quietud de las aguas. Periódicamente seis horas de alta y seis de baja, determinan barras movedizas que, sin ser peligrosas por su fondo, lo son por la agitación turbulenta y arremolineada de las aguas. Largas líneas de espuma en las cuales borbotonea el agua se interponen a cada paso en la alta marea al tránsito de las embarcaciones, y es sabido que los remolinos del fondo absorben como pequeñas vorágines cuantos objetos de poco bulto se aproximan a sus vórtices.

Esto mismo es lo que hace peligrosa la entrada del Océano a la bahía, pues chocando el mar en su crece contra las aguas del Sacramento alza penachos y determina correntadas que pueden arrojar buques a las peñas de la orilla de aquel estrecho canal si no se toman las precauciones debidas. Sin embargo, tomando con cautela el medio del canal, y entrando en él a media marea alta, no presenta la boca el más mínimo peligro.

Se navega en la bahía de San Pablo muy cerca de tierra, en un mar sumamente apacible, descubriendo a cada rato nuevos senos, puertecitos y caletas, y rodeado de buques y embarcaciones menores, que van y vienen llenas de pasajeros y de bastimentos; sin que aquel que viaja por primera vez sospeche ni vea en ella la menor salida.

Sin embargo, al cabo de tres horas de navegar, siendo el viento favorable se encuentra uno en una pequeña abra muy angosta, pero profunda y correntosa, por la cual entran con desembarazo hasta fragatas de guerra. Esta lindísima garganta o canal natural tiene como una legua de largo, y en su centro están echando los cimientos de una nueva población que llaman Benicia, nombre de la señora del General californés Vallejo, hombre rico y muy considerado aquí. Tiene esta pequeña aldea una casa, algunas carpas y un buque de guerra al ancla. Ya se puede beber el agua en que se navega, y como nosotros, a pesar de nuestro indisputable talento, no entendíamos una palabra de lo que hablaba nuestro buen capitán, nos dimos los parabienes por haber entrado al fin en el cuerpo del río, cuyas márgenes llenas de aves y de verdura nos llenaron de regocijo.

Proseguimos nuestra marcha y de un repente vimos con sorpresa que se nos acabó el río y que desembocamos a otra nueva y hermosa bahía llamada aquí Sui-sun. Las tierras que rodean a este nuevo seno son muy bajas y nos hizo creer que era mucho más extenso de lo que en realidad es. Sólo a la parte del sur se levanta en forma cónica un formidable cerro, conocido con el nombre del Cerro del Diablo, cuya vista acompaña al viajero a muchas leguas de distancia.

La bahía de Sui-sun, rodeada de bajos cubiertos de pajonales intransitables, está llena de bancos que entorpecen en sumo grado su navegación. El más diestro marino cuenta como gracia el haberse encallado pocas veces en un viaje, y cuasi siempre acontece que el que se estrella en un banco tiene que permanecer en él y en la postura en que dió el estrellón hasta que la alta marea viene a favorecerlo con el aumento de las aguas. A medida que uno avanza al norte se multiplican los bancos y los islotes de pajonales y de espartos, hasta que al fin se halla la embarcación en un laberinto de canales y de bocas verdaderamente imponente, y es lo que constituye la confluencia del Sacramento y del San Joaquín, que desembocan a un tiempo en Sui-sun.

Ya desde Benicia comienzan a arreciar las neblinas de mosquitos de ponzoñosas picadas, que comienzan en San Francisco y en los pajonales y bajos de la confluencia de estos ríos. Es tal la cantidad de ellos que superaría toda humana comparación.

Es preciso ser buen práctico para no errar el canal de tránsito.

Al norte de este laberinto va el brazo que conduce a la proyectada ciudad del Sacramento, y en la boca de este brazo hay echados los cimientos de otra población que se llama Moctezuma. A la parte del sur del laberinto se ve otro ancho canal, que constituye el paso para la nueva ciudad de Stockton, en el río San Joaquín, a cuya entrada se proyecta otra ciudad con el nombre de New York.

Nosotros tomamos la vía del norte y pronto nos hallamos navegando en el más hermoso río que he visto en mi vida. Apenas se siente su corriente, su superficie aparece limpia como un espejo y sus aguas muy claras. A uno y otro lado hay una vigorosa vegetación, que va siendo cada vez más alta y frondosa a medida que uno se interna más en él, y su curso va des-

cribiendo extensos arcos que lo hacen aparecer a cada rato como una laguna caprichosa y sin salida. En toda su extensión, hasta el mismo pueblo del Sacramento, navegan sin tropiezo fragatas mercantes de alto bordo, sin embarazar a multitud de otras pequeñas embarcaciones que a remo y vela recorren el río en todas direcciones.

En cualesquiera partes en que sea preciso pasar la noche no hay más que amarrar el buque a una rama de árbol desde el mismo buque. La barranca del río es baja, pero en la misma barranca hay tanta hondura como en su centro. Los corpulentísimos árboles de las márgenes alargan a veces tanto sus brazos sobre el río que a cada paso se traban enredos con la jarcia y las vergas de los buques, y en medio del traquido de los ganchos quebrados y de la inundación de hojas que caen sobre los pasajeros, se oyen las risas y la algazara de *agacha, quiebra ese palo, empuja, aguanta*, que cada uno dice por su lado, según el papel que le hace representar por fuerza el lugar incómodo que ocupa.

La volatería es sumamente abundante, y el salmón y la tortuga que se encuentran en el Sacramento pueden ser de un grandísimo recurso cuando venga a este hermoso país la población que pide a gritos.

Saltamos en varios puntos a tierra, y no fué poca nuestra admiración al ver que las malezas que embarazan el paso y unen estrechamente los árboles unos con otros son parrones silvestres, rosales y frambuesas, estando el suelo además cubierto de semillas singulares y de papas de flores que deben hacer encantadores estos lugares en la primavera.

Manadas de ciervos se acercaban bastante a nosotros para que los pudiésemos ver, a pesar de la espesura de los matorrales, y diluvios de culebras parece que brotaban del suelo en que uno ponía el pie en aquella tierra virgen y rica de todo. La especie de culebra que observé no es nociva, es la culebra Esculapio, la más inocente de todas.

Sin embargo, tal es el horror con que todos miran a estos reptiles, que armados de palas hicimos en ellas las más bárbaras matanzas; no contentos con esto, y por seguir el ejemplo de los que nos precedían, le pegamos fuego al alojamiento. V. puede calcular qué clase de cuerpo tomaría éste en lugar tan empachado de maderas, pues tres días tuvimos a la vista de noche los reflejos de las llamas en el horizonte.

El canal en que íbamos navegando no tiene arriba de una cuadra de ancho en su mayor extensión, pero éste no es más que uno de los brazos del Sacramento, que por ser el más corto camino para las ciudades, es también el elegido para el tráfico.

Este brazo se separa de la madre del río por una estrecha garganta, donde cuasi siempre se varan los buques que no pasan raspando la tierra, y de allí para adelante ya se navega y volteja en aquel espléndido río en cuya orilla sur se ve, al cabo de seis horas de viaje, la naciente población del Sacramento, donde atracamos el infernal falucho que fué nuestro purgatorio de siete mortales días.

El lugar destinado para pueblo es un hermoso plan cubierto de innumerables y hermosas encinas, situado al sur de la confluencia del Río de los Americanos con el del Sacramento. Muchos bajos cubiertos de pajonales y lagunatos en donde hierven las tortugas, parece que deben de hacer a este lugar poco sano en los rigores del verano. Hay sólo cuatro casas de mal dispuestas tablas, con techos de lona, alguna que otra que se principia a trabajar, y un sinnúmero de carpas, de todas figuras y tamaños, colocadas del modo más irregular. Nuestra primera operación al saltar a tierra fué la de reconocer el campamento, y elegido el lugar menos húmedo a la orilla de la barranca que determina la ciudad al norte, tendimos nuestras hermosas carpas.

Presto, y a pesar que distaba nuestro campamento más de dos cuerdas de la playa, armados ya de nuestros vestidos de guerra, comenzamos el desembarco y acarreo de nuestros efectos. Cuantos nos veían nos echaban miradas de envidia al vernos llegar provistos de cuanto pudiera apeteecerse en un lugar en donde todo vale un sentido. La mayor parte de esta gente no ha ido aún a las minas, así es que no sabemos a qué atenernos aún sobre el objeto único de nuestro viaje.

La carpa grande de nosotros se ve desde lejos sobre el grimillón de carpitas y toritos que nos rodean. Los habitantes de todo el campamento que llaman Sacramento City, no andan, vuelan. Cada hombre parece un almacén de guerra sustentado sobre los hombros de un gastador. Harina, charqui, frejoles, palas, barretas, bateas de lavar, puñal, culero y poruña, distinguen al aventurero sudamericano.

Rifle, pistolas de seis tiros, puñal, navaja, polvorines, carmañolas, botas granaderas y muchas botellas de brandy, constituyen los instrumentos mineros del yankee.

Hay aquí tres o cuatro carretones de alquiler para bajar bagajes, y piden un desatino por el flete de cada bulto. Nosotros habíamos traído una carretilla de hierro, que aunque era de cuatro ruedas, no giraba el tren de adelante en las vueltas, así es que cada vez que se ofrecía volver con ella, cargada o descargada, lo teníamos que hacer en el aire y a pulso. Esto hacía sonreírse a los carretilleros y mirarnos con desprecio, pero nosotros nos reímos más de ellos cuando hubimos concluído nuestro acarreo sin haber tenido que pagarles medio centavo.

En esta población se nota más movilidad que en San Francisco. Los campamentos nacen y desaparecen con la misma rapidez con que se forman. Llegan hoy 4 ó 6 embarcaciones y se llena el pueblo de carpas y de gente; mañana salen todos para el mineral y queda reducida la ciudad a un desierto, o más bien a un campo de batalla sembrado de ropa vieja, instrumentos de labranza, cacerolas, sillas de montar, aparejos, sacos desparramados de galleta, de frejoles, de huesillos, y de todo cuanto puede estorbar la marcha por la carestía de los fletes que están a treinta pesos quintal por 16 leguas; esto es hasta llegar al mineral más cercano que es el que llaman el Molino.

Aquí no se oyen más que tiros por todas partes. A esta gente le gusta tirar mucho al blanco y no miran siquiera los males que puede ocasionar su torpeza. Pero a las oraciones es cuando más pólvora se gasta; todos descargan sus armas a esta hora, bien sea para dar a entender que las tienen, bien para limpiarlas y cargarlas de nuevo. Ningún yankee se acuesta sin llenar este indispensable deber.

Perfectamente instalados, teniendo por mesa un cajon y por asiento otros cajones de nuestras provisiones, comimos todos los días que allá estuvimos, el buen poroto, con más apetito que el de un cargador, y hacíamos libaciones a la memoria de la madre querida, comiendo con discernimiento y mucho saboreo los ricos dulces de almíbar que ella nos acomodó para el viaje.

Mientras esperábamos con impaciencia la llegada de Ramírez, única cosa que nos demoraba, acopiábamos datos de cuantos volvían de las minas; a todos les registrábamos el oro y de todos admitíamos noticias, que juntas y congregadas formaban el mayor baturrillo de contradicciones.

Qué mucho es que por allá en San Francisco no nos pudiésemos entender, si aquí, a medida que nos acercamos al mineral, toman las mentiras gigantes dimensiones.

A cada rato formábamos un plan nuevo de operaciones, y a cada rato llegaba una noticia que nos lo hacía variar. Enviar exploradores no era cosa fácil, pues nuestros recursos no daban para tanto, y salir a ciegas con toda la colonia y el tren de provisiones que nos embarazaba, hubiera sido exponerse a perderlo todo; seguir la corriente no podía ser, porque cada uno se desparramaba por su lado y sabíamos que muchos de ellos, si no todos, sabían menos que nosotros lo que debían hacer. Así se chasqueaban también

A medida que las noticias contradictorias que recibíamos nos hacían adoptar nuevos planes, escribimos a Felipe, bien fuese pidiéndole objetos, bien dándole contraórdenes precipitadas. Afortunadamente es tan mala la administración de postas que creemos que ninguna carta le ha llegado.

16 DE MARZO.

Hemos resuelto no esperar más a Felipe y dirigirnos al Molino, primer asiento del mineral, aunque muy explotado ya. Desde allí saldremos para el interior en cuanto nos lo permitan nuestra reunión a Felipe y las circunstancias.

Los fletes son monstruosos; nos piden treinta y cinco pesos por quintal para llevarnos sólo a 18 leguas de distancia. Los bueyes para nuestras carretas no se encuentran por ninguna plata y el tiempo se pasa en indecisiones. Para regularizar las discusiones pusiéronme el nombre de Decano, y una vez investido de este alto puesto se dispuso que Ruperto y el mismo Decano construyeran una carreta para un caballo, mientras otros iban a buscar donde comprar un Bucéfalo, y los demás ponían a la vergüenza pública todos los efectos y la ropa que no nos fuese de suma necesidad.

El vino indigesto figuró y se vendió a 5 pesos el galón, el aguardiente Tilttil a 7 pesos el galón. La venta de la mayor parte de nuestra ropa y la de algunos víveres, nos puso en un pie bastante respetable de fuerza y de movilidad.

Los exploradores de caballos volvieron al cabo de cuatro horas de ausencia sumamente cansados y hambrientos. Hurtado y Clackston, en vez de darnos razón de los caballos que fueron a buscar nos la dieron, y muy individual, de una hermosísima yankecita, hija del dueño de los caballos. Dijeron solamente y muy al último, que no se habían atrevido a pagar 200 pesos por un manco flaco y matado, única prenda codiciable que allí había después de la muchacha. A la voz de muchacha tomó la palabra el Decano, y después de un sesudo y reposado discurso, en que hizo patente a los oyentes los males que podía acarrear a la andante colonia la adquisición de otra clase de animales que los que se habían ido a buscar, concluyó su patética oración haciéndose cargo él mismo de ir a torear a la sirena y de hacerle quince torcidas y de pellizcarle el mandundo al viejo, aunque fuera por menos precio de lo que él pedía.

Al día siguiente por la mañana ya lo tenía V. en campaña acompañado de cuasi todo el estado mayor y menor que no quisieron en manera alguna dejarle ir solo a tan peligrosa misión. ¡Qué campos tan lindos! ¡Qué multitud de hermosos árboles y de flores! Caminamos como obra de unas veinte cuadras y llegamos a un lugarejo que llaman El Fuerte. Este se reduce a una enorme y ruinoso casa, a pesar de sus gruesas paredes, que en otro tiempo hubieron de ser murallas, pues se ven al pie de ellas arrumbadas algunas piezas de cañón. En este lugar se proyecta una ciudad con el nombre de Sutter-Ville en honor del señor Sutter, antiguo veterano en la guardia suiza.

Allí ha estado este hombre singular 18 años en continua pugna con los indios, hasta que al cabo logró domarlos y aún hacerse reconocer capitán de ellos. A él se le debe el descubrimiento de estos minerales. Como el país abunda mucho en pinos mandó construir a la orilla del río de los Americanos un molino de aserrar tablas, y en el herido se sacaron las primeras pepas de oro que debían dar al traste con tantas cabezas.

Sólo nos demoramos allí el poquísimo tiempo que se necesitaba pa-

ra echarle un vistazo, y pasamos a curiosear a un gran almacén que se veía a poca distancia y que tenía por enseña Braman y Compañía. Este tal Braman, dueño de la maldita *Dice-mi-nana*, es uno de los hombres más acaudalados de California. Jefe y profeta como ya he dicho de la célebre secta de los Mormones, había logrado por la muchedumbre de ellos, monopolizar un rico pedazo del Río Americano, hacer en él fosos y parapetos y sacar los más pingües resultados. Parece que en cuanto se vió rico ya no quiso que se le llamase mormón y trabaja por su cuenta. El almacén que visitamos, puesto precisamente en el único camino que conduce al mineral, admiraba por el completo surtido que contenía de cuanto pudiera desearse para el trabajo de las minas. De los precios no digo nada. Los objetos sólo dejaban mezquinas utilidades: ¡desde cien hasta dos mil por ciento!

Caminamos aún como una hora en un hermoso llano cuyos términos no se veían; llevábamos el río Americano a la izquierda, río que aunque es uno de los muchos tributarios del Sacramento es ancho y caudaloso.

Este río es el que reúne como a catorce leguas de aquí los tres mentados torrentes que cruzan los minerales de oro del norte. Sus nombres son: Río del Norte, Río del Medio y Río del Sur, a cual de los tres más rico en polvo de oro. Deseosos de averiguar si las arenas auríferas alcanzaban hasta el punto en que nos encontrábamos, hicimos varios ensayos en la poruña y vimos efectivamente que hay oro, aunque poco, hasta la confluencia con el Sacramento.

Esto nos dió muy buena idea de los minerales de adentro y proseguimos contentos nuestra marcha hasta llegar a las casas de una hacienda (aquí rancho) que se veía junto al camino.

Las casas estaban desiertas, las puertas abiertas, y algunos útiles y provisiones sembrados sin orden en el interior de los aposentos. Los dueños de casa, como tantos otros lo habían abandonado todo por los placeres.

El camino que seguimos iba sembrado de caravanas de mineros que, unos a pie y otros a caballos, pero unos y otros cargados a no poder más de armas y provisiones, marchaban a paso largo para el norte.

Por último llegamos al deseado *rancho* o hacienda que buscábamos. Era efectivamente un mezquino casuchó, sin un arbolito, ni una flor, ni una ave, en resolución, una sola habitación baja y ruinosa como son todas

las casas de los perezosos e idiotas rancheros de esta Alta California. Vimos los caballos: ¡qué horror! Por un miserable mandundo, flaco, matado, mañoso, 250 a 300 pesos y se los arrebataban, viendo lo cual nosotros nos precipitamos sobre un pinguito amarillo, que por lo chico lo habían despreciado, y pasamos a contar 200 pesos por él. Hasta aquí nada de yanquecita.

La fortuna nos sacó del susto, no llevábamos plata sino oro en polvo; por supuesto pasamos a pesarlo a la casa y encontramos ¡oh cielos! el único ser femenino mirable desde que dejamos a Chile. Ella misma debía de pesar el oro, luego la hicimos dueña de nuestra bolsa. Sirviéonos leche, que tanto tiempo hacía que no tomábamos, nos hizo caritas, nos hizo cumplimientos y nosotros le hubiéramos hecho mil otras cosas si la primer visita, si el tiempo, y sobre todo la presencia de su futuro esposo, no hubiera tenido a raya los efectos de nuestros honestísimos pensamientos.

Al despedirnos nos dió el último flechazo, puesta en jarra. Todos salieron prendados de ella, y al Decano se le oyó murmurar entre dientes: "¡Qué lástima de jarrita!". Salimos de aquella casa hospitalaria y llevando por delante a nuestra espléndida adquisición nos dimos prisa en volver y reunirnos al resto de la colonia que debía de esperarnos a comer.

Mucha risa les dió a todos nuestra desvencijada cabalgadura. Luego le hicimos una *probada* con unas rastras y vimos que era buena. En seguida nos dimos a fabricar morrales para llevar cada uno a la espalda lo más que pudiera para ahorrar fletes; tratamos de comernos a toda prisa los huesillos y el dulce para que hubiese eso menos que cargar; pagamos 450 pesos por otros dos rocinantes, y habiendo fletado una carretilla a razón de 25 pesos quintal fijamos definitivamente el día siguiente para nuestra salida.

Se resolvió que Hurtado y Ruperto esperasen a Felipe en una carpita pequeña y el día fijado, por la mañana, se hizo el zafarrancho general. A las diez de la mañana iban, pues, en marcha las dos carretas, custodiadas con dos compañeros, habiéndonos nosotros quedado atrás para atender al carretón rastra que debía de llevar nuestras frazadas y las provisiones para el viaje. Mucho nos dió en que entender el maldito caballo que pusimos al pértigo; parece que no le gustaba el estrambote o añadidura que le habíamos puesto por detrás, y poco faltó para que en un rato de mal humor

no nos descuajeringase nuestro catafalco. Por último, se logró echar al camino el tal vagón, y, dejándolo marchar, aunque ya muy distante del otro, dijimos adiós a tres compañeros que dejamos al cuidado del resto del cargamento, hasta que viniésemos por él.

Este nuevo desmembramiento de nuestra compañía nos afectó bastante; estábamos en un país desconocido, vivíamos entre gente descomedida y brutal; ni Felipe podía explicarse en inglés, ni Ruperto ni Hurtado tampoco. Sin embargo, cargados con lo más que pudimos echar en los morrales y armados con nuestras escopetas y puñales, al cabo de media hora de marcha, alegre aunque fatigosa, alcanzamos a la vanguardia de nuestra flamante caravana.

El orden de nuestra marcha era este: Casali y un Garcés adelante, cuidando las carretas; Cipriano tirando al caballito que tiraba el carretón; César, Federico, Jorge y yo marchábamos en seguida, y Urbina a veces nos seguía y otras nos precedía, distribuyendo los carros de fuerza.

Todas estas personas que no salieron de Valparaíso con nosotros y los dos Garcés y Herrera fueron agregados a nuestra compañía al partir de su trabajo, a trueque de casa y comida, por eso los ve V. figurar entre nosotros.

Nuestra primera jornada sólo fué de seis leguas, y no necesito decir a V. que llegamos cansados, pues la malvada carretilla nos detenía a cada rato para componerla, y después teníamos que forzar la marcha para alcanzar las carretas que no pararon hasta alojar a media tarde en la misma orilla del río. Allí nos dijeron los carreteros que era preciso alojar porque ya para adelante no había agua.

El camino que recorrimos hasta este alojamiento es un hermoso plan salpicado de hermosas encinas y cubierto de pastos; pasamos por el rancho de nuestro adorado tormento; no la vimos, pero en cambio visitamos las ruinas de un costoso molino abandonado por las minas de oro, y fuimos precisamente a alojar en la misma toma de éste, la cual es formada por la primer correntada del río Americano, navegable hasta allí.

Apenas hubimos descargado nuestras cabalgaduras, se procedió a la fabricación del alojamiento, que fué hecho al pie de una frondosa encina, puestos todos nosotros alrededor de su tronco, como rayos de carreta en

torno de la maza. En este país caen unos rocíos muy parecidos a aguaceros, así es que amanecieron empapadas nuestras cobijas. Las camas estaban ya reducidas a su menor expresión.

Un pedazo de alfombra para debajo, una frazada encima, la maleta o morral por cabecera y el cuerpo completamente vestido. Lo único que nos permitíamos era el quitarnos las botas. Cenamos charqui y harina tostada y luego nos dormimos como unos benditos de Dios.

Apenas amanecía cuando puestos todos en pie nos dimos a atender a nuestras cabalgaduras, arrollamos los hatillos y con buen ánimo y ademán contento nos apartamos del río en el mismo orden que marchábamos el día anterior. El fresco de la mañana y la hermosa perspectiva del país que recorriamos, a pesar de su ningún cultivo y de no divisarse en todo él ni el menor resquicio de humana habitación, sus flores, sus aves, sus árboles, todo nuevo para nosotros, nos hacían olvidar lo pesado que empezó a hacerse el viaje cerca de mediodía, por el calor y los barriales que a cada paso nos obligaban a mover a pulso nuestra carretilla.

La naturaleza de los terrenos había cambiado enteramente; el suelo dejaba de ser de pura tierra vegetal, se veían aquí y allí manchas de quijo y mientras más se progresaba en él más quebrado se hacía. No tardamos en empezar a subir y bajar lomas que, a no ser porque estaban cubiertas de vistosísimas flores las hubiéramos mil veces dado a Barrabás. Parecía en efecto que caminábamos por un jardín en el cual están sembradas con profusión cuantas flores se cultivan en Chile con tanto esmero. Al cabo de cinco leguas de marcha encontramos un pequeño arroyo o puquio, que por lo escaso de sus aguas y lo muy desparramado de ellas en la vega, apenas pudo saciar nuestra sed. Hicimos en él una breve pausa, y cuando nos preparábamos a alcanzar las carretas, que nos llevaban ya mucha delantera, así como el resto de la caravana, vimos con el mayor sentimiento que el caballito de la carretilla tenía el encuentro ensangrentado a causa del pretal, que ciertamente no lo habían trabajado los talabarteros de Londres. Era, pues, evidente que nos íbamos a quedar sin caballo si continuábamos así; el asunto merecía considerarse. El pretal no tenía compostura; las carretas iban demasiado lejos para alcanzarlas y volver después; y aún dado caso que las alcanzásemos no se habían de detener sin hacernos graves car-

gos. Quedarnos así no podía ser, pues no teníamos provisiones ni sabíamos el camino. Abandonar la carreta hubiera sido lo más prudente, pero entonces perdíamos los útiles más precisos y nuestras pobres camas. Fué pues precisa una pronta decisión; determinamos tirar nosotros la carreta para aliviar el caballo. En los matabueyes de adelante se ataron dos sogas, otras dos en los de atrás. César y Federico, Jorge y yo empuñamos las sogas y echando a Cipriano adelante comenzamos el largo repecho que no debía de cesar hasta dos leguas de la ciudad del Molino, donde debíamos de llegar al día siguiente.

El camino cada vez más escabroso y empinado nos hacía temblar de que nos rompiese alguna rueda. El eje era muy delgado y aunque de hierro, la bocina de la rueda también del mismo metal, le tenía ya cuasi desgollado. Las lomas y altibajos se sucedían con un tesón inacabable, y los médanos fangosos que mediaban entre ellas hacían doblemente pesada nuestra tarea.

El sol, el barro y el cansancio hubieran dado con nuestro valor al traste, si nuestras mismas fachas, y el acordarnos de lo mucho que se reirían nuestros conocidos de Santiago, si nos viesen en semejante tarea, no nos hubiesen llevado riéndonos como locos unos de otros, alabándonos mutuamente bien fuese la pujanza de los brazos, bien las tretas para excusar los malos pasos.

Pronto nos persuadimos que el inconveniente de no saber el camino, no lo era, porque llevábamos en él el rastro menos equívoco. El suelo en todo el camino está sembrado de botellas. Quien quiera seguir a un yankee no tiene más que seguir el rastro de las botellas de coñac, es seguro que lo encuentra.

Al cabo de cuatro horas más de marcha divisamos al cabo las carretas, paradas en un alto portezuelo cubierto de pasto. Esta vista nos dió nuevos bríos; pero no nos duró mucho el gusto; a poco andar nos vimos definitivamente trancados por un profundo médano a cuya orilla renegaban como ranas una tropa de yankees, con una carreta quebrada y otra atollada hasta las mazas.

En este conflicto lo primero fué tomar un breve resuello, y en seguida, encomendándonos de todo corazón a nuestras ausentes Dulcineas,

arremetimos con el mal paso, y quiera que no quiera sacamos en triunfo nuestro bodeque al otro lado del atolladero, quedando con esto más ufanos que si hubiésemos ganado una batalla.

Nunca se han hecho a nadie en este mundo más pesadas las pocas cuabras que tuvimos que caminar hasta alcanzar a las carretas; pero como este día era el de los contratiempos, las carretas que se habían demorado sólo por dar resuello a los bueyes, prosiguieron su descomedida marcha, no dejándonos más recurso que dejarlas ir y echarnos de espaldas al suelo a resollar también como bueyes gastados.

Un cuarto de hora después ya estuvimos en marcha, y al cabo de dos horas de tarea en el fondo de un pequeño valle formado por el cerro que acabábamos de pasar y otra cuesta mucho mayor que nos esperaba para el día siguiente, encontramos con encanto las carretas alojadas y el fuego ardiendo. Este punto parece ser un *rendez-vous* de viajeros porque en él se bifurca el camino, yendo el de la derecha por el mineral llamado *Dry-diggins* y el de la izquierda para el Molino. Mucha gente de a pie, de a caballo, algunas carretas y carpitas provisionales, ocupaban ya lo mejor de aquel agreste alojamiento.

¡Y qué noche de frailes nos pasamos después de darnos unos hartazgos de arroz y de galleta!

Por cierto que si no hubiésemos tenido a la vista las grandes dificultades que nos quedaban que vencer para llegar al tercer alojamiento, que hubiésemos proseguido contentos nuestro viaje.

La cuesta que principiamos a repechar, aunque con perverso camino, era preciosa; las flores y los árboles cada vez más variados y abundantes hubieran hecho el viaje encantador para otros que viajasen más a la *milord*; me cansé de contar variedades de encinas y de pinos, que aumentaban en tamaño a medida que nos internábamos en la sierra; multitud de arroyos, de muy buena agua, nos proporcionaban a cada rato copiosísimos *culpeus* de harina tostada, y como las carretas no podían hacer gracias como el día antes, en razón de lo fragoso del camino, se contentaron nuestros yankees fleteros con hacer una pequeñísima jornada, y alojamos a media tarde con nuestra carreta, desarmándose a la orilla del primer brazo del arroyo llamado Wiber-Creek.

Este Wiber es uno de los infinitos aventureros que habiendo precedido a los demás en descubrir oro en este arroyo sin nombre, le dió el suyo.

No menos cansados que el día anterior, pero más contentos por llevar ya vencidas las primeras dificultades del viaje, tendimos alegres nuestros harapos, dejamos a Garcés preparándonos el arroz, y armados el resto de la compañía con palas, bateas y poruñas, comenzamos con grande algazara y entusiasmo a lavar arenas en el cauce de este riachuelo. Luego descubrimos oro. Cipriano y Urbina declararon que no querían más fortuna que aquella en Chile. A la voz de oro quedó desierta la cocina y vestidos y calzados se plantaron todos al agua. En el momento que allí estuvimos, tratando cada uno de adiestrarse lo mejor que podía en el pesadísimo y delicado trabajo de la batea chilena, contentándose, cada cual, con ver alguna que otra chispa de oro que por casualidad le quedaba en ella, sacó Urbina el valor de un escudo de oro.

A pesar de lo entretenido del trabajito, y del empeño de los obreros, fué preciso darle también su parte a la prudencia y retirarnos a cuarteles de noche; pues no era razonable una mojada tan sin fruto después de tan penosa jornada. Nos volvimos, pues, a nuestra encina y a nuestro arroz, trayendo en triunfo el primer oro que nos habían obsequiado los *placeres* de California.

Al amanecer del siguiente día ya tenía cada uno de nosotros un buen trago caliente en el cuerpo y, tomando unos las bestias cargadas adelante, y nosotros nuestra indispensable carretilla, comenzamos de nuevo a subir y bajar por lo más intrincado de aquellas lomas que formaban la meseta de la cuesta que repechamos el día anterior.

El aspecto del país, el mismo; los pinos cada vez más altos y el suelo un verdadero jardín. El tercer brazo del Wiber, que era la última agua que teníamos que pasar, corría por una hermosa vega en donde vimos ya más señales de vida. Había una casa-posada, formada de troncos amordazados, colocada en la margen opuesta, y al parecer bastante frecuentada, como lo demostraba la presencia de muchos aventureros de todas naciones que, a pie y a caballo, y con fachas de bandidos, parecían entrar y salir contentos, así como los rimeros de botellas quebradas que adornaban la puerta de aquel espantable tabernón.

Bajaba por la loma inmediata una partida de indios e indias desnudos y armados de arcos y flechas; las indias al vernos se acurrucaron, haciéndose lo más chicas que pudieron, y vino hacia nosotros un indio, que parecía más desenvuelto, a ofrecernos bellotas, único y favorito alimento de aquellos indígenas. Nos dió que reír su singular y bizarra catadura.

Casali y algunos de la comitiva intentaron acercarse a las indias, lo cual visto por ellas y por sus compañeros dieron a correr como gamos por el monte.

Novoa nunca ha sido tonto; nosotros, viendo la insuficiencia de nuestras carretas de mano para resistir a los repechos del pésimo camino que seguíamos, so pretexto de renovar nuestras provisiones sacándolas de los carros fletados, embodegamos en ellos, a hurto de nuestros guías conductores, cuantos objetos pesados nos embarazaban, y por añadidura los morrales y aún las escopetas, que no poco nos fatigaban en el papel de bueyes carreteros que alternativamente desempeñábamos.

Al cabo de dos horas de un nuevo repecho nos encontramos en una hermosa y alta placeta, desde la cual se divisaban ya las cordilleras nevadas, en cuyas entrañas dicen que hay tanto oro. Allí se nos dijo que pronto íbamos a llegar y que ya no teníamos más repechos.

Efectivamente comenzamos a bajar en un plano inclinado y suave y llegamos contentos a una casita-posada de mejor aspecto que la anterior, situada a modo de anfiteatro en la parte alta de una hermosa vega cubierta de indios de ambos sexos, ocupados en sacar oro de los barros de un pequeño manantial. Luego nos incorporamos con ellos para verles trabajar y nos sorprendió su extraordinaria destreza.

Los hombres tenían sólo una especie de taparrabo o una camisa, o bien un levitón raído y puerco, puesto a raíz de las carnes, y las mujeres algo parecido a lo mismo, pero que les dejaba perfectamente a la intemperie todo lo que en países menos liberales y más maliciosos se lleva con cuidado en una estrecha clausura.

Ninguno hablaba más dialecto que el de su tribu, así es que fueron inútiles mis preguntas. Lo que más solían decir era ¡Bueno! y esta palabra la acompañaban con una risa de las más estúpidas.

El orden que observaban en su trabajo era éste: los hombres cavaban y daban tierra a los niños, quienes la cargaban en canastos y la llevaban a las mujeres que, puestas en fila al lado del arroyo, la lavaban en unas bateas de esparto perfectamente tejidas. El oro lo iban depositando en trapitos de igual cantidad poco más o menos, y con estos ataditos, que son su moneda corriente, hacen sus permutas.

Después de pasar un rato divertidos y aun semi escandalosos, por la incuria y la inocencia de aquellas descamisadas indias, proseguimos contentos nuestra marcha a la aldea del Molino, a cuyo lindo lugarejo no tardamos en llegar por un camino inclinado, suave y cubierto de elevadísimos pinos.

En cuanto hicimos alto comenzamos con gran prisa y algarazara a instalar nuestro campamento, que aquí como en el Sacramento llama la atención por la extensión del terreno que ocupa, y por lo completo y escogido de todo nuestro ajuar.

Esa que debe ser ciudad y ahora no es más que campo con nombre, es un pequeño vallecito rodeado de altos cerros y de espesos pinales, situado a la orilla de la barranca del brazo que llaman del sur, cuyo torrente confluye a pocas leguas de distancia en el río de los Americanos. En este lugarejo se hizo el descubrimiento que nos tiene a todos aquí. Al extremo del sur había un lugar aparente para un herido. El señor Sutter proyectó hacer allí un molino de aserrar tablas, y los trabajadores al hacer la zanja del desagüe se encontraron con pepas y polvo de oro en tanta abundancia que hasta llegaron a dudar que fuera aquello un metal codiciado. Se sabe que antes de llegar la noticia a Sutter del descubrimiento de semejante tesoro, se repartía el oro entre los trabajadores en tono de mofa, y como burlándose de los mismos caudales que debían de ponerlos taciturnos unos días después; como efectivamente sucedió. Sutter y cuantos con él estaban salieron a revienta cinchas para aquel lugar. La noticia bajó al río, pasó abultándose cada vez más a Sonora, a San José, a San Francisco, a Monterrey, cuyos habitantes, aturdidos con semejante descubrimiento, abandonaron sus casas, sus familias, sus intereses, y en breve tiempo todos los contornos del cauce del Molino los tenían vueltos patas arriba. Pronto comenzaron a bajar a los planes sacos de oro y pepas monstruosas en ma-

nos de infelices y gañanes que nunca tuvieron medio. Cuantos plebeyos descamisados subieron al principio al cerro bajaron justamente orgullosos, trayendo alrededor de un puerco y raído ceñidor, títulos indisputables de nobleza, de talento y de valía colgados en robustos sacos de oro en polvo.

Ya sabemos cómo cundió después esta noticia por el mundo.

En este lugarcito sólo hay dos casas de madera, el Molino, y un almacén; lo demás estaba cubierto de carpitas y de toldos. Este punto ya no se considera como mineral, es puramente el último descanso antes de entrar a los minerales de los ríos del Medio y del Norte.

Instalados ya, y dispuestos a poder esperar a los demás compañeros con algún provecho, pues pensábamos bien o mal ocuparnos en recorrer y utilizar los lavaderos abandonados, resolvimos comenzar al día siguiente.

Muy temprano salimos todos en alegre procesión, llevando cada cual su batea, poruña, palas y barretas, y después de orillar un poco el río por entre los escombros de los antiguos laboreos nos pusimos a pirquinear. Duró la tarea hasta la noche: unos cavando, otros acarreando tierras y otros lavando, y aunque el resultado no fué muy brillante, nos volvimos contentos a pesar nuestro orito, que sólo dió poco más de una onza por resultado, pero fué porque no conocíamos el terreno.

El día siguiente se dispuso que uno de nosotros quedara en la casa en calidad de cocinero; arroz, porotos y té eran nuestros manjares. Nos repartimos entonces y nos pusimos a agujerear en varios puntos y al fin nos decidimos por un manto de greda virgen que tenía mucho oro, aunque de difícilísimo laboreo pues era preciso disolver perfectamente la greda y lavar a mano cada piedra para que se desprendiese el oro. Era éste por su formación y por cargarse al cerro lo que llaman en Chile manto real, lo que nos llenó de esperanzas aunque no obtuvimos mejor resultado que el día anterior en razón de lo mal instalados que estábamos.

En la noche V. no se puede imaginar los desatinos que se hablaron en las carpas, y cuánto nos daban que reír nuestras fachas, el poroto y el estar pesando y repesando nuestro caudal. Como me oyeron decir que nuestro trabajo era un manto real, cada cual agregó al real cuantas ocurrencias se le venían al pico, pero ningún nombre prevaleció sino que el que le puso Felipe a su llegada que fué el de Manto de Justiniano; pues

decía que en el amor conyugal había leído que manto real sólo le usó Justiniano. Los días que mediaron entre la llegada de nuestros compañeros y nuestra desmembrada permanencia en el Molino se nos pasaron en puros trabajos superficiales, pues apenas nos fijábamos en un punto cuando ya oíamos a algún compañero descarriado, que nos daba la alarma diciendo que ya había dado con el nido, y esto no nos dejó hacer nada de provecho ni era tampoco posible que fuese de otro modo, pues aunque no faltaba riqueza en el lugar no era ésta compensación para tantos brazos en California.

Estábamos empeñados en un nuevo trabajo al que bautizamos con el nombre de Solar-diggins, cuando se nos aparecieron de sorpresa los ausentes. V. puede calcular si tendríamos gusto en ello. Luego tomaron parte en nuestro trabajo, y resueltos por las noticias a dar lugar a la baja de los ríos y a permanecer en tanto en el Molino, nos dimos a armar la máquina que con tanto trabajo habíamos traído.

Nosotros habíamos principiado a desconfiar de ella desde que vimos que cuantos llegaron con máquinas hechas las abandonaban por los cajones inclinados o cunitas de California. Esto me tenía medio azareado porque por mucho talento que yo me supusiese para inventar máquinas no llegaba a tanto mi presunción ni tenía en qué fundarla para creer que todos se habían de equivocar menos yo. Se concluyó pues el mueble.

Al día siguiente lo llevamos en triunfo a un lugar que nos prometía algo, sobre nuestra carretilla del milagro.

Todo aquel día se trabajó con un empeño y un tesón dignos de mejor suerte. Todos trabajaban en el agua bien fuese acarreando tierra en sacos, bien cebando agua a la cuba que nunca pudimos acomodar por la localidad, de modo que le entrase naturalmente. El trabajo doblemente pesado se continuó hasta cerca de la oración. Las fachas con que todos estaban eran a cual más poéticas; allí se tiraron todos el más fino. Descalzos unos, otros con zapatos en el agua, empapadas las blusas y las mangas recogidas al cuello, presentaba aquel grupo de valientes el aspecto de una tropa de locos buscando a fuerza de brazos la piedra filosofal.

Un resultado de poco más de tres onzas de oro no era ciertamente para lisonjear; sin embargo nos recogimos como siempre contentos, y vol-

vimos a las carpas donde nos esperaba Hurtado con los porotos y el arroz que llegaban a renegar de calientes.

En la noche se nos dió noticia de un mineral bastante bueno que estaba como a tres leguas del otro lado del río. Era el mineral de Don Pancho. Se resolvió hacer en él un cateo y se dispuso que Vicente, un Garcés, Casali y los dos peones saliesen a la madrugada del día siguiente para allá.

El río del Sur, que era el que se debía de pasar, es un torrente bastante caudaloso, para no poderlo pasar sino en botes pues en los lugares donde se cree que es vadeable nadie puede resistir sin ser arrebatado por la corriente. Como a dos cuabras de nuestras carpas había dos lanchas planas que habían enriquecido a sus dueños por los infinitos pasajeros y bagajes que a cada rato se embarcaban con destino a los minerales del norte. Las cabalgaduras las botaban a nado, y mediante un peso por barba lo llevaban a uno de un lado a otro del río con bastante comodidad. Para mayor precaución habían puesto dos cabos de buque que iban de un lado a otro del río, y el lancharo halando por la cuerda hacía resbalar la lancha o el cajón sin que lo arrastrase la corriente.

Al día siguiente ya tenía V. a nuestros flamantes aventureros de blusa, morral y todos los demás arreos del minero marchando a paso redoblado para el embarcadero. Piti, el perro de Casali, era nuestra reserva, y el joven Hamilton, que vivía junto a nosotros, se unió al escuadrón. Llegamos a la orilla y vimos con gusto que el dueño de una de las lanchas no estaba accidentalmente allí. Economía es riqueza, dijimos, atraca el cajón, y a la mano de Dios. Luego tuvo V. dentro de aquel malvado cajón a la comitiva, y los bultos y también a Piti.

¡Hala adelante! Quién te había de decir niña de mi alma, que en la mitad del río nos habíamos de descontrapesar. ¡Patapuf! el lanchón se nos pone de sombrero, vaciando del modo más descomedido al fondo del río a los viajeros, al Decano, a los atados y a Piti!

Fué tan repentina la voltereta que todos nos fuimos al concho sin soltar nada de lo que llevábamos en las manos. El Decano, que probablemente quería reconocer si había oro en el fondo del raudal, sin soltar la escopeta que llevaba en la derecha, hacía los posibles esfuerzos por desembarazarse de las nalgas de Urbina, que cosidas en su pescuezo se empeña-

ba en precipitar su inmersión. Dicen las malas lenguas que el Decano en tan hidropático aprieto alcanzó a prometer que nunca se ahogaría más por su gusto. Así es que todavía no puede mirar el río sin que se le destiemplen los dientes. Algunos tragos de agua que tomó el de encima le hicieron volver de su primer susto, y desprendiéndose de la rebelde cabalgadura no tardó en ponerse en salvo en la otra orilla. Juzgue V. del susto del amable Decano al verse con el cogote desembarazado. Para qué le cuento lo liviano de cuerpo que se sintió el tontón entonces; al cabo de unas cuantas rempuchadas se vió aparecer sobre la superficie de las aguas, la calva calavera del anciano que resoplando como un baillenato se dejó deslizar por la corriente hasta empuñarse de una soga que Cupido, que vió en aprietos a su padre, le tendió en el camino. Cual nuevo Neptuno entonces o, más bien, cual nuevo Tajo, sacó el pecho sobre las aguas y haciéndole fuercecita se fué con gran disimulo hasta tomar pie, sin escopeta, sin atados, ni sombrero.

Unos de los muchos espectadores dijeron que habían reconocido en él al genio tutelar del río; otros que era un tiburón disfrazado, y no faltó mala lengua que dijese que si el autor del Quijote así lo viera, sustituyera su espléndida figura en lugar de la triste de su héroe.

Por consiguiente bagajes, escopetas, provisiones, incluso Piti, se lo llevó todo el río. Casali, llorando con ternura la pérdida de su fiel perdiguero cuyo paradero nadie pudo por de pronto averiguar, tornó con toda la comitiva a repasar el río en la otra lancha, y se llevó mustio y cabizbajo más de dos días sin pensar siquiera en alimentarse. Fué el caso que el pobre animal fué cogido bajo el lanchón, el cual alcanzado por los vecinos fué sacado a tierra incluso el pobre Piti, que quedó desfallecido y como muerto a la orilla del río por más de dos horas. Sólo a los dos días se apareció el muerto vivo.

La noticia de la voltereta llegó luego a oídos de los compañeros que estaban dando fuelle como de costumbre; y el prudente Decano aunque no estaba más que para acostarse y resollar con libertad que para nuevas gracias, despojándose de sus escamas de delfín fué él mismo a referirles el suceso y a dar cuenta de su cateo.

Pronto se tranquilizaron todos y se prosiguieron los trabajos.

El río aumentado con la fundición de las nieves cada día invadía más terreno. Nuestra máquina y carreta milagrosas se vieron de la noche a la mañana en perfecto aislamiento; quisimos esperar para salvarlos la baja del río creyendo su crece accidental, y como nos chasqueásemos groseramente tuvimos el gusto de ver a la máquina y a su birlocho bogar en triunfo por el cauce del río para ir a tomar aires al Pacífico.

No nos pesó; es casi un disparate el querer introducir innovaciones en un país que no se conoce, y cuyos medios de trabajar se ignoran. Todos cuantos han traído máquinas aquí las han abandonado por la cunita California que es el dechado de la sencillez y produce admirables efectos.

Este mueble portátil y cómodo se reduce a una cunita de niño inclinada en un extremo: en la parte más alta hay una lata o cajoncito agujereado que ocupa como los dos tercios del largo de la cuna; allí se pone la tierra aurífera, se le ceba continuamente agua y se comienza a mecer. El fondo de la cuna tiene dos o tres tabiquitos bajos de tabla, y en ellos se queda el oro, llevándose el agua la tierra que pasó por el colador donde se echa. La piedra grande queda, pues, lavada y batida en el colador por efecto del movimiento de va y viene, de modo que no hay más que sacarla de él de cuando en cuando y seguir cebando tierra y haciendo dormir al niño.

Un mecanismo tan sencillo nos entusiasmó, y mediante una onza de oro nos hicimos de una que aunque no podría valer arriba de tres reales nos empezó a dar regulares resultados.

Se determinó proveer a la colonia de máquinas, y como las manos estaban en casa, César y el Decano se pusieron a carpintear; Ruperto, Hamilton y Cipriano se resolvió que saliesen al día siguiente para Middle-Fork, que es el río del Medio; y que Federico, el negro John Leger y Urbina pasarían con el mismo objeto al otro mineral llamado Dry-diggins; Casali y Herrera debían salir juntos a lavar y Hurtado quedarse por inválido en su cocina.

Salieron pues de madrugada nuestras expediciones exploradoras, ambas con el objeto de pulsar el mineral y ver a qué puntos nos convenía trasladar nuestras carpas.

Ruperto, al mando de su escuadrón aumentado con el viejo Garcés y a más de él el caballito amarillo de la carretilla ahogada, el cual llevaba las provisiones y pertrechos de guerra, pasó sin novedad el río del susto, y le dijimos adiós recomendándole mucho la cautela y la pronta vuelta.

Federico, a cargo de la segunda división y con el auxilio de otro caballo para el bagaje, no debiendo pasar el río le vimos embolsarse en la serranía inmediata y desaparecer, llevándose una y otra expedición nuestras botas y nuestras esperanzas de un feliz éxito.

Nunca quedó más solitario campamento que el nuestro. Estábamos tan amadrinados los tontos unos con otros, que uno solo que nos faltara parecía que estábamos solos.

Mientras esperábamos la llegada de nuestros valientes batidores tuvimos lugar de hacer aparcerías con algunos de los indios, los cuales a olor de los pañuelitos de algodón lacre que teníamos, nos hacían repetidas visitas, y al ver que les pedíamos oro, nos trajeron varias veces ataditos de cuatro o seis pesos que nos abandonaban gozosos por los pañuelos de a tres cuartillos de Valparaíso. Uno nos compró un jarrito de harina y nos dió por él poco más de un cuarto de onza. Pudiérase haber hecho con estos hombres un lindo negocio sin las espantosas ocurrencias que días después tuvieron lugar entre ellos y los americanos.

Nuestras dos expediciones volvieron sin novedad ni atraso alguno sólo con un día de diferencia. A medida que se nos fueron incorporando supimos que la división Ruperto. . .

A P E N D I C E

ALGO SOBRE CALIFORNIA

Ahora que las miradas del mundo mercantil se fijan a un tiempo en la Alta California: ahora que del seno de la obscuridad y del abandono vemos erguirse como por encanto cerca de nosotros, una nueva nación llena de vida, de recursos y de esperanzas, a la sombra cortesana de todos los pabellones de la tierra, nación joven pero de formas atléticas, cuyo primer deseo, aún en la cuna, es el voto enérgicamente manifestado de ser elevada al grado de república soberana e independiente, es cuando el viajero observador debe presentar a los ojos del filósofo y del estadista un cuadro fiel de lo que ha sido y de lo que es ahora en su repentina metamorfosis aquel naciente estado, para que puedan deducir su porvenir. Sin rival en las aguas del Pacífico desde su anexión, y encerrando en sí todos los elementos y riquezas territoriales que pueden elevarlo a un grado desconocido de prosperidad en mano de una de las naciones más poderosas y emprendedoras del mundo, es digno de una seria investigación el averiguar hasta qué punto su desarrollo y engrandecimiento inevitables pueden afectar los intereses y el futuro bienestar de las repúblicas occidentales.

Quien quiera que se imagine que sólo al oro de California se deben sus actuales adelantos, cometería un yerro tan grosero como aquel que, menos reflexivo, se atreviese a sentar que la situación geográfica de aquella región es la que le da su accidental valimiento. Tenemos a la vista incontestables datos con que evidenciar que la adquisición de un punto más central que el de Oregón en el Pacífico, se ha considerado de mucho tiempo atrás como indispensable a los intereses de la Unión y que el más cons-

tante desvelo de la política previsorá del gabinete de Wáshington era el formar en nuestros mares un establecimiento extenso y adecuado, que sirviendo de apoyo a su comercio y a su marina, le permitiese desarrollar sus vastos planes mercantiles sobre el Asia, y concurrir al mercado europeo por una nueva vía más fácil y expedita que la que hasta ahora ofrece al Viejo Mundo el Cabo de Buena Esperanza. Así es que apenas afianzó su poder en California cuando el camino del Istmo dejó de ser un sueño; como dejará muy pronto de serlo aquel que atravesando en su mayor anchura el norte del continente americano unirá el Pacífico con el Atlántico.

No es pues el oro muy agotable de sus minas el primer elemento que ofrece a California un venturoso porvenir. El genio anglo-bretón, el espíritu de asociación, de mejoras, de empresas, miras extensas, tolerancia religiosa, actividad que la dificultad en vez de amortiguar irrita, constancia que raya en tenacidad y firme persuasión que la enérgica voluntad unida a los recursos del siglo diez y nueve todo lo vence, he allí las bases harto más sólidas que el eventual recurso del oro en las que se apoya su futuro engrandecimiento.

En efecto, el repentino y sin ejemplo impulso dado a California por la abultada fama de sus lechos auríferos, pudo sólo elevarla al grado forzado de prosperidad en que ahora se encuentra; y aquéllos que han fundado sus esperanzas sólo en el oro, han elevado un empinado edificio sobre fragilísimos cimientos. La fama de sus inagotables minerales ha traído a sus playas expediciones sobre expediciones de todos los puertos del mundo. Sus improvisadas poblaciones transformadas por la necesidad en vastas factorías y en almacenes de depósito, no bastaron a contener el sinnúmero de cargamentos que diariamente desembarcaban, y las playas, las calles, los suburbios de todas ellas rebosaron en productos extranjeros expuestos sin la menor defensa al rigor de las estaciones. Los efectos se anticiparon a la inmigración que debía utilizarlos, retornos de ninguna naturaleza llegaron a poder de los remitentes, y la comisión decimal, el bodegaje y el martillo consumaron su ruina.

A los datos apasionados sobre California se deben hasta ahora más ruinas y más lágrimas que bienes reales.

Ese es el motivo que nos mueve a más de nuestro primer propósito a dar publicidad a estas observaciones, presentando al comerciante, al agricultor y al minero una pintura fiel de lo que es la California, fijando límites a la exageración intencional, y manifestando no con la reserva del comerciante, sino con la franqueza del viajero, sus recursos, sus necesidades, las ventajas de los primeros y la posible duración de los segundos. Partiendo de estos datos conocidos, todavía es tiempo que el comercio chileno se rehaga de los quebrantos que la inexactitud de los informes le ha ocasionado, porque después no lo será.

Contrayéndome a mi primer propósito, veamos lo que ha sido este hermoso país bajo el régimen español, por el espacio de más de doscientos años; comparemos este dilatado período de sueño y de letargo, con sólo dos años y medio de vida bajo sus nuevos poseedores, y en vista de un ejemplo tan seductor, tratemos de aclimatar entre nosotros el espíritu de asociación, origen y fomento de las grandes mejoras materiales, la tolerancia sin la cual cuasi es ilusoria toda idea de inmigración, y borremos al fin de nuestro diccionario aquel inexorable *mañana* que nos enerva dejando siempre para después lo que debiera verificarse en el día. Lejos de mí hasta la más remota idea de herir susceptibilidades ni menos ofender con comparaciones gratuitas la memoria de nuestros antiguos padres; al recordar abusos, al tildar la desidia, al motejar el genio pasivo, estacionario o poco mercantil que deja sólo al tiempo o a sus hijos la tarea de las mejoras y de los adelantos, no critico a la España, critico a un vicio de nuestra naturaleza, a un enemigo del progreso a quien es menester combatir hasta el cansancio por el bien de la humanidad. Bastante se ha hablado sobre los vicios del sistema colonizador de los Reyes Católicos para que sea preciso recordarlo de nuevo aquí; basta para mi propósito el saber que don Antonio de Mendoza, primer Virrey de la Nueva España mandó en 1535 a explorar las Californias, y que la expedición sólo reportó a la España el saber que al norte de la actual bahía de San Francisco existe un punto con el nombre español de Cabo Mendocino. Sesenta y ocho años transcurrieron antes que otra expedición al mando del almirante español don Sebastián Vizcaíno hiciese una nueva tentativa sobre las costas de California, de la cual resultó el reconocimiento del puerto de San Diego y el de Mon-

terrey. Quién creyera que después de esta nueva expedición se dejasen transcurrir 165 años para tomar posesión del primero a nombre de sus majestades católicas (1) y 166 para que flamease el pabellón español en el segundo (2).

Si el gobierno español en sus conquistas no ha tenido otra cosa en mira que el propagar la fe, la California no tiene que quejarse del abandono. Los puntos más importantes de sus territorios se convirtieron en misiones, éstas con el transcurso de los años en aldeas, las cuales se condecoraron en los últimos tiempos con nombres de ciudades, bien que la principal, que era el presidio de Monterrey, sólo contó 1,500 almas en su época más floreciente. La carencia del comercio europeo en las costas de California, a consecuencia de las leyes prohibitivas de la Madre Patria, hacía de sus puertos un lujo superfluo de la naturaleza, y de sus bondades un fantasma que amenazaba constantemente a los agentes del sistema prohibitivo con población, industria, saber, comodidades y riquezas que se consideran en todas partes como unos beneficios del cielo. Los pueblos interiores aislados por las distancias, sin caminos porque ignoraban sus ventajas, sin manufacturas por falta de estímulo, embrutecidos por la ignorancia hasta de los primeros rudimentos de la lectura, ni se curaban de acopiar producciones para las primeras necesidades de la vida, porque aquel país abunda mucho en ellas, ni pensaban en aumentarlas para buscar comodidades que no conocían.

Se creará tal vez que en el tiempo del gobierno republicano se han introducido mejoras de alguna consideración en esta vasta provincia: pues ni siquiera se han planteado escuelas que puedan sacar del embrutecimiento a estos pueblos. La California bajo el régimen republicano tan dejada de la mano como el monárquico ha seguido la tardía marcha que le indicó la España, y se hubiera perpetuado en ella, quién sabe aún por cuántos siglos, si los últimos acontecimientos no la hubiesen venido a sacar de su letargo. Triste es decirlo, pero hay en la raza hispanoamericana un fondo

(1) El 16 de julio de 1769 don José Gálvez, visitador general de la Nueva España, en cumplimiento de un real decreto tomó posesión de San Diego.

(2) El 31 de mayo de 1770 los capitanes Rivera y José Pérez por orden del Virrey Marqués de Croix se posesionaron de Monterrey.

de inactividad, de propia desconfianza, de insocial egoísmo, que rechaza el concurso de los brazos y de los capitales; un espíritu de esperar todo del tiempo y de considerar prematura toda clase de reforma con tal que sea fundamental; y sobre todo, aquella desgraciada manía de fijarse con ahinco en las causas eventuales que pueden hacer fracasar una empresa, y no acometer por esto las más provechosas como si hubiese algún cálculo humano que no esté sujeto al inexorable *puede suceder*. Prescindo de otras causas y principios que considero fundamentales bien que rechazados aún por la mayor parte de las naciones que hablan el lenguaje de Castilla.

Esperamos de la propagación de las luces lo que no pueden conseguir ahora nuestros deseos, y puestos al cabo al nivel del siglo sólo tendremos que deplorar el tiempo perdido que aunque es irreparable, mucho se habrá conseguido si no lo malogramos en lo sucesivo. Nada se le puede echar en cara al gobierno de México en particular que no cuadre perfectamente con lo que se debe motejar a la mayor parte de las repúblicas hermanas; el mal está en la masa de la sangre.

California olvidada, virgen e inculta, después de una guerra desastrosa y de ningún glorioso recuerdo, aunque inocente de las causas que la motivaron, cayó al cabo en poder de los norteamericanos el año de 1847, y desde entonces desde el fondo del abatimiento y de la nada, escarnio de los partidos que la vendieron, y de cuantos contemplan impasibles los atrasos de las repúblicas hermanas, marcha con paso firme y gigantesco a la vanguardia de las de Occidente a quienes perderá pronto de vista en la carrera de la industria, de la fuerza y del progreso.

San Francisco sólo contaba dos casas el año de 1836; el ruinoso Monterrey no tenía un solo edificio que llamase la atención, y los templos de cuasi todas las misiones cuando no cayéndose por la incuria se alzaban entre los escombros de las arruinadas casuchas de los indios mansos, como antiguos monumentos que anunciaban la decrepitud, el desaliño y la miseria.

La idea de que Monterrey había de ser la capital de California y hallarse en aquella aldea estacionado el cuartel general de las fuerzas de la Unión, bastaron para variar repentinamente el aspecto de aquella ciudad.

Pronto adquirió una forma más regular; los sitios triplicaron de valor, el monte inmediato que mereció el nombre de rey por la muchedumbre de sus finos alerces, resonó en todas direcciones bajo la hacha industriosa del yankee: sus ricas canteras se pusieron a contribución, y multitud de calles nuevas y de hermosos edificios dieron otro ser a la ciudad. Casa consistorial, aduana, fortalezas, escuelas, posadas, casas de depósito, tiendas y almacenes extranjeros, contrastaban con la añeja monotonía de las casas bajas de adobe y teja con tapias de bardas aportilladas y con los sucios tendejones del mezquino menudeo. Los caballos, las mulas y toda clase de ganados subieron de valor, y los terrenos que allí se podían considerar antes como entre nosotros los de Valdivia, han hecho de cada pobre hacendado un hombre rico. La proximidad del invierno hizo desplegar a los americanos todo su vigor; en la ciudad no se oía más que el atronador martillo de las construcciones, y por primera vez vió el atónito californio, entre tantas novedades que le aturdían, hasta segar pastos para los animales y alzarse como torres en diversos puntos de la ciudad inmensas rumas de avena y ballico que acomodadas a la europea superaban los edificios más prominentes. Mulas y caballos reemplazaban a los bueyes en el tiro de los carruajes; hermosos friones se han traído de la Nueva Holanda, y las pesadas e informes ruedas de una pieza quedaron arrumbadas para siempre. Consideradas insuficientes las máquinas portátiles de aserrar tablas, traídas a todo costo de Norteamérica, se vieron levantar como por encanto en el vecino y montuoso puerto de Santa Cruz cuatro máquinas de sierras de primer orden, y aquel punto hasta entonces insignificante se hizo el centro de un comercio activísimo de maderas.

Algo menos rápidas pero no menos asombrosas fueron las mejoras introducidas en las demás misiones de California. San Diego, Santa Bárbara, Los Angeles, San José, Sonoma, San Francisco y cuantas ranche-rías merecían ser consideradas por su localidad o sus recursos, fueron escrupulosamente visitadas; y es tal el espíritu mercantil e industrioso del yankee y tal el valor que sabe dar al tiempo, que a la sombra de los destacamentos que recorrían al país en diferentes direcciones, los ingenieros levantaban planos topográficos al mismo tiempo que los agentes de las casas de Nueva York, Boston y Filadelfia que los acompañaban, compra-

ban terrenos, planteaban almacenes o trazaban ciudades, con tanta valentía y discernimiento, como si estuviesen en el país más pacífico y conocido. El californio vió flamear sin ojeriza en sus puertos, pabellones hasta entonces desconocidos. Extranjero de cualquier clase y condición que fuese se le consideraba bien venido, y nadie le exigía ni las credenciales de su procedencia, ni procuraba ingerirse en el sagrario de sus creencias religiosas. Templos y adoratorios provisionales de lienzo o de madera se erigían por todas partes, y cada cual adoraba al Ser Supremo según los ritos de la religión, o siguiendo las inspiraciones de su conciencia. El general W. Kearny, encargado de la conquista de California y del Nuevo México, así como los comodoros Sloat, Shubrick y Stockton, prometieron del modo más solemne a los pueblos en donde enarbolaban el estandarte americano la misma libertad de que ellos gozaban, la seguridad personal, la inviolabilidad de sus propiedades, y sobre todo la absoluta tolerancia en cuanto tuviese relación con sus ritos religiosos; así es que el Nuevo México pasó entero al poder de los norteamericanos, sin que para ello fuese *preciso disparar un solo tiro, derramar una sola gota de sangre.*

Las cartas que se escribían en aquella época de Los Angeles a Monterrey podían reducirse en substancia a ésta u otras semejantes expresiones: "La mano de los yankees a pesar de lo terrible que nos la habían pintado asegurándonos que lo arrasaba todo, ha sido para nosotros como para el campo un riego a tiempo; por donde quiera que pase y cualquiera que sea su actitud, deja rastros de mejoras y de industria hasta ahora desconocidas entre nosotros. Tenemos máquinas de aserrar, curtiembres, hornos de ladrillos y casas muy elegantes y cómodas; ya hay sastres, carpinteros y zapateros de primer orden, y ya no tenemos necesidad de mandar a México a componer los pocos relojes que aquí usábamos; nuestras propiedades aumentan de valor sin tasa, y nadie nos inquieta en nuestra religión". Esto ocurría a fines del año de 1846. ¿Qué era la opulenta San Francisco entonces? El año de 46 contaba sólo dos casas de alguna consideración y éstas eran extranjeras.

San Francisco, uno de los primeros y el más hermoso puerto del mundo, reducido a un mezquinísimo presidio, se entregó al solo aspecto de 70 hombres.

No tan pronto flameó el estandarte de las estrellas en este apartado lugar cuando por orden de Kearny se levantó un hermoso plano de ciudad, se dividió el terreno en sitios y se procedió a su venta, echando así los primeros cimientos de la ciudad que con asombro de todos aspira desde su cuna al título de la capital del Pacífico. El descubrimiento del oro del Sacramento en 1848 vino a darle el impulso desconocido en los anales de ninguna historia, y la excitación general que causó su noticia en los colonos aún mal cimentados, ha sido causa de los graves atrasos de las demás ciudades, que se vieron de un repente abandonadas por toda su población masculina, y reducidas a aduares de mujeres, de niños y de viejos inválidos. Para lo mejor y más pingüe de la Alta California, el oro del norte ha sido una verdadera calamidad; pero esta fiebre tan natural como violenta no tardará en pasar, y lo que es hoy un verdadero mal será mañana una fuente de nueva prosperidad. San Francisco, en tanto, almacén general de todo el norte, incrementa como por uno de los encantos de las *Mil y una Noches*. Los 27 buques que adornaban su puerto a principios del año del 49, inclusa la escuadra norteamericana, pasan en el día de quinientos, en cuyos palos, que por su muchedumbre parecen una selva, se ven flamear todas las banderas del universo. Todos los idiomas conocidos tienen intérpretes naturales en California, y no hay nación por grande o chica que sea que no encuentre en esta nueva Babilonia a muchos de sus más intrépidos hijos.

Los datos estadísticos que a continuación publicaremos darán una breve idea del poderoso instrumento que la desidia y las pasiones han puesto en manos de una de las naciones más activas y emprendedoras de nuestra época. California, considerada por muchos un inagotable y ventajoso mercado para nosotros, es el peor azote que puede tener Chile, es su enemigo natural en el comercio del Pacífico. A más de los productos chilenos que se dan con exuberancia en aquel país, California cuenta con otros que le son propios, y esta masa de riquezas impulsada por el genio del yankee afectará necesariamente el porvenir mercantil de las repúblicas occidentales; y muy especialmente el de Chile, que por su situación geográfica y sus recursos territoriales parecía ser llamado a no ceder la vereda a ninguna nación en las aguas del Pacífico.

ARTICULO SEGUNDO

Habiendo indicado en nuestro número anterior los justos temores que debe inspirar a la industria y al comercio chilenos, el rápido incremento del nuevo estado de California, no está de más que pongamos a la vista de los que pueden revocar esta verdad en duda, una breve descripción de aquel país, y los datos estadísticos en que apoyamos nuestra aserción.

La Alta California, parte del territorio mexicano cedido por esta república a los estados de la Unión, a consecuencia de los últimos tratados, yace comprendida, a lo largo de las costas del norte del Pacífico, entre los grados 32 y 41½ de latitud septentrional, y entre un cordón de cordilleras que al oriente corre con el nombre de Sierra Nevada.

Este hermoso país, más conocido como presidio bajo el gobierno español que como provincia importante bajo el régimen republicano, mide diez grados de norte a sur, y poco más de 160 millas inglesas de oriente a poniente, término medio, lo que da al ingeniero Fremont una área de 100,000 millas cuadradas, las cuales, por la bondad de su clima, y la naturaleza de sus producciones, se calcula que pueden sostener sin conflictos, de veinte a veinticinco millones de habitantes.

Una descripción científica de este país pasaría los límites de mi propósito; básteme decir que cuantas personas han ido últimamente a California, por poco que la conozcan, con tal que la adversa suerte nos les haya hecho insensibles a las hermosuras de la naturaleza, convienen con todos los viajeros que les han precedido en que este territorio destinado a ser antes de mucho la estrella de oro de la constelación norteamericana, es un país amenísimo y una fuente de inagotables riquezas.

En efecto, sus ricas minas, sus terrenos, sus ríos navegables, sus hermosos puertos, son otros tantos recursos naturales que puestos en las activas manos en que ahora están, harían de California el centro del comercio en el Pacífico. California no sólo cuenta con extensos lechos de oro alimentados por riquísimos veneros. Cobre, plomo, azufre y salitre se encuentran cerca de la Laguna Clara, como a 40 leguas de Sonoma; minas de plata cerca de San José; y en sus contornos, se trabaja en el día la po-

derosa mina de azogue del Nuevo Almadén, cuya riqueza y abundancia de metales dejará muy atrás a los de Guancavélica en el Perú y a los de Almadén en España. El hierro es muy común, y carbón de piedra de muy buena calidad abunda cerca de Santa Cruz, de San Luis Obispo y de San Diego.

Los otros reinos de la naturaleza parecen disputar al mineral la primacía. La mayor parte de las lomas que sirven de ámbitos a los extensos valles de esta región, están cubiertas de las maderas de construcción más apreciadas. Los pinos de infinitas especies y de extraordinarias dimensiones incluso nuestro alerce, y las encinas, parecen inagotables desde las Sierras del N. hasta el paralelo de Monterrey. Los valles cuyos pastos naturales se conservan frondosos y verdes hasta mediados de otoño, no rehúsan género alguno de cultivo. El trigo, el arroz y toda clase de legumbres se producen en abundancia en todo el país, y en el norte con muy poca labor y ningún riego. Cuantas frutas europeas se producen en Chile, se encuentran en California, bien que en menor abundancia, porque los actuales plantíos bastaban al consumo de su escasa población; y las groseñas, frambuesas y frutillas silvestres embarazan por su profusión. Los vinos de California, aunque no son abundantes, pueden competir en su género con los más apreciados por los conocedores. Lino, cáñamo, cortezas, taninos, raíces saponáceas y una multitud de otras producciones útiles para las artes se encuentran bien naturales o con un económico cultivo.

En los bosques abunda el gran ciervo de la Nueva California, cuya piel se vende con mucha estimación; y el oso, el berrendo, la liebre y el conejo se encuentran casi en todas partes. Puede calcularse la bondad de los campos para la multiplicación de los animales domésticos, si se tiene presente que no pasa de cien años la introducción de las vacas en California, y que en 1846 ascendía su número a 300,000, de las cuales sesenta mil pasaban anualmente al matadero, surtiendo las costas de salazones y aún viniendo hasta Valparaíso a competir con su sebo en nuestro mercado.

Es equivocada la noticia de que las ovejas, las mulas y caballos son allí abundantes. Sólo se encuentran los que bastaban para el uso de su mezquina población. El merino se place perfectamente en sus extensos llanos; pero su introducción data sólo de dos años a esta parte; así como la

viña, y esto se hace durísimo para creerlo, se debe según el viajero F. P. Wierzbicki, a la industria de Monsieur Vignet y cuenta sólo diez y seis años de existencia en California.

La volatería, con especialidad las aves acuátiles, es al parecer inagotable. En los ríos se encuentran el salmón, la nutria y la tortuga, que cuaja por su muchedumbre las ciénagas y los bajos del Sacramento. Aunque el pescado en las costas no es tan abundante ni variado como en las de Chile, es sin embargo, de excelente calidad; y el marisco, incluso la ostra, poco apreciada por los californios, es por su sabor, su variedad y su abundancia, uno de los manjares más apetitosos de las mesas del día. Así es que el gastrónomo más descontentadizo y exigente puede en San Francisco, a pesar de los pocos brazos que la furia del oro deja a la industria, proveer su mesa de cuantas golosinas pueden halagar el paladar más delicado y antojadizo.

Las estaciones presentan al agricultor una norma constante para sus trabajos; y aunque el clima de California tiene más de frío que de ardiente, la estación de las lluvias se cuenta desde el 10 de diciembre hasta mediados de marzo. Desde este mes para adelante, se puede marchar bajo el pie seguro que ningún aguacero imprevisto arruine o perjudique los sembrados, ni que la seca tampoco los marchite, porque la naturaleza del terreno es para conservar mucha humedad, y porque los rocíos son en extremo copiosos.

Los vientos reinantes son del NO., los cuales suelen soplar en el verano con tan furiosa violencia, que he visto cerca de San José árboles enteros arrancados de raíz, y techos de casas arrojados a algunas varas de distancia de las paredes que los sustentaban. Las mareas suben en San Francisco hasta 10 pies en los plenilunios, y su creciente y vaciante se verifica cada 10 horas y 37 minutos.

El clima de California es salubre y templado; y las enfermedades de que tanto se ha hablado, como ser las fiebres intermitentes y la disentería, se deben atribuir, más al preciso desarreglo que trae consigo la naturaleza de los trabajos de las minas, y a los desórdenes ocasionados en las vías gástricas por las comidas después de mil privaciones y abstinencias, que a lo insalubre del clima. A estos dos principios de crueles enfermedades se

debe agregar el primero de todos: la incuria de infinitos charlatanes que sacrificando el deseo de enriquecer, toman allí sin responsabilidad alguna el título de médicos y venden a precios monstruosos la muerte a los que se ponen en sus manos.

La población no ha ido en un aumento tan rápido como pudo esperarse, y la California cuando empezó a encharcarse en efectos extranjeros, no contaba 30,000 almas entre indígenas, mestizos, africanos y europeos. Los siguientes cuadros estadísticos dan una breve idea de esto, y de su aumento progresivo desde el año 49 para adelante.

Población de la Alta California hasta el 1.º de enero de 1849

Indígenas, mestizos, africanos y españoles	13,000
Angloamericanos	8,000
Forasteros de muchas naciones	5,000
	26,000
<i>Total</i>	26,000

Desde el 1.º de 1849 hasta el 1.º de enero de 1850, según informes pasados al Congreso, por los diputados por California

Indígenas, mestizos, africanos y españoles	13,000
Angloamericanos	76,069
Forasteros	18,000
	107,069
<i>Total</i>	107,069

La inexactitud de los datos sobre California, hizo que en el año de 1849 expedicionasen sobre ella más de 900 buques completamente cargados de efectos, para que fuesen expedidos entre 26 mil almas, diseminadas en un vasto país y entre las cuales se contaban 5,000 indios.

El aumento de la población de este año sobre el anterior es de 81,069 almas, y aunque la inmigración sigue sin desmayar, no es en el día más

rápida que antes, lo que es necesario que el que especula sobre aquel punto no pierda de vista.

Se formará un cálculo aproximativo de la marcha de la inmigración marítima en California echando la vista al siguiente cuadro que copiamos de los libros de la capitania del puerto de San Francisco:

PASAJEROS ENTRADOS AL PUERTO DE SAN FRANCISCO DESDE EL 12
DE ABRIL AL 3 DE DICIEMBRE DE 1849

<i>Meses</i>	<i>Americanos</i>	<i>Forasteros</i>	<i>Varones</i>	<i>Hembras</i>	<i>Totales</i>
Abril	} 3,944	1,942	5,677	209	5,886
Mayo					
Junio					
Julio	3,000	614	3,565	49	3,614
Agosto	3,384	509	3,806	87	3,898
Septiembre	4,271	1,531	5,680	122	5,802
Octubre	2,655	1,414	3,950	119	4,069
Noviembre	1,746	490	2,155	81	2,236
Diciembre	3,066	500	3,436	133	3,569
<i>Totales</i>	22,066	7,000	28,269	800	29,074

El aumento que recibe la población por tierra es aproximadamente igual al que recibe por mar figurando en el segundo muchos niños de ambos sexos. La proporción entre las mujeres y los hombres era en diciembre de 1849 de 37 varones para una hembra.

Con una población semejante, y con tantos cargamentos llegados cuasi a un tiempo para proveerla, aún suponiendo las necesidades que no tiene, ¿qué mucho es que el comercio en California sufra en el día tan espantosa crisis? La lista de las quiebras diarias de las mejores casas, junto con la exigüidad de los retornos, cuando no se especula en el rescate, debe de producir desaliento, y a consecuencia de éste, tal y tan repentina paralización de envíos, que es muy probable que ocurran el día menos pensado nuevas altas en aquel mercado.

Presentada lo que es en bosquejo la Alta California, y señalada su población en el momento en que escribo, veamos de lo que ha sido capaz este puñado de hombres a medida que la casualidad los ha ido reuniendo, en el cortísimo espacio de dos años.

La historia no presenta un solo ejemplo de una sociedad cuasi toda masculina compuesta de elementos más heterogéneos. Difícilmente se encontrarían en país alguno, enjambres de virtudes y de vicios más estrechamente amalgamados; ni se concibe cómo en aquella feria de rebatiña y de arbitrariedades pudiera pensarse ni mucho menos llevarse a cabo empresas de tanta trascendencia como las que ahora asombran al viajero. Pues esta sociedad sin autoridades, ni leyes, sin más garantías de seguridad que las que dan el puñal y la pistola, sin siquiera tener el recurso de entenderse, por ser la Babilonia del siglo XIX en sus idiomas, se ha constituido, amenaza a la Madre Patria, porque tarda en recibirla en calidad de estado independiente, mira de reojo a las repúblicas del sur, y echa orgullosa los cimientos de su futuro poderío.

La prenda que más campea en el carácter emprendedor del yankee es sin duda su actividad sin límites. Pronto en concebir alguna idea, no tan pronto la concibe, cuando quiere verla ejecutada. El yankee nunca mira a sus pies cuando camina; fija la vista y la imaginación en el objeto de sus deseos, marcha a él en línea recta, y atropella cuanto se le opone en su tránsito. Si cae, su caída no intimida al que va en pos de él, antes bien, aprovechándose de las dificultades vencidas, hace del caído puente y prosigue embelesado su carrera.

No tan pronto se vieron reunidos, cuando simultáneamente escudriñando las quebradas y los precipicios más inaccesibles, trastornan cuasi todos los lechos auríferos, desvían el curso de los ríos, y echan, con admiración de todos, los cimientos de veinte ciudades: San Francisco, Benicia, Moctezuma, New York, Sutter-Ville, Sacramento, Vernon, Fremont, But City, Yuba City, Marysville, Taetherton, Linda, Eloísa, Stockton, Toulume City, San Pablo, Sud San Francisco, American Fork, Campo de Sonora y otras más, que aunque demarcadas y divididas, debemos considerarlas hasta ahora como simples proyectos, son otros tantos monumentos de civilización, que alzándose como por encanto en las agrestes y no ha mucho desiertas márgenes del Sacramento y del San Joaquín, pregonan en nombre de la actividad y de la industria aquellos de sus intrépidos fundadores.

San Francisco, que por su situación debe considerarse como la capital del nuevo estado, contaba a principios de febrero del año de 49 sólo cincuenta casas, si este nombre merecen unos mal contruídos cajones puestos boca abajo y donde la localidad lo permitía. La planta de la ciudad no podía ser más incómoda e insalubre. Apenas presentaba frente a la marina, y éste aparecía intransitable por los médanos pestilentes que ocasionaban el flujo y reflujo de las mareas; cerros y barrancas lo limitaban al norte, y extensos y movedizos farellones de arena le oponían al sur obstáculos que sólo podrían vencerse con los años. La ciudad del Sacramento, rival ahora de San Francisco en población, en riqueza y en movimiento mercantil, aunque sin obstáculos inmediatos que vencer, estaba amenazada de ser arrasada por las inundaciones; y Stockton, que es la tercera ciudad de nueva creación, por su importancia, está fundada en un bajo e inmediata a las ciénagas insalubres del San Joaquín. Todas las otras ciudades que llevo nombradas o tienen ciénagas que desecar sin desnivel conocido en los terrenos, o inundaciones que temer. Mas los obstáculos que opone la naturaleza dejan de serlo ante la ley de la conveniencia mercantil para esta nación emprendedora. Muy contrario al sistema español en la fundación de sus ciudades, el yankee sólo mira en ellas la conveniencia del comercio; y donde quiera que éstas aparezcan, echa los cimientos de una población dejando al mismo comercio y a la industria el cargo de lo demás.

Los cerros que limitaban a San Francisco por el lado del norte han sido minados a pico y pólvora, convirtiéndolos en anchas calles y veredas; sus escombros han terraplenado los intransitables médanos de su frente; y aplanados como por encanto los Farellones del Sur, ostentan vistosísimos edificios y jardines; cisternas y pozos artesianos, hasta ahora irrealizables entre nosotros, surten de agua a más de mil casas de que consta ahora la población. Todo el sur de la ciudad que da frente a la bahía en una extensión de más de ocho cuadras, está atestado de construcciones navales. Botes, lanchas, balandras, bergantines, vapores para los ríos y chatas de las más caprichosas figuras se construyen día a día sin dar tregua a la actividad más sorprendente y aturdidora. Las once calles que hasta ahora desembocan en la bahía, terminan en otros tantos costosísimos muelles que penetrando mar adentro hasta más allá del lugar donde fondeaban buques

de 500 toneladas, facilitan extraordinariamente la descarga de las mercancías. El muelle central mide trescientas cincuenta varas castellanas de largo, y carros de cuatro caballos van y vienen de un extremo a otro de él, sin estorbar a los infinitos comerciantes, ocupados a uno y otro lado en la carga o descarga de los buques que atracan a sus costados. Puédese calcular el precio que esta nación da al tiempo y a la expedición de los negocios, a vista del muelle de la calle del Sacramento, que aunque dista sólo sesenta varas del primero, lleva ya corrida una extensión de cuatrocientas varas mar adentro y aun no está terminado. Sobre este último se ha plantado un cómodo y expedito madero-carril. Se preguntará tal vez cómo se hacen estos prodigios, cómo una ciudad devorada consecutivamente por tres incendios, ha podido, de entre cenizas y escombros humeantes, alzarse más majestuosa y regular que antes. La contestación es sencillísima: todo se debe al espíritu de asociación, al conjunto de los capitales y de los brazos, espíritu tan difícil de arraigar aún entre nosotros, y tan natural en el norteamericano, que se puede decir que no da un solo paso que no sea en sociedad. No hay casa grande ni chica de comercio, cualquiera que ella sea, que no agregue a su razón social el *Compañía*. He visto mezquinas y sucias carpas, sin más muebles que un cajón boca abajo por mesa, ni más útiles que una cafetera de lata y dos tazas desorejadas y mal traídas, con enormes cartelones en alto en que se leía: *Fulano, Zutano, Mengano y Compañía: Café a todas horas!*

San Francisco cuenta en el día más de 500 buques en la bahía, más de mil embarcaciones entre cinco y setenta toneladas, siete vapores destinados a la carrera del Pacífico, veinte y dos en la de los ríos. Funcionan día a día en la bahía diez y ocho martinets movidos por vapor, dos teatros y cinco periódicos, entre los cuales el diario *Alta California* trabaja con prensas de vapor; tres casas de amonedación y varios hospitales.

En una escala menos gigantesca, aunque no menos sorprendente, progresan las demás poblaciones que están bajo la tutela del yankee. Omíto mil otras cosas y particularidades dignas de notarse por no ser ésta la ocasión de parecer prolijo.

Por el conocimiento que tenemos de las localidades y de los recursos de aquel lugar, y por el sesgo que llevan sus actuales empresas, se puede

deducir que la California podrá ser aún, por algún tiempo, mercado ventajoso para algunos de los frutos de Chile; pero que su duración está muy lejos de ser ilimitada como erradamente se cree. La harina flor de Concepción es sin disputa la mejor que hasta ahora se ha visto figurar en aquel lugar. La de Norteamérica sólo tiene salida cuando falta absolutamente la chilena, cuyo precio hemos visto fluctuar desde enero de 1849 a junio de 1850, entre el mínimo de 5 pesos saco de dos quintales hasta el máximo de 40 pesos; en el día queda a 13. Hasta ahora el consumo de la harina ha marchado a parejas con la que se ha perdido en las inundaciones, en los incendios y en los depósitos a todo aire. Muchas expediciones se han malogrado por esta causa, y muchas más por el excesivo precio del bodegaje que era el de un peso al mes por quintal en San Francisco y el de 10 pesos mensuales por bulto en el Sacramento. En el día se encuentran pontones perfectamente instalados, que sólo cobran 25 centavos por el saco en San Francisco, y un peso en el Sacramento y en Stockton. Sin embargo de estas ventajas y de otras muchas que día a día se presentan a nuestras harinas, es preciso no perder de vista que hay muchos especuladores curados ya enteramente de la fiebre del oro, que los trabajos del campo se buscan con ansia, que molinos movidos por vapor se erigen como por encanto, y que en toda California se han cosechado siempre excelentes trigos.

La cebada chilena correrá parejas con la harina en la salida. Su valor gira entre dos y medio centavos y 12 libra. La demanda de este renglón es desde los meses de noviembre hasta marzo inclusive. Hemos visto sementeras de cebada hecha a una sola reja, tan viciosas como las que aquí se cultivan en terrenos barbechados. Sin embargo, por la carestía de los brazos aun no hace cuenta sembrarla. No puede decirse lo mismo de las papas y otras legumbres, artículos que ya dejaron de ser importantes, no tanto por la concurrencia de los de la China y de las islas, cuanto por las grandes sementeras que se ven ya en todas partes. Los frejoles, cuyo valor ha fluctuado entre tres centavos y 75 libra, pueden ofrecer todavía por uno o dos años una regular utilidad. A este artículo no puede fijársele como a la cebada, tiempo oportuno para su remisión. Sólo las frutas secas desecadas, con especialidad el durazno en huesillo y la manzana, así como la

nuez y el ácido de limón, se sostendrán sin competencia por mucho tiempo. El valor de las primeras gira entre dos reales y un peso libra. Nuestros artefactos de talabartería, mantas de lana, ropa hecha y zapatos perdieron ya para siempre su valor. Las velas de sebo se sostendrán tanto como el charqui, mas no tampoco más de tres años por razones que será largo detallar; y en cuanto a nuestras almendras, vinos y aguardientes, es preciso renunciar a mandarlos. Estos últimos artículos, así como las mantas, monturas, ropa hecha y zapatos, son en el día tan despreciables y ruinosos como el de las maderas; con la calidad de no tener más, el menor asomo de vuelta.

En resolución, es preciso no juzgar a la industria norteamericana por la nuestra, y cuando indico que dentro de muy poco tiempo no solamente no tendrá Chile efectos naturales que mandar a California, sino que tal vez tenga que sostener en sus propios puertos una competencia desventajosa, es necesario no perder de vista que el norteamericano es esencialmente comerciante, que tan pronto concibe una idea de conveniencia cuando ya la ejecuta, que nada tenemos aún que oponer a sus recursos, a su industria y sobre todo a su marina.

TERCERO Y ULTIMO ARTICULO

Antes de terminar esta breve ojeada sobre California, creo que no estará de más dar alguna idea sobre su gobierno y sobre la situación crítica y excepcional en que se encontraban los chilenos en aquel país hasta el momento mismo de mi partida.

Mucho sin duda hay que admirar y mucho que criticar en la conducta sorprendente de los nuevos poseedores de California. Cualesquiera que sean nuestros deseos de presentar las primeras como modelos dignos de imitarse y las segundas como acreedoras a la execración de los pueblos civilizados, nos limitaremos simplemente a los hechos, dejando al discernimiento de los que lean estas páginas las deducciones que de sí arrojen.

No pasaron de quinientos norteamericanos los que entraron en California en el verano de 1845; y el país, enteramente sometido a las leyes

militares bajo el mando del Coronel Mason, gobernador provisorio, presentaba el aspecto afligente de una nación que a pesar suyo se regenera y que opone la fuerza inerte de las antiguas costumbres, al espíritu innovador que la invade. El pueblo de California, considerablemente aumentado por la inmigración, llegó a formar una masa heterogénea de usos y de costumbres, de idiomas y religiones, que parecía reclamar muchos años de vida y de prudencia para llegar a ponerse en el pie en que hoy se halla. Los que mandaban ignoraban las leyes españolas; los indígenas, en manera alguna acostumbrados a las norteamericanas, ni sabían a qué atenerse, ni cómo defender sus derechos o hacer valer sus reclamos. El intérprete se pagaba a peso de oro, y la balanza de la justicia casi siempre se cargaba al lado de los nuevos amos. Quiso obviarse a estos inconvenientes, al clamor que arrancaban las arbitrariedades; pero lo único que se logró fué el que a los gobernadores de ciudad se condecorase con el nombre español de *Alcaldes*; mas quedó intacta la legislación norteamericana, bien que disfrazada y entorpecida por algunas tramitaciones españolas, que sin satisfacer a los californios desorientaban a los norteamericanos y sembraban el desaliento y la desconfianza en todas las transacciones. La arbitrariedad de las contribuciones al principio, y la tarifa militar de los estados puesta en planta en octubre del año 47, absorbiendo todas las entradas para engrosar inútilmente la caja militar, sacó de la circulación casi todo el numerario existente, y puso al comercio en los mayores conflictos. El oro en polvo rehusado por las aduanas llegó a no encontrar rescatadores sino a siete pesos la onza.

Un estado de cosas semejantes no podía durar. La suma necesidad de un gobierno provisional se hizo simultáneamente sentir en todas partes, y apenas cesaron los grandes trabajos en la extracción del oro en el invierno del año 48, cuando la población concentrada en las ciudades, rica de oro, pero sin ninguna forma de gobierno civil que garantizase sus propiedades, sin dar tregua a los trabajos materiales que asombraban por sus gigantescas proporciones, celebró repetidos *meetings*, para la convocación de diputados a una asamblea constituyente. Las dificultades para llevar a cabo tan importante objeto fueron tales, que pudieran haber arredrado a otros hombres menos acostumbrados a vencerlas; y el 1.º de septiembre de

1849 abrió, con asombro de todos, sus sesiones en Monterrey la memorable asamblea que en sólo mes y medio de asiduas tareas, legó a su país gobierno, constitución y representación nacional. Adoptadas y recibidas estas disposiciones con general entusiasmo, fué declarado capital del estado el pueblo de San José, elegido por el gobernador general el ciudadano Peter H. Burnett, Esq., e instalada la asamblea legislativa; todo lo cual se verificó con desusada rapidez, desde el 1.º de septiembre al 15 de diciembre del mismo año. El 20 el general Riley, jefe provisorio de California nombrado por el gobierno de Wáshington, respetando la voluntad de los pueblos confiados a su cuidado, proclamó a sus conciudadanos y depuso la autoridad civil de que estaba investido, en manos de los agentes del nuevo estado. Desde entonces la administración, regularizada y completa en todas sus partes, ejerce sus poderes en conformidad con lo dispuesto en la constitución, y reclama del gobierno de Wáshington el título de estado independiente para la más hermosa de sus secciones territoriales.

El territorio se divide en departamentos. En cada uno hay un juez de primera instancia que asume las funciones que ejerce el intendente de provincia en Chile; un sheriff que reúne los deberes del fiscal y de verdugo; un tesorero, un procurador de ciudad, un escribano, un funcionario que lleva el registro de las hipotecas, un colector de contribuciones, un agrimensor de ciudad, un comisionado especial de calles y algunos asesores. Cada departamento elige desde el primero hasta el último de sus empleados y manda sus diputados a la asamblea legislativa de San José. La Suprema Corte de Apelaciones, aunque reside en la capital, recorre con frecuencia los departamentos, y estaciona en ellos lo necesario para despachar todas las causas que dependen de ella. En California no hay ejército permanente; un cuerpo de bomberos en cada ciudad y las guardias cívicas son los únicos hombres que se ven de tarde en tarde en uniforme militar.

Tal es en resumen la organización de este gobierno improvisado en medio de las circunstancias más apremiantes y más inadecuadas, pues la

fiebre del oro parecía posponerlo todo (1). Mientras el incansable norteamericano se afanaba en adquirir riquezas y procuraba a su país adoptivo los medios de afianzarla por la fuerza de las instituciones ¿qué hacían los extranjeros en California?

(1) El oficio original que transcribo a continuación, dirigido por el gobernador Burnett al cónsul de Chile en contestación a un reclamo del consulado chileno a la suprema autoridad de California, da una ligera luz sobre el espíritu orgánico de este gobierno.

SAN JOSÉ, MARZO DE 1849.

Señor D. Pedro Cueto, Cónsul de Chile.

Muy señor mío:

Tengo el gusto de acusar a V. recibo de su apreciable nota fecha 15 del presente en la cual me instruye V. sobre la muerte de don Roberto Sosa.

Bajo nuestro sistema de Gobierno, los jueces son independientes de los Gobernadores y éstos no pueden dar órdenes a aquéllos. Así es también en los Estados Unidos con respecto al Presidente. Si un juez se desvía, el único remedio que hay es presentarse a una corte superior. Cuando se presentan dificultades entre las Cortes y el Poder Ejecutivo de un estado o de los Estados Unidos, los primeros siempre tienen recurso para ante la Corte Superior de los Estados Unidos, quien decide la cuestión.

En el asunto que V. me representa, yo, como Gobernador de California, no puedo hacer nada. Nuestro sistema de Gobierno es tan diferente del de todos los otros países que el extranjero más inteligente casi nunca se puede formar una idea exacta de él. Sin embargo, tanto en teoría como en práctica nuestro sistema de gobierno es el mejor del mundo. Todo nuestro gobierno federal o gobierno de los varios estados está hecho sobre bases que los poderes del Gobierno pueden existir separados.

El Gobierno Federal tiene poder para arreglar nuestros asuntos con otras naciones, hacer paz o guerra, celebrar convenios y tratados pero cualquier otro poder pertenece a los gobiernos de cada Estado. Los Estados son independientes unos de otros, del Gobierno Federal y de todo el mundo, y cuando se suscita algún pleito entre autoridades de uno u otro Estado, su decisión tiene que someterse a la Suprema Corte de los Estados Unidos.

Si el juez Thomas ha rehusado a V. la entrega de los bienes y testamento del difunto, el recurso que V. tiene son las cortes. Sería preciso que V. tomase un abogado para que represente su causa ante el tribunal de la Suprema Corte de California, exigiendo que dicho juez haga su deber, y si la Suprema Corte no le hace justicia debe elevarse su recurso ante la Suprema Corte de los Estados Unidos. Pero creo imposible que se cometa ninguna injusticia.

Yo conozco mucho al juez Thomas y aseguro a V. que es el mejor hombre que he tratado, y estoy cierto que con intención no es capaz de hacer mal a V. ni a nadie.

Con todo respeto soy de V., etc., etc.

(Firmado).—*Pedro H. Burnett.*

Llegados por centenares de todos los puertos del mundo a la gran feria que la naturaleza abría a la especie humana, en un país donde las leyes protectoras de la inmigración parece que hubiesen borrado del idioma el título de extranjero, no hubo uno que concurriese destituido de recursos, como lo hacían por miles los norteamericanos, ni uno que no creyese segura su fortuna, vista la facilidad para adquirirla.

El bien que sus efectos y su industria debían de acarrear a la casi desierta California podía considerarse como un beneficio del cielo. Que fueron estos cálculos errados no hay para qué decirlo. O el norteamericano ha cambiado de ser en California, o es mentida la acogida fraternal que dispensa al extranjero en el Atlántico.

Quiero contraerme puramente a los chilenos los cuales por ser los primeros en acudir, por su muchedumbre, y por la naturaleza de sus desgracias, llaman la atención de todo hombre sensible y humano. Cuál sea el motivo que hayan tenido los conquistadores de California para hacer de los chilenos el blanco de su odio y de sus brutales violencias, es para mí hasta ahora un incomprensible enigma. El primer movimiento industrial en San Francisco se debe exclusivamente a los hijos de Chile. Las primeras casas que se edificaron en él se trajeron por chilenos, de Concepción y de Valparaíso, y hasta el primer incendio que devoró gran parte de la ciudad, eran contados los edificios que no fueron construídos con nuestras maderas. No bastando éstas a la exigencia de las construcciones, se encargó a los chilenos la corta de adobes, por ser los únicos que los supiesen trabajar, y los únicos que eran capaces de determinarse a hacerlos por un moderado jornal. Casi no hay un solo pozo en la ciudad que no lo hayan trabajado nuestros mineros, y la ropa hecha, los zapatos y hasta el pan, sin contar con una multitud de otros productos chilenos, suplieron las necesidades de aquel país para ellos solos inhospitalario. Muchos de sus trabajos jornaleros sólo sirvieron para acarrearles golpes y denuestos, y si tenían el arrojo de ocurrir a la autoridad, era tal la parcial injusticia de ésta, y tal el robo de los intérpretes, que más valiera no haberse nunca presentado. El chileno fué considerado allí desde principios del año de 49 como un paria, y era a los ojos de la generalidad de los yankees lo que el judío en los siglos medios para un templario. Esta incomprensible animadver-

sión no se circunscribía sólo a las ciudades; y tropelías de más o menos bulto se cometían contra ellos en los minerales, en donde siempre que los chilenos no presentaban por su número una fuerza igual a las de sus perseguidores, eran saqueados o arrojados de ellos con las más atroces amenazas. El decreto del general Persiflor Smith, gobernador del nuevo estado, expedido en su tránsito desde Panamá, en el cual excluye a todo extranjero del derecho de explotar minas en California, rompió la última valla que separaba la amenaza de la violencia, y sangre chilena fué el primer fruto de tan impolítica medida. Smith, mal informado, sin conocer el país que debía regir, la naturaleza de su población improvisada, ni calcular las consecuencias de tan repentina prohibición, espantado él mismo, cuando llegó a California, de la imprudencia de su precipitado proceder, quiso volver sobre sus pasos, pero ya era tarde: ni tuvo cómo hacerse respetar, ni era tampoco presumible que tan pronto se calmasen los enconos que provocó la justa resistencia del oprimido, contra las más brutales tropelías. Tropas de bandidos fuertes por su número, engreídos por la impunidad, se precipitaban armados de rifles y pistolas sobre los pacíficos e indefensos chilenos, que eran saqueados y maltratados con crueldad. Aquellos que por su número o por su valor opusieron la violencia a la violencia, motivaron choques sangrientos, y echaron el sello al odio implacable que desde entonces reinó entre todo aquel que hablaba inglés y aquel que hablaba español.

Todos los días llegaban a Stockton y al Sacramento tropas de chilenos dispersos y perseguidos. Allí sin tener a quien querellar, ni los recursos necesarios para proseguir su viaje, vendían su trabajo a vil precio, quedando por la necesidad expuestos en la mortífera estación del estío al rigor de la fiebre amarilla que privó a Chile de tantos hijos.

En vano era el clamar: los intérpretes, los corredores de aduana, los fleteros y muchos comerciantes, íntimamente interesados en que no cesase la inmigración, y en ver llegar nuestras víctimas a quienes explotar, acallaban con inhumana malignidad el mal, y ponían en los cielos la abundancia y la riqueza de soñados descubrimientos.

Obligados los chilenos a defender su desgraciada existencia, aumentaron el encono de sus injustos agresores a tal extremo que resolvieron ex-

terminar de un solo golpe los restos de esta raza proscrita; y la ciudad de San Francisco fué testigo de aquella inaudita asonada de los *Galgos*, que a bandera desplegada y a toque de caja cometió contra los chilenos atroces excesos; no siendo menos de admirar que los más fanáticos perseguidores hablaban español, por haber recibido en Chile la más cordial y hermanable hospitalidad.

Sea dicho de paso, y para el regalo de aquellas personas que al referir este hecho han ponderado la justicia de las autoridades de la Unión en San Francisco: los menores crímenes con que se manchó aquel club de facinerosos fueron el robo el incendio y el asesinato; cada uno de por sí acreedor a la última pena; y sin embargo un simulacro de juicio y de expatriación fué el único desagravio que se dió a las víctimas de tan atroz atentado. En San Francisco se paseaban impávidos, con la impunidad, casi todos los actores de esta escena escandalosa.

Después de esta época, aunque no ya en San Francisco, en donde sólo tienen que temer los chilenos las exacciones de la policía, el robo de los intérpretes, corredores de aduana y la constante parcialidad de los jueces, se han sucedido con interminable tesón en los minerales, los despojos y los asesinatos, las atrocidades del látigo, de la horca y de las mutilaciones (1). Las autoridades, no pudiendo reprimir estos crímenes perpetrados sobre los pacíficos hijos de una nación amiga, debieron por lo menos desaprobarnos por la prensa, que es allí un medio seguro de que llegase a oídos de todos. Mas ni este desagravio, muy político entonces, cortés y poco costoso, tiene Chile que agradecer ni a las autoridades primitivas de la Unión en California, ni a las que las subrogaron. La prensa misma, verdadero poder en Norteamérica y que ciertamente no está confiada a manos vulgares, posponiendo los intereses del comercio y los deberes de la humani-

(1) He visto en el Molino suspender del pescuezo a un indio con una cuerda y dejarlo después caer para arrancarle algunas declaraciones. Lo propio se hizo con un pobre chileno en San Francisco, y el señor Alvarez (D. J. María) después de haber sido inicuaamente robado fué paseado por debajo de la horca que los mismos bandidos, erigidos en *meeting*, alzaron para intimidarlo. La pena de los azotes es común en muchas partes del mundo; pero la arbitrariedad con que se aplica y sobre todo la atrocidad de cortar las orejas a los que el crimen se atreve a declarar reos, sólo se puede encontrar en California.

dad a falso pundonor, azuzaba la discordia encabezando sus artículos con el alarmante título: ¡SANGRE NORTEAMERICANA DERRAMADA POR LOS CHILENOS! Como si la derrota de los bandidos de una nación por un puñado de valientes exasperados por la atrocidad, reflejase la menor deshonra sobre sus compatriotas: como si no fuese natural que un hombre solo se defienda y triunfe de dos cobardes asesinos en día claro.

¿Mas para qué exigir de los norteamericanos en California aquella protección que el Derecho de Gentes concede a los ciudadanos de un país amigo dentro de una nación extranjera, cuando nuestro mismo gobierno, sabedor de las muchas personas y propiedades chilenas que había en aquel país, los celos y antipatía con que los norteamericanos los miraban y el desorden que reinaba en un pueblo sin leyes ni administración regular, parecía echar en olvido a sus propios conciudadanos? Todas las naciones tenían allí un agente, y hasta el mismo Perú, a pesar de las pocas personas y propiedades que tenía en San Francisco, no solamente tuvo su Cónsul, sino que despachó un buque de guerra perfectamente provisto de marinos y provisiones con el laudable objeto de volver al seno de sus familias a sus nacionales desgraciados, como le cupo la honra de verificarlo, y al mismo tiempo dotar con marineros del Estado los buques peruanos, que, por falta de éstos, estacionaban con graves perjuicios en la bahía. Lo mismo hizo la Francia y la Inglaterra; sólo las quillas chilenas parecían destinadas a podrirse en ella.

El nombramiento del señor D. Pedro Cueto para Cónsul chileno en California, sólo vino a verificarse cuando las borrascas habían pasado; cuando el mal no tenía remedio; cuando el desaliento, ocasionado por las tropelías, había dispersado a la mayor parte de los chilenos, que volvían mendigando a su país después de haberlo perdido todo. Nuestro gobierno debía de tener muy equivocados datos sobre California cuando no señaló al consulado dotación ninguna; y si hay algún país que reclame como imperio un crecido sueldo para los agentes extranjeros cerca de él es éste.

El tiempo es oro en él; y no se puede dar un solo paso que no cueste un exceso: a más las operaciones con que se vió recargado un consulado erigido con tanta demora son tan apremiantes, porque absorbiendo de tal modo la actividad del Cónsul le inhabilitaban para vacar a sus propios ne-

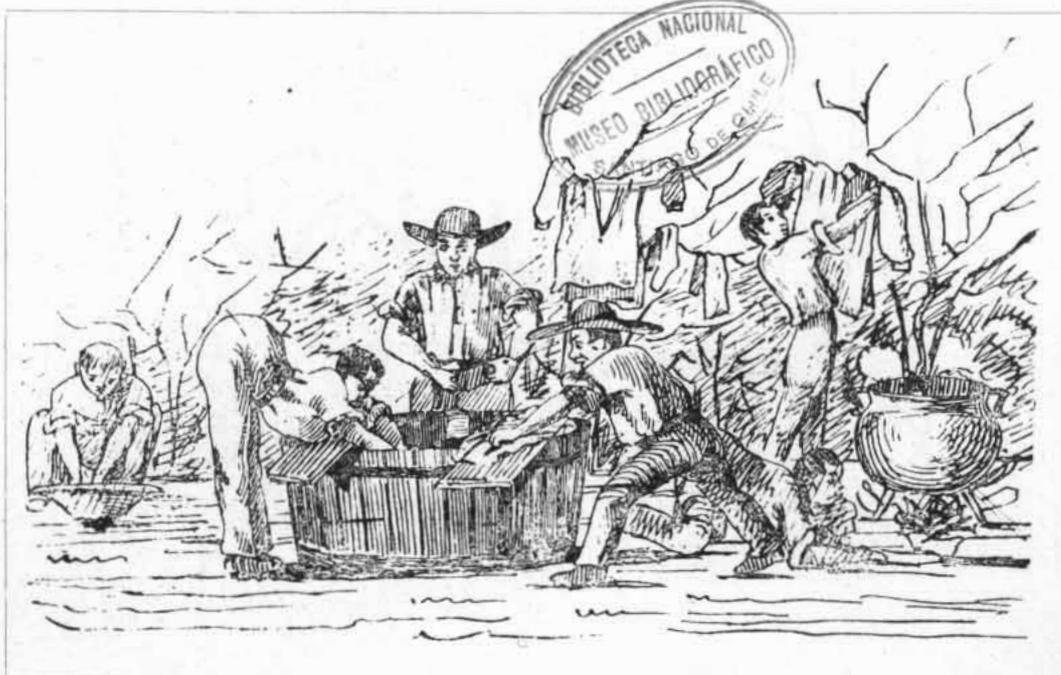
gocios. En semejante caso, o éstos se desatienden, o el consulado es el camino más seguro de la ruina. Los chilenos en California deben al señor Cueto el más cordial agradecimiento. El admitir sólo este cargo, ya es un servicio que debe de tenerse en cuenta, y él, no contento con consagrarle todo su tiempo en San Francisco, emprendió viajes costosos para elevar sus reclamos a las autoridades locales, y cuando fué removido, sin siquiera notificarle de ello, se trasladó a su país, franqueando su buque de balde a una porción de chilenos desgraciados, que estaban expuestos a perecer de hambre o a impulsos de enfermedades. Este caballero cuya conducta intachable y benéfica parecía hacerle acreedor a los más sinceros elogios, no mereció de la autoridad que lo nombró y lo depuso, ni siquiera las insignificantes gracias que generalmente se prodigan en este caso hasta a los más ruines empleados.

El consulado de California bajo el pie en que se encuentra, no mejora nada la condición de los chilenos residentes en aquel país, ni es cordura exigir que dedique su tiempo a entender en negocios ajenos, aquél que apenas puede disponer del necesario para los suyos propios.

al Chileno y al Oregonés mirándose de reojo



—¡Qué me miráis, m...!!
—God dem chilian, blast you!... ¡bagre!!!!
—¡Bagre sería tu madre!!





BIBLIOTECA NACIONAL
MUSEO BIBLIOGRÁFICO
SANTIAGO DE CHILE



BIBLIOTECA NACIONAL
MUSEO BIBLIOGRÁFICO
SANTIAGO DE CHILE

#) por una distinguen a aventurero sus american



Rifles, pistolas de seis tiros, puñal navajas polvo

maior parte de la jente nace en los vienes con el
plero p. los trajes y el acento de cubre v. al
lado del yankee flaco y de calzones cortos al
abultado gran hulla.



Tando de embros una campania



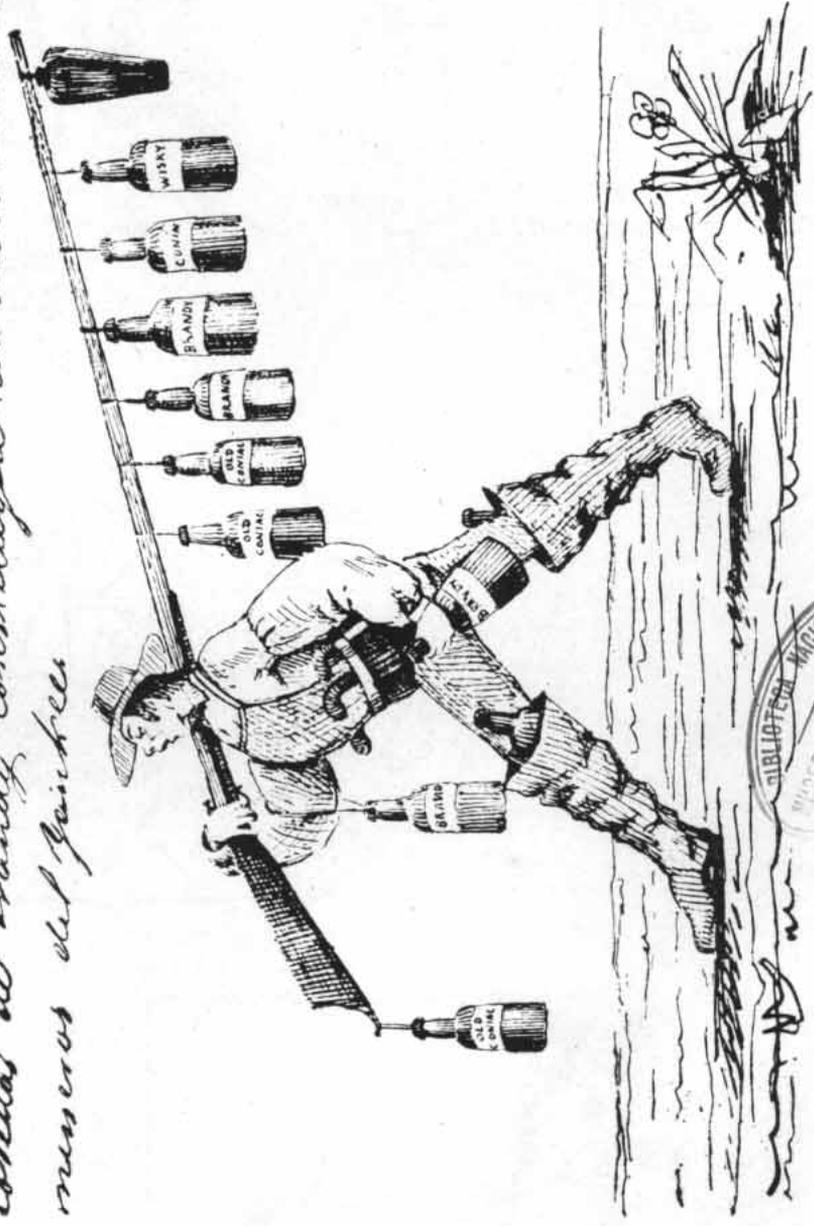


BIBLIOTECA NACIONAL
MUSEO BIBLIOGRÁFICO
SANTIAGO DE CHILE



BIBLIOTECA NACIONAL
MUSEO BIBLIOGRÁFICO
SANTIAGO DE CHILE

*botellas de brandy consumidas por un hombre
muertos del hambre*



BIBLIOTECA NACIONAL
MUSEO BIBLIOGRÁFICO
SANTIAGO DE CHILE